

Investigación cualitativa:

reflexiones teóricas e interdisciplinarias desde la experiencia misma



Dení Stincer Gómez
Elizabeth Aveleyra Ojeda
Isabel Izquierdo
(coordinadoras)

Investigación cualitativa: reflexiones teóricas e interdisciplinares desde la experiencia misma

Investigación cualitativa: reflexiones teóricas e interdisciplinares desde la experiencia misma

Dení Stincer Gómez
Elizabeth Aveleyra Ojeda
Isabel Izquierdo
(coordinadoras)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL
ESTADO DE MORELOS

Investigación cualitativa: reflexiones teóricas e interdisciplinares desde la experiencia misma / Dení Stincer Gómez, Elizabeth Aveleyra Ojeda, Isabel Izquierdo, (coordinadoras). - - Primera edición. - - México: Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2026.

251 páginas

ISBN: 978-607-2646-60-5

1. Investigación cualitativa 2. Teoría del conocimiento 3. Subjetividad hermenéutica

LCC H62

DC 300.72

Esta publicación fue dictaminada por pares académicos bajo la modalidad doble ciego.

Investigación cualitativa: reflexiones teóricas e interdisciplinares desde la experiencia misma

Primera edición, febrero de 2026

D.R. 2026, Dení Stincer Gómez, Elizabeth Aveleyra Ojeda, Isabel Izquierdo (coordinadoras)

D.R. 2026, Universidad Autónoma del Estado de Morelos
Av. Universidad 1001, Col. Chamilpa, C.P. 62209. Cuernavaca,
Morelos, México
publicaciones@uaem.mx
libros.uaem.mx

Corrección de estilo: Gloria Elizabeth Pérez Trigo

Formación: Gloria Elizabeth Pérez Trigo

Diseño de portada: Lizbeth Zenteno

Ilustración de portada: Itzel Sinaí Martínez Ortega

ISBN: 978-607-2646-60-5

DOI: 10.30973/2026/investigacion_cualitativa



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0).

Hecho en México

CONTENIDO

Introducción	7
Investigación cualitativa, abducción y generación de explicaciones científicas: el caso Schreber como ejemplo de estos vínculos	
<i>Dení Stincer Gómez</i>	
<i>Zuraya Monroy Nasr</i>	17
La psicohistoria como método cualitativo.	
Defensa de una herejía necesaria	
<i>Jonathan Alejandro Galindo Soto</i>	37
Los métodos de análisis fenomenológico en la investigación en salud, una propuesta práctica	
<i>Cinthia Elizabeth González Soto</i>	
<i>Raúl Fernando Guerrero Castañeda</i>	
<i>Pedro Aguilar Machain</i>	71
Análisis cualitativo colectivo y feminista: ensayando metodologías horizontales	
<i>Deysy Margarita Tovar Hernández</i>	
<i>Julieta Yadira Islas Limón</i>	
<i>Olivia Tena Guerrero</i>	89
El enfoque cualitativo en el desarrollo y la práctica de la neuropsicología	
<i>Elizabeth Aveleyra Ojeda</i>	
<i>Gabriela Orozco Calderón</i>	105

Psicoanálisis e interdisciplinariedad: algunas consideraciones epistemológico-metodológicas al investigar la subjetividad

David Márquez Verduzco

123

Fenomenología en investigación cualitativa en salud: fundamentos para la práctica

Raúl Fernando Guerrero Castañeda

Cinthia Elizabeth González Soto

Jonathan Alejandro Galindo Soto

145

La Facultad de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México: entre métodos

Zuraya Monroy Nasr

167

La metodología cualitativa como catalizador en el estudio de la salud mental

Rosa María Ramírez de Garay

Lilian G. Delgado-Espejel

185

Metodologías cualitativas en psicología: enfoques para comprender emociones y afectos

Eloy Maya Pérez

Saúl Sánchez López

205

Pedagogía del análisis cualitativo y su relevancia para significar, categorizar e interpretar

Dení Stincer Gómez

Elizabeth Aveleyra Ojeda

Isabel Izquierdo

229

INTRODUCCIÓN

Los métodos de investigación cualitativa han mostrado un gran potencial explicativo de fenómenos complejos, desconocidos, preocupantes y desafiantes para la comprensión humana. Son métodos que favorecen el entendimiento y significado de las cualidades manifiestas del fenómeno y, con ello, satisfacen la curiosidad científica natural del sujeto epistémico. Es un método subjetivo por naturaleza; en la actualidad lo podemos decir sin temores, eufemismos, ni rodeos, que ello no pone en duda su científicidad.

La presente obra es un ejercicio reflexivo sobre la metodología cualitativa y sus bondades epistémicas. Son un conjunto de reflexiones en forma de ensayos que provienen de la experiencia de investigadoras e investigadores que la han aplicado y vivido en su quehacer académico. Por esta razón, se encuentran en un buen momento intelectual y afectivo para proporcionar a un público interesado, otros investigadores y estudiantes que desean seguir este camino los beneficios y virtudes de dicho enfoque metodológico. Se exponen argumentos que promueven su práctica con la sistematicidad y rigurosidad propia de la actividad científica.

Si bien cada uno de los autores la defiende desde su trinchera teórica y experiencia misma, se logra apreciar un auténtico compromiso con los supuestos clásicos de la metodología cualitativa, entre ellos: 1) los métodos cualitativos tienen la pretensión expresa de comprender y entender; 2) ellos nombran, dan significado y sentido a las cualidades de los fenómenos y develan los posibles elementos nucleares inconscientes y, en

general, inobservables que le dan lugar; 3) esta metodología requiere, por parte de quien la aplica, un acercamiento directo, profundo, cercano y vivencial con el fenómeno de interés; 4) los fenómenos, tal y como se presentan, no son suficientes para ser comprendidos, requieren de análisis hermenéuticos-interpretativos y eso implica construir desde las percepciones y representaciones propias, con valentía y confianza en ellas o sin temor alguno a la pérdida de una objetividad que la *expertise* de sus temáticas les confiere; 5) en el caso de las ciencias humanas, psicológicas, sociales, antropológicas, sociales y comunitarias, el vínculo directo y dialógico con el sujeto de interés es crucial y, en ese intercambio, se accede tanto a lo que se desea comprender como a la formación de un vínculo que beneficia epistémicamente a ambas partes; 6) para el investigador cualitativo la historia de vida, los factores contextuales, familiares, socioculturales, políticos y personales, tanto de quien analiza como del analizado, son cruciales para producir explicaciones; 7) la triangulación, la participación de otras mentes interesadas, la interdisciplina y la transdisciplina enriquecen la comprensión y proporcionan explicaciones satisfactorias del fenómeno en cuestión, y 8) el conocimiento logrado por los métodos cualitativos será enriquecido constantemente por nuevos sujetos epistémicos atravesados por otras representaciones que percibirán elementos que pasaron desapercibidos para sus antecesores, por lo tanto, hay una idea dinámica —dialéctica— progresiva del conocimiento.

Cada autora, autor o autores dejan claros estos supuestos, pero resultará sumamente interesante para el lector desde dónde lo hacen y cómo los defienden. He ahí la riqueza del presente libro y las diversas ideas al respecto. En este, se integraron

once capítulos con novedosas perspectivas sobre los métodos cualitativos de investigación.

En el capítulo 1, las autoras, Stincer Gómez y Monroy Nasr, reconocen el origen de los métodos cualitativos desde las posiciones filosóficas empiristas y fenomenológicas, pero con la audacia filosófica de la interpretación y la argumentación. Asocian esta práctica con uno de los reconocidos métodos inferenciales de la actividad científica: la abducción que, junto con los métodos inductivos y deductivos, rige la producción de conocimientos. Lo abordan como el subyacente mecanismo que da lugar al método cualitativo para la generación de explicaciones e hipótesis diversas. La riqueza explicativa del método abductivo la representan y ejemplifican con el recorrido histórico llevado a cabo por autores psicoanalistas para comprender el trastorno paranoide del clásico caso clínico de Schreber.

El capítulo 2, escrito por Galindo Soto, es una defensa ampliamente argumentada y documentada de una vertiente de análisis cualitativo denominada psicohistoria. Un método que vincula procesos históricos con psíquicos (afectos, motivaciones psicológicas y experiencias tempranas individuales) para lograr, como bien expresa el autor, una cartografía *completa* del psiquismo modelado históricamente. Es un recorrido que comienza con Freud (como el precursor de la psicohistoria) y llega hasta DeMause y Binion, y que el autor postula como una técnica capaz de dialogar satisfactoriamente con los más reconocidos: los análisis narrativos y la fenomenología. Ejemplifica su pertinencia y potencial explicativo con personajes históricos cuyo comportamiento difícilmente podrían entenderse sin recurrir a este exhaustivo análisis.

En el capítulo 3, la autora, González-Soto, y los autores, Guerrero y Aguilar, nos dan a conocer cada uno de los

métodos de análisis cualitativo de la fenomenología propuestos por los clásicos de esta corriente como Husserl, Heidegger, Giorgi, Colaizzi, Moustakas, Van Manen, Merighi, y Langdridge para el análisis de datos que provienen de experiencias humanas relativas al cuidado de la salud física. Constituye un genial trabajo de síntesis y con un alto valor didáctico de los métodos cualitativos de la *epojé*, la reducción fenomenológica, el círculo hermenéutico, la categorización, la revisión compartida y ordenada de las declaraciones de los participantes, la relectura de discursos y la interpretación de datos desde el análisis de experiencias concretas.

Las autoras Tovar Hernández, Islas Limón y Tena Guerrero, en el capítulo 4, proponen genuina y novedosamente hacer uso de la metodología cualitativa desde las ideologías y perspectivas feministas y decolonizadoras como un proceso epistémico ético, horizontal y comprometido con cambios sociales. Para mostrar las bondades de los métodos cualitativos desde estas perspectivas, se apoyan en sus interesantes experiencias de investigación con mujeres de la organización Masehualsiuamej Mosenyolchicaunani (mujeres que trabajan unidas) en el que develan la relevancia de la colectivización del conocimiento y la horizontalidad del diálogo con fines epistémicos. Las autoras parten del supuesto de que, en la actividad científica, ha prevalecido el androcentrismo; las voces privilegiadas han sido, fundamentalmente, las de los hombres, mas, con las nuevas epistemologías feministas y la vertiente cualitativa de investigación, podemos acceder a la voz de las mujeres en la ciencia, no solo a las de quienes la producen, sino de las que, consideran, aportan el contenido que se busca conocer. Es un diálogo en el que se benefician ambas partes.

El capítulo 5 del presente libro es una argumentación positiva sobre los métodos cualitativos de investigación desde una de las ramas de la psicología más apegada a las tradiciones científicas: la neuropsicología. Una disciplina en la que han predominado las prácticas experimentales, de laboratorio, uso de instrumentos cuantitativos y orientados a la visibilización del cerebro como órgano regente del comportamiento humano. Las autoras Aveleyra Ojeda y Orozco Calderón, ambas expertas en el área y desde una sensibilidad y actitud humanística defienden la necesidad y pertinencia de las técnicas cualitativas para el entendimiento de las afectaciones neurológicas individuales, la evolución de sus desempeños cognitivos, el papel y la función de elementos contextuales favorecedores o no en la trayectoria y el pronóstico de recuperación de pacientes afectados. Reconocen, también, el valor teórico y explicativo del estudio de casos para la neuropsicología, una técnica cualitativa por excelencia, exemplificada con casos icónicos como: Phineas Gage, Tan Tan y H. M. Todos ellos, paradigmas del entendimiento de la memoria, el lenguaje, las emociones y el raciocinio.

En el capítulo 6, el autor Márquez Verduzco aborda con amplitud la importancia de la interdisciplina como concepto asociado a la diversidad de subjetividades y su relevancia en la producción de conocimientos, una condición *sine qua non* de la metodología cualitativa. El autor la define como la convergencia y complementariedad de diversos puntos de vista para estudiar, conocer y aproximarse a un fenómeno. Aborda, desde una perspectiva crítica, la tradicional posición *centrista* del psicoanálisis y cómo, para su evolución epistémica, requiere de la apertura a la intervención de subjetividades diversas de otras disciplinas, con el fin de obtener una mejor comprensión de los fenómenos clínicos psicológicos e intervenciones más inte-

grales. Lo cual ejemplifica a partir de las vicisitudes del funcionamiento del reconocido caso de Espacio de Orientación y Atención Psicológica (Espora) de la UNAM, específicamente, a través de la generación de un modelo de psicoterapia de grupo breve en la Facultad de Ciencias.

En el capítulo 7, vuelve a retomarse la actitud y el compromiso con los principios filosóficos de la fenomenología de Husserl para realizar auténticos análisis cualitativos para la comprensión de temas relacionados con la salud y los procesos de enfermedad. Los autores Guerrero, González Soto y Galindo argumentan sobre cómo la *epojé*, la entrevista fenomenológica y el proceso de comprensión e interpretación de los fenómenos son clave para acceder a las experiencias de las personas pacientes del sector salud, con libertad de conceptos previos y con una perspectiva abierta a las posibilidades de sus múltiples manifestaciones. Enfatizan el compromiso de un investigador con un espíritu interpretativo, que no conciba lo que existe como verdadero, que coloque a la persona que estudia en primer lugar y establezca una relación vincular para aprehender sus formas de vivir el mundo.

En un cautivador e interesante recorrido histórico del surgimiento de la psicología en México y, en particular, sobre el origen de la Facultad de Psicología en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en el año 1973, la autora Monroy Nasr da a conocer, en el capítulo 8, los elementos contextuales, históricos, filosóficos y hasta casuales que dieron apertura al método cualitativo de investigación. Una vez creada la Facultad de Psicología por filósofos y, luego, por personas comprometidas con los principios del empirismo y el inductivismo, prevaleció durante décadas una preferencia por los métodos cuantitativos de investigación en pos de una psicología *objetiva*,

con lo que se excluyeron del análisis conceptos ajenos a la experiencia y a la posibilidad de medición. La entrada en escena, en el contexto psicológico universitario de la UNAM, de otras miradas encabezadas por psicoanalistas argentinos y chilenos, abrió nuevas perspectivas de análisis y, con ello, los métodos para estudiar los fenómenos psíquicos. Para la autora, esto significó una apertura a la metodología cualitativa que dio lugar a que la facultad hoy oscile entre ambos métodos, superando la prevalencia, por muchas décadas, del método cuantitativo.

Las autoras Ramírez de Garay y Delgado-Espejel, en el capítulo 9, argumentan con excelencia, claridad y brío la siguiente tesis: la investigación cualitativa es la única capaz de proveer explicaciones científicas sobre los hechos psicosociales como la salud mental. Parten del supuesto de que la salud mental ha sido abordada, fundamentalmente, desde una perspectiva médica, psiquiátrica y descriptiva, y ello imposibilitó la comprensión de sus preocupantes manifestaciones clínicas respaldadas con altas cifras estadísticas de trastornos de la salud mental como suicidio, adicciones, depresión grave, demencias, psicosis, entre otras. Para las autoras, el abordaje cualitativo de estas afecciones implica un entendimiento del malestar, sus orígenes y formas apropiadas de intervención. Uno de los aportes más interesantes es la argumentación sobre cómo el método cualitativo permite visibilizar dimensiones sociales (género, colonialismo, clasismo, racismo y heteronormatividad) como posibles causantes del malestar psicológico. También, desarrollan cómo el abordaje cualitativo contiene una epistemología afín a la complejidad de la subjetividad humana.

En una línea argumental teórica, epistemológica y didáctica, continúa el capítulo 10, en el que los autores Maya Pérez y Sánchez López, con precisión y dominio del tema, describen

las metodologías cualitativas que permiten el estudio de los fenómenos psíquicos y biológicos de los afectos y las emociones. Los autores comparten cuatro enfoques tradicionalmente utilizados por la metodología cualitativa que resultan útiles para entender estos constructos. Estos son: 1) los fenomenológicos y experienciales: orientados a conocer cómo se vive el afecto; 2) el discursivo y semiótico: centrado en el lenguaje y la construcción social del afecto; 3) los etnográficos y situados: centrados en su contenido social y cultural, y 4) los visuales y performativos: orientados a la expresión no verbal de los afectos. Un capítulo, desde nuestra perspectiva, con un alto valor teórico, pero, sobre todo, metodológico.

Por último, cerramos el libro con el capítulo II, en el que las autoras Stincer Gómez, Aveleyra Ojeda e Izquierdo defienden la pedagogía de los análisis cualitativos, en particular, la práctica y el quehacer del análisis de contenido, del discurso y la hermeneútica, como promotores del pensamiento complejo, crítico e interpretativo necesario en la formación de investigadores, así como para la independencia epistémica de los estudiantes, el fortalecimiento de un yo escrutador y su compromiso con el diálogo, el debate y la discusión crítica. Para ello, recurren a la ejemplificación de casos de estudiantes en los que pueden apreciarse las transiciones intelectuales que suceden con la aplicación de estas técnicas cualitativas en sus propias investigaciones. En ellas, se percibe un desarrollo *in crescendo* de sus habilidades epistémicas.

Definitivamente, este es un libro interesante, propositivo y, por supuesto, abierto al debate que pretende, sobre todo, enfatizar los aportes de quien produce conocimientos de naturaleza científica desde esta perspectiva metodológica. Sin embargo, no dejamos de reconocer que, al igual que la modalidad cuantitati-

va de investigación, esta es una vertiente que se ha beneficiado de aplicaciones tecnológicas, por ejemplo, del ATLAS TI que es una de las más utilizadas, o bien, de la actual inteligencia artificial que puede estar contribuyendo al análisis, codificación y representación de datos cualitativos. Ambas opciones merecen un espacio de reflexión, pero quedará como un tema pendiente.

Las razones expuestas son argumentos que estimulan la continuación de este método con la sistematicidad y el rigor que lo caracteriza, así como con la confianza de que la subjetividad es imprescindible para la comprensión de los complejos fenómenos que atañen a la ciencia.

INVESTIGACIÓN CUALITATIVA, ABDUCCIÓN Y GENERACIÓN DE EXPLICACIONES CIENTÍFICAS: EL CASO SCHREBER COMO EJEMPLO DE ESTOS VÍNCULOS

Dení Stincer Gómez
Zuraya Monroy Nasr

Introducción

El proceso de construir hipótesis explicativas ante fenómenos desconocidos fue formalizado estructuralmente por Charles Pierce (desde finales del siglo XIX) y defendido como un método inferencial que, junto con la deducción y la inducción, participa en la producción de conocimientos científicos. Estos dos últimos han sido asociados con los procedimientos metodológicos experimentales inmersos en la prueba de hipótesis, pero la construcción misma de estas aparece mejor vinculada con la abducción. En este capítulo, defendemos que dicho mecanismo inferencial es la base de la metodología cualitativa y he ahí su relevancia epistémica de la que no debió haberse dudado ni subestimado en ningún momento. La riqueza explicativa resultante de la abducción nos da acceso a una comprensión rica, parsimoniosa y exhaustiva de fenómenos complejos, lo cual es la intención de los métodos cualitativos que, posteriormente, pueden ponerse a prueba si el deseo subsecuente es instaurar, como una regularidad, la premisa que mejor explique el hecho.

desconocido, que es el objetivo de los métodos cuantitativos. En el presente capítulo, las autoras desarrollamos esta idea y la exemplificamos con un recorrido histórico y analítico para la comprensión del trastorno paranoide presente en un clásico caso de la psicología (Schreber), solo a modo de ilustración de la riqueza del proceder abductivo propio de los métodos cualitativos de investigación.

La relegación y el renacer de lo cualitativo en la investigación científica: una breve reseña

La reivindicación del relevante valor epistémico de la subjetividad en el quehacer científico, sobre todo en las funciones explicativas e interpretativas, tiene un auge importante en la segunda mitad del siglo XX con gran crecimiento en lo que llevamos del XXI. Decimos que se reivindica porque, en el siglo XX, predominó la idea de que la actividad científica solo buscaba demostrar empírica y experimentalmente hipótesis. Además, como afirman Clemente y Adúriz-Bravo (2023) refiriéndose al Círculo de Viena:

Para los participantes más activos del Círculo, la epistemología debía estar fuertemente arraigada a la lógica y la matemática; se relegaban así los aspectos históricos y psicológicos que tenían que ver con la evolución del conocimiento, las circunstancias sociales que lo rodean y los contextos en los que surgen las ideas científicas. (p. 298)

Las acciones mentales-cognitivas involucradas en el acto de conocer eran atribuidas a la filosofía, en el mejor de los casos,

porque desde otras perspectivas fueron catalogadas propias de las pseudociencias (Kraft, 1986).

Esta importante distinción inició con el surgimiento de la ciencia moderna, encabezada por Galileo Galilei, quien promovió el uso de la experimentación y las matemáticas para estudiar la naturaleza, así como el desarrollo de instrumentos científicos que extendían las propiedades de la percepción. Con la revolución que inició Galileo, en el siglo XVII, las epistemologías empirista y racionalista (ya presentes desde la antigüedad) se expresaron en un nuevo contexto. Surgió la filosofía de la naturaleza, que fue el inicio de la ciencia moderna, con concepciones como la de Descartes, para quien el conocimiento del mundo físico requiere de la experimentación y la experiencia, pero subordinada a la razón teórica. Otras concepciones, como las de los empiristas británicos, enfatizaron la descripción y la generalización.

A partir de esta distinción y hasta nuestros días, la interpretación empirista ha tenido un importante predominio y ha favorecido las perspectivas descriptiva y cuantitativa para la investigación propia de la actividad científica. Una consecuencia de esta aproximación es el relegamiento de la formulación de hipótesis y la construcción de teorías que, como señala Hempel (2013), son fundamentales para el conocimiento científico.

De forma semejante, la modalidad cualitativa de investigación, por mucho tiempo, recibió calificativos de connotación negativa como, por ejemplo, especulativa, subjetiva, pseudocientífica, interpretativa, propensa a la falsedad, etcétera (Álvarez-Gayou, 2003; Bautista, 2022; Castañeda, 2022; Hernández-Sampieri y Mendoza, 2023). Lo que se expresa así es la creencia de que nuestra subjetividad es esencialmente ob-

taculizadora de los mecanismos que nos permiten acceder al conocimiento del mundo.

El desarrollo de los postulados de la epistemología naturalizada en el siglo XX trajo consigo interesantes argumentos acerca del relevante papel de criterios no normativos en la producción científica. Con estas nuevas propuestas, puede pensarse que la metodología cualitativa de investigación renace y se reivindica el papel de la subjetividad del ente epistémico en la generación de conocimientos. Abre las puertas, nuevamente, a la creatividad del sujeto cognosciente que, curioso por entender y explicar fenómenos complejos, da rienda suelta a su imaginación y genera hipótesis ante otros sujetos, unas más interesantes y plausibles que otras. Se acude a la hermenéutica como actitud y mecanismo base de la actividad cualitativa (Aguirre y Jaramillo, 2015; Fernández, 2017). Con ello, esta modalidad ha ganado reconocimiento, su uso se extiende en la academia, en los programas universitarios y en una mayor frecuencia de metodologías mixtas.

La abducción: el método inferencial de la metodología cualitativa

Tres son, fundamentalmente, los métodos inferenciales que operan en el quehacer intelectual de la ciencia: el deductivo, el inductivo y el abductivo. En la modalidad cuantitativa de investigación predominan los dos primeros, y en la modalidad cualitativa predomina el tercero por su función exploratoria, descriptiva, explicativa e interpretativa. Desde Charles Pierce, sabemos que el método inferencial utilizado en la fase de entendimiento y generación de hipótesis es, principalmente, la abducción. Los fenómenos que nos resultan de interés se nos

presentan como una conclusión de *algo* que le da lugar, pero se desconoce, es considerado un hecho desconocido. La abducción consiste, esencialmente, en hacer explícitas las premisas a partir de las cuales puede explicarse el hecho extraño y, una vez identificadas, se elige aquella que mejor lo explique. Esta decisión depende del consenso de las mentes involucradas en el entendimiento del fenómeno, o bien, de la necesidad y el grado de suficiencia de la evidencia disponible.

La forma lógica de la abducción es la siguiente (Aliseda, 2014, p. 44):

Se observa el hecho sorprendente C, pero si A fuera verdadera, C sería una cosa normal. Por lo tanto, hay una razón para sospechar que A es verdadera.

Y lo ejemplifica con el siguiente contenido:

Hipótesis

Regla: Todas las alubias de este saco son blancas.

Resultado: Estas alubias son blancas.

Caso: Estas alubias son de este saco.

Se observa que la conclusión es solo un caso posible, una premisa que puede explicar el resultado o hecho desconocido, es una hipótesis sujeta a prueba, no una conclusión que se implica de las premisas, como es el caso de la deducción y la inducción.

Este método inferencial se asocia con las fases epistemológicas de indagación, pesquisa e invención, y también es considerada la única operación lógica que incorpora nuevas ideas (Aliseda, 2014). Por otro lado, la misma autora hace referencia a su naturaleza intuitiva y racional a la vez. Siendo así, es impor-

tante notar que la identificación y explicitación de las premisas que le dan lugar a un hecho extraño deben provenir de la subjetividad del agente epistémico, de sus representaciones acerca de las posibles causas. A su vez, este agente no está exento de creencias, historias, experiencias personales, ha tenido acceso a evidencias determinadas y puede tener talentos propios que le permiten construir representaciones con vínculos pertinentes al hecho extraño con potencial explicativo para los demás.

Desde nuestra perspectiva, la profundización en el estudio del método inferencial abductivo ha sido también uno de los detonantes clave para reivindicar la metodología cualitativa como medio para la generación de conocimientos científicos. En primer lugar, porque resalta la fase previa a la experimentación o demostración empírica de la actividad científica y, en segundo lugar, porque proporciona un valioso crédito a la subjetividad epistémica.

Siguiendo la línea argumental de que en la explicitación de premisas de las que puede derivarse el hecho desconocido participan las representaciones disponibles en el investigador, es importante aclarar que estas no aparecen de la nada o por *arte de magia*. Desde la epistemología naturalizada, puede pensarse que provienen de aspectos naturales como experiencias psicológicas propias, sociales-contextuales, culturales y, por supuesto, hay que reconocerlo, por alguna cualidad privilegiada de la percepción de algunos sujetos epistémicos que les permite *percibir* (ver o imaginar) posibles realidades microscópicas o macroscópicas (o abstractas) a las que no se tiene acceso por la percepción más funcional, aquella que nos permite interactuar de forma inmediata con el mundo. Ejemplos de las producciones de la percepción privilegiada son las representaciones simbólicas e imaginadas de fenómenos naturales imperceptibles para

nuestros órganos de los sentidos, como los modelos atómicos, los símbolos matemáticos, las estructuras moleculares, las primeras representaciones del espacio o la Vía Láctea, los hoyos negros, la estructura del inconsciente freudiano, entre otras.

Los hermenéuticos de la actividad científica no dejan de ver una relación entre los contenidos de estas representaciones abstractas, de difícil acceso para nuestra percepción funcional, con algún aspecto de la historia de vida personal, familiar y del momento histórico–cultural que le tocó vivir al sujeto epistémico creador. Una hipótesis importante es que estos elementos dan contenido y forma las representaciones imaginadas (O'Doherty *et al.*, 2019; Feist y Gorman, 2012; Galindo, 2007; Feist y Gorman, 1998).

Los métodos cualitativos de investigación generalmente aparecen en fases de exploración y comprensión de hechos en un inicio desconocidos. De manera que abducir es la forma inferencial que entra en acción, sobre todo, para generar las posibles explicaciones.

Otra acotación interesante es que, en esta fase comprensiva, la participación de varias mentes permite acceder a la identificación de las premisas posibles. Por lo que el método inferencial abductivo podría requerir de varios sujetos epistémicos. La participación de varias subjetividades en la generación de hipótesis explicativas enriquece sustancialmente la comprensión de fenómenos extraños.

La metodología cualitativa acepta con beneplácito la subjetividad en la producción de conocimientos y reconoce que cada mirada es un aporte al entendimiento de los hechos extraños. Reconoce, además, la incapacidad de nuestros sentidos perceptuales y, por ello, induce a acceder a otras representaciones para determinar la premisa que mejor explique.

Ante un mismo fenómeno, tener varias explicaciones es enriquecedor; una de ellas o algunas contribuyen a la mejor explicación. Apreciemos este vínculo entre abducción y método cualitativo en la generación de explicaciones plausibles para el entendimiento del trastorno paranoide a través del análisis de uno de los casos más reconocidos de la psicología: el caso Schreber.

Schreber, uno de tantos ejemplos del potencial epistémico de lo abductivo y el proceder cualitativo

Schreber, al igual que otros casos paradigmáticos de la psicología y otros hechos extraños de la ciencia, es una muestra del desarrollo progresivo de la explicación científica presente en la metodología cualitativa y en el discurrir de la abducción. Schreber fue un caso de paranoia analizado por Freud. Su trastorno mental (hoy denominado en el DSM-V como trastorno de la personalidad paranoide) se caracteriza, fundamentalmente, por patrones de ideas y comportamientos de suspicacia generalizadas, desconfianza hacia los demás, ideas persecutorias, creencias basadas en que los demás tienen hacia su persona motivos malévolos, de daño, engaño, explotación y abuso sin evidencia alguna que apoye este tipo de creencias. Schreber presentaba esta sintomatología, pero, además, fue un brillante abogado.

Nació en 1842, el tercero de cinco hermanos, hijo de un matrimonio cuyo padre fue un reconocido ortopedista y uno de los primeros forjadores de la fisioterapia y rehabilitación moderna (Lothane, 1995). Es importante destacar que Schreber ocupó el importante puesto de juez en el Tribunal Supremo de Justicia de Dresden, Alemania. Durante su vida tuvo episodios

importantes de trastornos mentales incluidos depresión profunda, hipocondrías, insomnio grave e ideación suicida. Fue internado en varias ocasiones, pero ante episodios de mejora era dado de alta. En una de esas ocasiones, Schreber empeoró con cuadros alucinatorios cuyo contenido era el ser abusado por su psiquiatra (Fleishig), presencia de delirios de persecución, influencia divina y de intervención de entes cosmológicos. Posteriormente, comenzó a tener ataques de ira y fantasías de transformarse en mujer para salvar el mundo. Su deterioro mental fue *in crescendo* hasta su muerte.

Este caso ha sido retomado para su comprensión por varios autores, la mayoría provenientes del psicoanálisis. Lothane, en 1995, recreó el aporte de algunos de ellos. En primer lugar, fue Sigmund Freud en 1911, luego, Nederland (1993), Kraepelin (1895), y el mismo Lothane (1995). También aportaron a la comprensión del caso Melanie Klein (1946) y Silka (2013). Todos y cada uno de ellos, hasta el mismo Freud, conocieron a Schreber a través de la lectura de su obra titulada *Memorias de mi enfermedad nerviosa*, escrita a principios del siglo XIX. Es decir, ninguno de ellos lo conoció personalmente. Fue, entonces, comprendido a través de un análisis de su discurso escrito. En este texto, Schreber narró sus delirios, alucinaciones y sus experiencias de internación psiquiátrica. Entre sus delirios, está la creencia de ser abusado sexualmente por su psiquiatra, ideas acerca de que Dios lo eligió para salvar el mundo y fantasías de convertirse en mujer para crear una nueva especie; experimentó *milagros* en los que sentía que su cuerpo era manipulado por rayos divinos y que su alma estaba en conexión con dios. Describe un universo con almas errantes y fuerzas sobrenaturales que lo perseguían y acusó a su médico de ser un *asesino de almas* que

conspiraba contra él. Recordemos que estas construcciones no cuentan con evidencias que las sustenten.

Tanto en las *Memorias* escritas por Schreber (2008) como en investigaciones acerca de su vida personal, aparecen eventos que Freud y los demás analistas asocian con los síntomas y con el contenido delirante y alucinatorio, atribuyéndoles una fuerza causal del trastorno. Entre estos eventos, están, por supuesto, las figuras primarias, padre y madre de Schreber, hermanos, esposa y una imposibilidad de procrear, ante lo cual adopta a su hija.

En el interesante artículo de Lothane (1995), que es el que tomaremos como referencia, podemos apreciar el método cualitativo en acción, en particular, la inferencia abductiva en la generación de hipótesis explicativas de la paranoia de Schreber. Puede apreciarse, sobre todo, la importancia que cada uno de los analistas otorgó a ciertos eventos de la vida del caso (narrados por Schreber en sus memorias) que fueron significativos o pasaron desapercibidos para ellos, según Lothane, y que acude a estos deslices para entender sus hipótesis y omisiones.

Por ejemplo, para Freud, fue relevante el prestigio social del padre de Schreber, un hombre reconocido, brillante intelectualmente con una actividad médica revolucionaria para su época, concentrada en el cuerpo (enderezarlo, remodelarlo etcétera, pues era fisioterapeuta) y, por lo tanto, muy exigente; una figura amada y con el imperante deseo de conseguir su amor. Ante este evento, Freud atribuyó la aparición del trastorno a una homosexualidad reprimida, es decir, un acto de amor y de deseo sexual de Schreber por la figura del padre, poseía una idealización amorosa. Es conocido que, en la época freudiana, la homosexualidad era una manifestación pervertida de la sexualidad, rechazada socialmente y motivo, al menos, de un

gran castigo moral. De acuerdo con estos supuestos, la idea de la homosexualidad para Schreber era incompatible con su super yo, lo que daba lugar a la represión cuya intensidad produjo reproches a su conciencia con delirios culposos y manifiestos de persecución sexual desplazados en su psiquiatra como figura sustituta del padre. Por esta homosexualidad reprimida, explica Freud también las fantasías de Schreber de ser mujer, pues ello le permitía amar a un hombre y era un mecanismo de mitigación de su dolor psíquico. Como comenta Lothane (1995), a través de los síntomas, Schreber “luchaba contra el impulso libidinal” de desear sexualmente a alguien del mismo sexo. La hipótesis freudiana dio lugar a una de las hipótesis más controversiales en el origen de los trastornos paranoides: el dolor psíquico provocado por ser homosexual.

Con respecto a las fantasías de ser mujer, Lothane (1995) considera que Freud omitió las experiencias de vida narradas por Schreber que daban cuenta de un amor profundo por su madre, esposa, hermana e hija. Señala, en particular, la dolorosa experiencia de múltiples abortos de su esposa que le impidió tener descendencia. Para Lothane (1995), Freud, teniendo nula evidencia de prácticas homosexuales de Schreber, descarta la posibilidad de que su transformación en mujer fuera por una identificación con la figura de la mujer misma, con la fantasía, además, de ser la esposa de Dios y procrear *seres superiores*, lo que no le fue posible a Schreber. Como afirma el autor, la falta de descendencia o la imposibilidad de tenerla fue subestimada por Freud. Otra de las interpretaciones de Lothane (1995) es la siguiente: quizás la sintomatología de Schreber era una manifestación de travestismo. Al respecto dice que, en tiempos de Freud:

no existía esa entidad clínica ni el problema de la identidad de género, no sabía lo que hoy sabemos acerca de la psicodinámica de la vestimenta cruzada que es incluso, compatible con la heterosexualidad y no ofrece *prima facie* evidencia de pasión sexual por un hombre. (p. 263)

He aquí otra posible explicación de la sintomatología de Schreber desde otro tiempo y contexto cultural que Freud, quizás, ni siquiera contempló.

Pero eso no es todo, Niederland (1993) es otro autor que ahondó en la comprensión del caso por el contenido del discurso de Schreber en sus memorias y una investigación de los libros de su padre que revelan los vínculos tempranos entre padre e hijo. Para este autor, la figura del padre de Schreber también fue el detonante de su sintomatología paranoide, pues el ejercicio de su profesión médica lo hacía parecer un hombre sádico, despótico y con una benevolencia que disfrazaba su sadismo, es decir, experimentaba goce con el dolor del otro, en particular, con sus hijos varones. De acuerdo con Nierderland (1993), el padre de Schreber recomendaba en sus libros una educación basada en la obediencia y en un comportamiento *recto*; además, creó aparatos y máquinas para mejorar la postura corporal, emparejar mandíbulas y corregir desviaciones de las espaldas, estirando y sometiendo, sobre todo, a sus hijos a probar la efectividad de estas máquinas. No es casual, entonces, infiere el autor, que dentro de los delirios de Schreber aparecieran referencias a máquinas y utensilios mecánicos. Veamos el siguiente extracto que se refiere a una máquina compresora del cráneo a la que alude Schreber:

Era manipulada por pequeños demonios que comprimían mi cabeza como en un torno girando una especie de tornillo [...] los tornillos eran aflojados temporalmente pero sólo muy gradualmente, de modo que el estado de compresión solía continuar por cierto tiempo. (1993, p. 159)

Aunque Lothane (1995) duda de la relación evidente de estos contenidos con un padre sádico, parece plausible pensar que existe un vínculo con las creaciones médicas ortopédicas del padre y su impacto en el cuerpo de las que Schreber manifestó haber sido sujeto experimental. Siendo así, tenemos otra hipótesis explicativa: los delirios y alucinaciones de Schreber se deben a una relación traumática entre un padre sádico disfrazado de benévolos con su hijo.

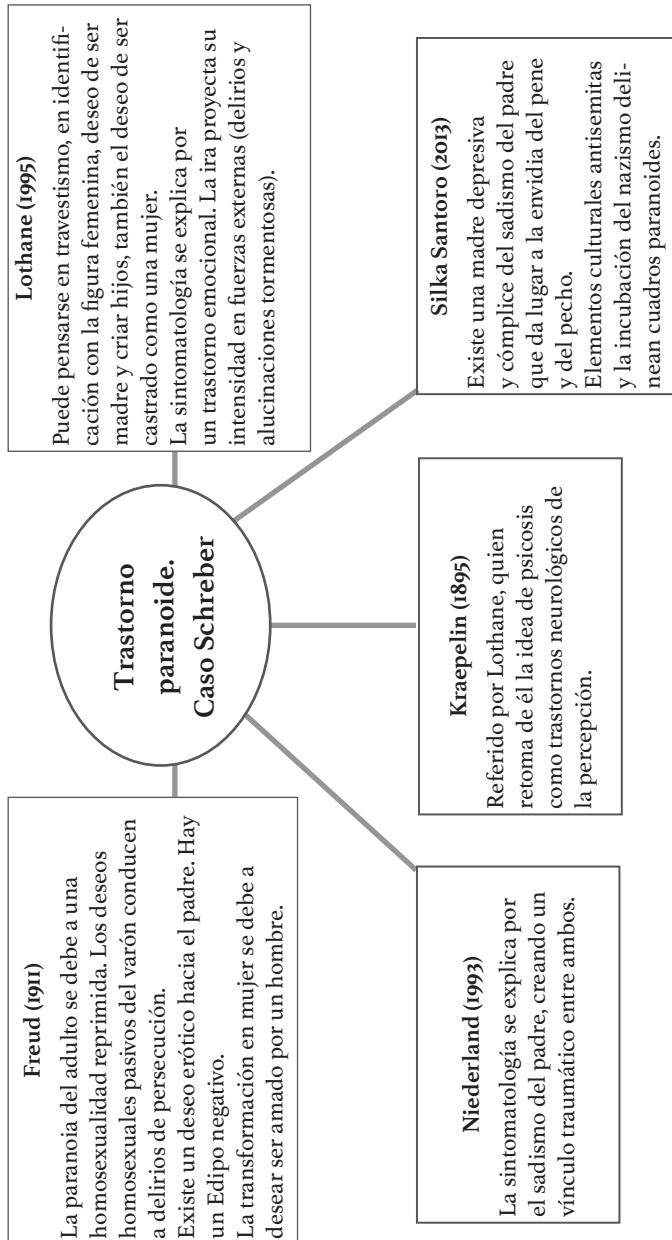
Lothane (1995) termina su análisis dando una particular relevancia a las emociones de Schreber, en especial a su ira y agresividad. Considera, incluso, que los sentimientos de ira “yacen en el corazón de la estructura psicológica de Schreber desde muy temprana edad” (p. 269). Retomando la idea de Kraepelin de que las psicosis son trastornos de la percepción, un fenómeno esencialmente neurológico y, al ser las emociones parte de este, Lothane considera que la intensidad de la ira y la agresión como manifestaciones emocionales internas es una proyección en forma de fuerzas exteriores (alucinaciones y delirios). Son transformaciones de *creer amar* por el sentimiento de odiar como sentimiento *real* que, por su inaceptabilidad moral, son reemplazadas por percepciones atormentadoras, por la presencia de un super yo severo y punitivo.

Pero la historia no termina aquí, la autora Silka (2013), analista de las memorias de Schreber, genera otras hipótesis de importancia para el entendimiento de los delirios, alucinaciones

y demás manifestaciones del caso. Para esta autora, uno de los elementos descuidados por Freud y por los demás autores fue el vínculo de Schreber con su madre y la función de ella en la familia. Como bien expresa la autora “es difícil pensar en un cuadro clínico de esta gravedad sin tomar en cuenta el vínculo materno” (p. 41). Silka comparte con Nierldecker la presencia de sadismo en el padre. Por sus prácticas médicas, le llama cruel por someter a sus hijos y otros niños a martirios dolorosos con sus máquinas enderezadoras de cuerpos. Retoma, entonces, la investigación de Baumeyer (1993) y descubre que la madre es descrita como depresiva, una persona nerviosa con súbitos cambios de humor, despreocupada del estado de salud de su hijo mientras estaba internado. Luego, a partir de una declaración escrita de una de las hermanas de Schreber, menciona que su madre era fiel e íntima compañera en todo con su esposo, incluida la fabricación de sus máquinas y la planificación de las pruebas experimentales con sus hijos.

Desde la perspectiva de Silka, la madre era cómplice del sadismo del padre, amada por su esposo, y ello puede haber dado lugar al deseo inconsciente de Schreber de ocupar su lugar, además, por su capacidad reproductiva, tuvo cinco hijos. Esta reproductividad, Schreber no la heredó y eso pudo ser el origen de sus delirios asociados con desear ser mujer. La autora también alude a la presencia, en las memorias, de contenidos misóginos en los que revela el odio hacia su madre. Tomando en cuenta la nueva mirada, se desprende una hipótesis más: la presencia de una madre pasiva y cómplice del sadismo del padre puede generar cuadros psicóticos paranoides. Apoyándose en la teoría de Melanie Klein, Silka hipotetiza que, en Schreber, está la envidia del pene y también del pecho.

Figura I
Síntesis de las hipótesis explicativas sobre el caso de Schreber



Otra de las interpretaciones interesantes que promueve esta autora con respecto a los delirios del caso es la incubación de ideas nazis en esa época y las ideas antisemitas de Schreber, las cuales justifican su alusión a considerarse un ser superior, elegido y perseguido por seres inferiores, refiriéndose a los judíos. En un extracto de las *Memorias* que refiere Silka aparece lo siguiente: “en lo que respecta al estómago durante mi permanencia en el hospital de Flechsig me había sido formado milagrosamente por el neurólogo vienes [...] en lugar de mi estómago natural y sano otro al que se llamó estómago de judío, de muy inferior calidad” (Silka, 1993, p.163).

Hasta aquí, un ejemplo de análisis cualitativo y del método inferencial abductivo centrado en la comprensión de un complejo trastorno psicológico. Las hipótesis explicativas se resumen en la figura 1.

Llama la atención el contenido de las hipótesis de cada autor; no puede dejar de considerarse en él la época y el contexto histórico en las que fueron creadas, pues son factores que permearon las interpretaciones. Aun así, aluden a factores causales plausibles: el papel y las cualidades psicológicas de las figuras primarias, otros personajes cercanos de la familia, historias personales y experiencias concretas de vida, contexto cultural e histórico del caso y el componente neurobiológico. Así mismo, la mirada hermenéutica del caso por parte de Freud, Niederland, Lothane y Silka no podrían explicarse sin sus propias historias, cada uno dio importancia al factor identificado por alguna razón histórica personal también.

Conclusiones

El desarrollo de las explicaciones científicas de fenómenos extraños, novedosos, difusos o inductores de la curiosidad recorre un camino similar al caso Schreber. En el afán por comprender y darle sentido legible, es necesario recurrir a la identificación de premisas que parecen darle lugar. Ellas pueden ser varias y diversas en su naturaleza, pero es importante que sean plausibles. Las no plausibles, generalmente, quedan fuera del análisis. Las premisas que resultan ser *la mejor explicación* pasan a convertirse en las hipótesis más relevantes. En este ejemplo, puede observarse que la intervención de *varias mentes* enriqueció el entendimiento del trastorno haciendo notar que, para algunas de estas, entre ellas varias brillantes, elementos de relevancia pasaron desapercibidos. Por otro lado, todos fueron en búsqueda de más evidencias, o bien, de darle la debida importancia a aquellas a la que no se les prestó atención.

La investigación cualitativa posee una intención consciente de comprender y darle sentido a la extrañeza y a lo inmediatamente inexplicable. Claramente, estas personas *con intenciones epistémicas* aludieron al método inferencial abductivo, propio de la metodología cualitativa, sin temor alguno a su propia percepción y a señalar lo que los otros *no vieron* como premisas relevantes para generar una y otra hipótesis explicativa. Hoy, la psicología cuenta con una comprensión profunda, rica y plausible de los trastornos paranoides gracias a estas interpretaciones del caso Schreber. Desar probarlas empíricamente para determinar cuál es la que se comporta como una generalidad le corresponderá a la metodología cuantitativa de investigación.

Referencias

- Aguirre, J. C. y Jaramillo, J. G. (2015). El papel de la descripción en la investigación cualitativa. *Cinta moebio 53*: 175-189. www.moebio.uchile.cl/53/aguirre.html
- Aliseda, A. (2014). *La Lógica como herramienta de la razón. Razamiento ampliativo en la creatividad, la cognición y la inferencia. Colección Cuadernos de lógica, epistemología y lenguaje* (vol. 6). College Publications, Milton Keynes.
- Álvarez-Gayou, J. L. (2003). *Como hacer investigación cualitativa: fundamentos y metodología*. Paidós Ibérica.
- Baumeyer, F., Katan, M., Kitay, P. M., Niederland, W. G., Masotta, O. y Jinkis, J. (1993). *Los casos de Sigmund Freud 2. El caso Schreber*. Ediciones Nueva Visión.
- Bautista, N. P. (2022). *Proceso de la investigación cualitativa. Epistemología, metodología y aplicaciones*. Manual Moderno.
- Castañeda, M. (2022). La científicidad de metodologías cuantitativa, cualitativa y emergentes. *Revista Digital de Investigación en Docencia Universitaria*, 16(1), e1555. <https://doi.org/10.19083/ridu.2022.1555>
- Clemente Gonçalves, M. A. y Adúriz-Bravo, A. (2023). Epistemología en la formación del profesorado de ciencias: Herramientas conceptuales del positivismo lógico y del Círculo de Viena. *Publicaciones*, 53(2), 293-308. <https://doi.org/10.30827/publicaciones.v53i2.26828>
- Feist, G. J. y Gorman, M. E. (2012). Introduction: Another brick in the wall. En G. J. Feist y M. E. Gorman (Eds.), *Handbook of psychology of science* (pp. 3-20). Springer Publishing Company.
- Feist, G. J. y Gorman, M. E. (1998). The Psychology of Science: Review and Integration of a Nascent Discipline. *Review of General Psychology*, 2(1), 3-47.

- Fernández, S. (2017). Si las piedras hablan. Metodología cualitativa de Investigación en Ciencias Sociales. *La Razón Histórica, Revista Hispanoamericana de Historia de las Ideas*, 37, 4-30.
- Galindo, S. J. A. (2007). *La influencia del presbiterianismo en la postura de B. F. Skinner sobre el problema del determinismo comportamental*. [Tesis de doctorado]. Universidad Nacional Autónoma de México. <https://ru.dgb.unam.mx/items/c15b187b-dff2-4a6c-95a4-421e60d5431a>
- Hempel, C. G. (2021). *Filosofía de la ciencia natural*. Alianza Universidad.
- Hernández-Sampieri, R. y Mendoza, C. P. (2023). *Metodología de la investigación. Las rutas cuantitativas, cualitativas y mixtas* (2a. ed.). Mc Graw Hill.
- Kraft, V. (1986). El Círculo de Viena. Taurus Ediciones.
- Lothane, Z. (1995). El caso Schreber: una revisión. *Revista Asociación Española Neuropsiquiatría*, 15(53), 255-273.
- Nederland, W. G. (1993). Schreber y Flechsig. Una contribución más al núcleo de verdad. En Baumeyer, F., Katan, M., Kitay, P. M., Nederland, W. G., Masotta, O. y Jinkis, J. *Los casos de Sigmund Freud 2. El caso Schreber*. Ediciones Nueva Visión.
- O'Doherty, K. C., Osbeck, L. M., Schraube, E. y Yen, J. (2019). Introduction: Psychological Studies of Science and Technology. En O'Doherty, K. C., Osbeck, L. M., Schraube, E. y Yen, J. (Eds.). *Psychological Studies of Science and Technology. Palgrave Studies in the Theory and History of Psychology*. Palgrave Macmillan. https://doi.org/10.1007/978-3-030-25308-0_1
- Schreber, D. P. (2008). *Memorias de un enfermo de nervios*. Sexto Piso.
- Silka, G. (2013). Algunas reflexiones sobre el caso Schreber. *Anaqueles PSI*, 36-47. <https://www.bivipsi.org/wp-content/uploads/8-Algunas-reflexiones-sobre-el-caso-Schreber.pdf>

LA PSICOHISTORIA COMO MÉTODO CUALITATIVO. DEFENSA DE UNA HEREJÍA NECESARIA

Jonathan Alejandro Galindo Soto

Introducción

Este capítulo propone una defensa crítica de la psicohistoria como método cualitativo riguroso, y la distingue de sus versiones más especulativas o clínicamente ortodoxas. A partir de una revisión histórica de sus orígenes —desde Freud y Erikson hasta DeMause y Binion—, se analizan tanto sus aportes como sus principales críticas, especialmente aquellas que señalan su reduccionismo psicologista y escasa validez empírica. Se reivindican aportaciones metodológicas alternativas, como las de Marañón, Gay, Lowenberg y Listyaputri, que han articulado enfoques más históricos, sociales y contextuales. En lugar de sostener una lectura clínica del pasado, se propone una psicohistoria que recupere las experiencias afectivas, los procesos de crianza, la configuración simbólica y las regularidades sociales como claves para comprender la conducta humana en su dimensión histórica.

El texto aboga por una psicohistoria plural, crítica y metodóicamente sustentada, capaz de dialogar con otras corrientes cualitativas como el análisis narrativo, la fenomenología o la historia cultural. Se destacan rutas de validación mediante la triangulación de fuentes, investigadores y teorías, el análisis

contextual y la articulación teórica interdisciplinaria. Además, se exploran posibilidades de renovación metodológica mediante el análisis funcional del comportamiento histórico, incluyendo categorías como metacontingencias, reforzamiento simbólico y climas afectivos institucionales.

En conclusión, se defiende que toda historia es, en parte, una psicohistoria, en la medida en que los acontecimientos humanos no pueden comprenderse sin atender sus motivaciones psicológicas, afectivas y culturales.

La problemática histórica de la psicohistoria

En un contexto de distanciamiento entre razón e historicidad, durante el siglo XIX, surgieron propuestas que buscaban, precisamente, restituir la conexión perdida, no desde una racionalidad puramente lógica, sino desde una comprensión más amplia de lo humano. Es aquí donde disciplinas como la psicohistoria introducen una forma alternativa de pensar la relación entre los procesos históricos y los procesos psíquicos; cuestionan la supuesta neutralidad de la historia tradicional y proponen que los afectos, las motivaciones inconscientes y las experiencias tempranas forman parte constitutiva de la historia de los pueblos, no solo como telón de fondo, sino como fuerza estructurante.

Es discutible —por supuesto— que formas prototípicas hayan tenido origen mucho tiempo antes. Para el caso de un pensamiento eurocentrista *humanitas*,¹ regresaríamos a los griegos,

1 En el sentido que trabaja Nishitani Osamu (2006) de un ente autonombado superior, supuestamente autónomo y separado de la naturaleza, racionalista, en contraposición al *anthropos* (en resumen, todos aquellos no descendientes directos de blancos europeos). El texto debiera ser obligado en niveles introductorios de casi cualquier licenciatura.

seguramente. Es muy discutible, también, el listado que uno podría realizar al proponer antecedentes del método psicohistórico. Pensemos, por nombrar alguno, en la inclusión de Marañón y sus intentos de engranar la medicina con la psicología y la sociología, cuando propuso el método de *ensayo biológico* de personajes históricos en sus contextos culturales (Almagro, 2008).

Para fines académicos, seguiremos el recorrido que plantea Paul Elovitz (2018), no validaremos a James Lowell (por no referirse a lo que hoy conocemos como psicohistoria y tratarse, más bien, de un concepto homónimo), sino que lo dejaremos en la instauración de los cimientos junto con Morton Prince, Sigmund Freud y Preserved Smith (sí, así se llamaba este historiador del protestantismo estadounidense), para construir oficialmente el término con Leon Pierce Clark en sus estudios sobre Alejandro Magno, Lincoln y Napoleón. Lamentablemente, el rigor científico de todos ellos fue tan bajo que es mejor no detenernos en los detalles.

Lloyd DeMause fundó, en 1973, la revista especializada *History of Childhood Quarterly* que, para 1976, cambió su nombre al, aún activo en 2025, *Journal of Psychohistory*. En ese espacio virtual se define esta disciplina como la ciencia de las motivaciones históricas, que combina las introspecciones de la psicoterapia con la metodología de la investigación de las ciencias sociales para comprender los orígenes emocionales de la conducta política y social de los grupos y las naciones, presentes y pasadas (The Association for Psychohistory, s.f.). Es cierto que el método psicohistórico encuentra la mayoría de sus raíces en el psicoanálisis (no todas), primero, con Sigmund Freud y, más adelante, con Erik Erikson, lo que puede descarrilar las intenciones sistemáticas o científicas del método, sobre todo, en el caso de la aproximación freudiana.

En 1980, David Stannard publicó *Shrinking History, on Freud and the failure of Psychohistory*,² en el que criticó la metodología y resultados presentados por DeMause, por parecerle algo fanático, poco objetivo. Y en eso se encuentra la devaluación del método psicohistórico a manos de quienes suponían enaltecerlo, por vías equívocas, como un psicoanálisis meramente especulativo que incluso marcó el alejamiento del rigor de la disciplina histórica, de acuerdo con el propio DeMause.

Strozier fue mucho más rudo en su crítica de 1982 sobre los fundamentos de la psicohistoria de DeMause, al punto que me permito compartir una cita extensa para que no se piense que exageré al parafrasearlo:

El capítulo 7 del libro *Fundamentos de la Psicohistoria*, titulado “Los orígenes fetales de la historia”, comienza declarando sin rodeos que “la vida mental comienza en el útero con un drama fetal que es recordado”; que “este drama fetal es la base de la historia y cultura de cada época”; y que “el drama fetal es traumático, por lo que debe repetirse una y otra vez en ciclos de muerte y renacimiento” (244). Otros ensayos en esta colección son igualmente tajantes. “La historia de la infancia es una pesadilla de la que solo recientemente hemos comenzado a despertar”, comienza el ensayo más famoso de DeMause (y el primero): “La evolución de la infancia”. En las 16 páginas de esquemas y gráficos que conforman “La teoría psicogenética de la historia”, DeMause no escatima palabras: “IA.

² *Reduciendo la historia: Sobre Freud y el fracaso de la psicohistoria.*
Traducción del autor.

La psicohistoria es una ciencia, no un arte narrativo como la historia.” (132)

Y así sigue. Lloyd DeMause es colorido, expresivo, exuberante, confiado y productivo. También es escandaloso y, básicamente, está equivocado. Ha tenido amplia cobertura en la prensa en la última década, en parte por una hábil autopromoción (es el Don King de la psicohistoria) y en parte porque se mantiene al tanto de las noticias recientes, que adapta en un psicohistoricismo sensationalista. Eso hace que personas como Gary Wills salgan de las sombras para lanzar una contundente denuncia contra todo lo psicohistórico. DeMause y su leal grupo, sin embargo, ven estos ataques como sin sentido y malintencionados, y tienden a cuestionar las motivaciones del crítico, lo cual es una práctica común en el psicoanálisis y disciplinas afines. Busqué cuidadosamente en los ensayos de DeMause aspectos rescatables. Hay algunos. La idea de explorar sistemáticamente la historia de la infancia es interesante. El análisis de fantasía grupal no es ciencia dura, como cree DeMause, pero sí es un enfoque para estudiar temas subyacentes en el grupo. Y tal vez la misma locura y falta de cautela con la que opera DeMause inspire creatividad en otros. Pero al final, incluso estos elementos redentores parecen débiles en medio de un viento lleno de aire caliente. (Strozier, 1982, pp. 155-156)³

3 La cita extensa proviene de la reseña que Strozier hace de la obra de Lloyd DeMause, *Foundations of Psychohistory* (1982). En dicha reseña, Strozier lo cita textualmente varias veces, incluyendo números de página. Se considera a Strozier como fuente secundaria, aunque el autor de este capítulo ha verificado que los fragmentos coinciden de manera exacta con el texto original de DeMause disponible en línea en el siguiente hipervínculo: <https://web.archive.org/web/20130905014139/http://www.psychohistory.com/htm/contents.htm>

Sin embargo, como bien señala Paul Elovitz (2018), no todo el descrédito de la psicohistoria puede atribuirse al rechazo externo. Parte importante de la resistencia académica proviene de errores dentro del propio campo, como la patologización excesiva de figuras históricas, el reduccionismo teórico, o el uso arbitrario de categorías clínicas sin el debido respaldo documental. Esta tendencia a diagnosticar retrospectivamente desde marcos clínicos cerrados —a menudo sin rigor historiográfico— ha llevado a una percepción generalizada de que la psicohistoria es más especulación que ciencia, más ideología que método. La cita textual de Strozier navega, en ese sentido, hacia una crítica meticulosa, ubica fortalezas y debilidades de esa mirada ortodoxa freudiana que, con el paso del tiempo, se ha ido desmoronando. Y cabe recalcar, las veces que sea necesario: no es una polarización argumentativa, es ubicar las cuestiones que deben eliminarse para fortalecer un modelo.

A lo anterior, se suma el malestar estructural que genera el inconsciente como categoría analítica. Elovitz argumenta que historiadores y científicos sociales se resisten no solo por razones metodológicas, sino porque enfrentarse a los aspectos irrationales, traumáticos y afectivos de la historia desestabiliza su propia posición de neutralidad profesional. Esta incomodidad ha sido un obstáculo real para que la psicohistoria gane legitimidad en departamentos de historia o psicología tradicionales.

En la conclusión de Stannard, el modelo metodológico freudiano ortodoxo no solo trivializa, sino que aboga por un determinismo psicopatológico mecanicista. El problema de fondo radica no solo en la falta de evidencia, sino en sostener que, con suficiente teorización (incluso si no es lógica), deje de ser necesaria. Si bien uno podría discutir una vez más el valor científico del psicoanálisis en general (asunto que no compete

a este texto) o los recurrentes errores historiográficos de Freud (ya sean de interpretación, de eurocentrismo universalista o, incluso, de invención de datos), para esta argumentación baste con dialogar sobre la reflexión metodológica de la psicohistoria de corte freudiano y, para el caso, que el modelo implicaba la interacción personal y transferencial entre terapeuta o maestro y estudiante o paciente, lo que es imposible que ocurra bidireccional e interactivamente entre el sujeto histórico analizado y el psicohistoriador freudiano. Al no haber co-construcción de sentido como recomienda el psicoanálisis, el resultado se arriesga a ser, más bien, delirante, reiterativo de la teoría (como el modelo terapéutico edípico) e incluso, entonces, impositivo (validaciones *post hoc*).

En vertiente paralela, Kevin Lu (2010) critica la propuesta psicohistórica de Jung. Está de acuerdo con Stannard en las críticas a los ortodoxos freudianos, pero no se detiene a detallarlo. En cambio, ahonda en que el modelo junguiano abona a la discusión al plantear dos niveles de análisis: la historia objetiva (consciente) y la historia arquetípica (natural). En ese sentido, tendríamos una visión conflictiva de la psicohistoria, con eventos históricos de impacto superficial y constantes ahistóricas colectivas que se expresan históricamente en mitos y arquetipos manifestados en sujetos particulares. La propuesta metodológica implicaría ubicar a estos individuos excepcionales para su estudio como generadores de cambios históricos objetivos, por ser intuitivos (con acceso al inconsciente colectivo), canalizadores de arquetipos y de transformación colectiva. Estos sujetos traducirían los contenidos inconscientes colectivos a los demás sujetos individuales de su entorno.

La priorización de lo ahistórico —por supuesto— retorna a lo determinista y, en el planteamiento de Lu, incluso puede

terminar por construir falsas historias de bronce (algo bastante común en política), lo que deja implícito que el contexto histórico poco o nada abona al análisis de los fenómenos colectivos o sociales. Esta crítica fue ampliada por los historiadores Lukács y Kershaw (Guralnik, 2010). György Lukács no escribió directamente sobre psicohistoria, pero cuestionó de manera severa cualquier forma de interpretación histórica centrada excesivamente en lo individual o subjetivo, y la calificó como *idealismo burgués*. Desde su perspectiva marxista, se pierden de vista las estructuras materiales que configuran las condiciones de posibilidad de la acción humana.

Por otro lado, Ian Kershaw insiste en que el papel de personajes históricos, como Hitler, no puede entenderse solo desde su psicología personal y sus trastornos edípicos, sino desde un entramado complejo de instituciones, cultura política y condiciones sociales que permitieron su ascenso. Esta crítica es valiosa como un recordatorio de la necesidad de integrar los niveles macro y micro del análisis. Ambas críticas, la marxista de Lukács y la estructuralista de Kershaw, coinciden en señalar el peligro del reduccionismo psicologista.

Sin embargo, si se toma en serio la advertencia y se responde metodológicamente, estas objeciones pueden fortalecer a la psicohistoria en lugar de debilitarla. Asumir que las motivaciones individuales emergen de matrices sociales, culturales y materiales no es contrario a la psicohistoria, sino coherente con sus versiones más maduras y complejas. Por eso, más que renunciar al método, se trata de profundizar en su articulación dialéctica: lo subjetivo no niega lo estructural, sino que lo expresa y, a veces, lo transforma. Incluso Stannard concluye que no hay que confundir los errores de algunos individuos o sus seguidores, con el método psicohistórico en general, y acepta

que la propuesta metodológica de Erikson surgió como una “bocanada de aire” (1980, p. 155). Baste recordar que este otro modelo tiene un enfoque más histórico social y que, por tanto, se ajusta mejor a los métodos historiográficos. La crítica al psicologismo solo se mantiene si la perspectiva psicológica aludida se aleja del pensamiento historicista. La pregunta por las motivaciones, factores predisponentes o incluso determinantes de eventos biográficos o históricos ha sido un fluctuante continuo y abierto en la historia humana.

Generar propuestas metodológicas que fracasen y aun así aporten es lo cotidiano, lo común en el devenir científico. Lo más relevante es, precisamente, ponerlas a prueba por la vía empírica. Preguntarse por los factores psicológicos grupales o individuales que participan en el conglomerado de causalidades y predisponentes históricas tiene sentido, sobre todo, cuando los fenómenos que estudiamos son necesaria e ineludiblemente humanos.

A modo de abducción indispensable. El supuesto

¿Qué podemos suponer, entonces, como rescatable, como defendible del método psicohistórico? La argumentación al respecto se expone con mayor detenimiento en el apartado posterior. Pero, para darle raíces o tutores, describiremos las posibilidades de definición, en un intento de ser mucho más claros sobre a qué habremos de referirnos cuando dialoguemos sobre un método particular.

Recuperaremos, ahora, a aquel que apenas mencionamos al principio del texto, Gregorio Marañón, y las consideraciones que hace Almagro González sobre su método. Marañón desarrolló una forma de indagación que puede considerarse, con

justicia, un antecedente del enfoque psicohistórico. Su propuesta metodológica no parte de un marco teórico cerrado, sino de una actitud integradora que articula saberes médicos, históricos y psicológicos en el análisis de sujetos históricos concretos. El *ensayo biológico* (tal como denominó a su forma de estudiar personajes del pasado) es un ejemplo de análisis clínico-humanista que se niega a disociar al individuo de su tiempo y reducir la historia a una sucesión de eventos externos. En su obra, historia y psicología son herramientas conjuntas para comprender la complejidad de la subjetividad en contexto.

Uno de los principios centrales de su método es la necesidad de comprender al individuo como una unidad históricamente situada. Para ello, recurre a fuentes múltiples: retratos, cartas, genealogías, hábitos, síntomas físicos, creencias, entornos familiares y estructuras de poder. El personaje histórico no es presentado como un tipo representativo ni como una patología, sino como un sujeto en tensión, resultado de cruces entre lo personal y lo estructural. A diferencia de los enfoques naturalistas o positivistas, Marañón evita las tipologías cerradas y privilegia una lectura del carácter que incorpora tanto los afectos como las contradicciones del momento histórico en que se configura.

Otro rasgo distintivo de su propuesta es el rechazo al reduccionismo disciplinario. Frente al psicologismo ahistórico y al historiograma sin sujeto, Marañón propone un modelo de análisis en el que la subjetividad, el cuerpo, el tiempo y la cultura se entrelazan en una narrativa comprensiva. El suyo es un método profundamente antidogmático: no parte de una teoría que busca confirmarse, sino de un interés por reconstruir las condiciones simbólicas, sociales y emocionales que hacen posible determinada configuración psíquica. Esa reconstrucción

no es neutral, pero sí cuidadosa, y está basada en una lectura crítica de los materiales disponibles y una interpretación abierta a la ambigüedad.

Finalmente, el legado metodológico de Marañón no radica en la producción de leyes generales, sino en la creación de una sensibilidad analítica que permite estudiar al ser humano desde su densidad histórica. El sujeto no es entendido como un epifenómeno de la biología ni como simple resultado de fuerzas estructurales: es un agente, condicionado pero activo, cuya vida emocional y relacional es clave para comprender procesos sociales más amplios. En este sentido, Marañón anticipa muchas de las preocupaciones contemporáneas de la psicohistoria: el diálogo entre lo individual y lo colectivo, entre lo íntimo y lo político, entre la experiencia vivida y la narrativa histórica.

Pero Marañón, como médico, se enfrenta a un *impasse*⁴ disciplinar: poner la meta en una psicología de corte naturalista al separarse del psicoanálisis. De ahí que Philip Pomper, en su texto *Problems of a Naturalistic Psychohistory* (1973), formule una crítica que, aún hoy, resulta relevante para quienes intentamos pensar la psicohistoria más allá de su dimensión especulativa o meramente ideológica. Su preocupación central gira en torno a la fragilidad epistemológica de una psicohistoria que aspira a fundamentarse en normas psicológicas de validez universal, inspiradas en modelos biológicos, psiquiátricos o evolucionistas. El problema, tal como lo plantea Pomper, es que tales

4 Me disculpo por el término francés en lugar del castellano ‘callejón sin salida’. Cosa de gusto culposo que alude claramente al libro de François Roustant Lacan: *Del equívoco al callejón sin salida*, y que juega con la idea de que el uso del lenguaje en Lacan, como eje estructurante del sujeto, termina por encerrar al análisis en un juego autorreferencial sin salida, en el que el equívoco sustituye al sentido y la práctica clínica queda atrapada en una lógica estéril.

normas simplemente no existen con el grado de consenso y precisión requerido por una ciencia consolidada, lo que deja a la psicohistoria en una tierra de nadie entre la pretensión científica y el gesto interpretativo.

Pomper señala que, al no contar con una teoría psicológica consensuada, la psicohistoria naturalista termina por actuar como si esa teoría existiera, desplegando tipologías, categorías y diagnósticos que, en el mejor de los casos, tienen valor heurístico y, en el peor, reproducen prejuicios culturales. De ahí que las visiones derivadas del psicoanálisis —particularmente el freudiano— tiendan a psicopatologizar tanto al individuo como los procesos históricos, bajo la lógica de neurosis colectivas, pulsiones reprimidas o superegos punitivos. Esta matriz —que Pomper equipara con una suerte de salvacionismo secular— convierte a algunos autores en terapeutas de la humanidad, más preocupados por diagnosticar el *mal de época* que por ofrecer herramientas analíticas consistentes.

Frente a estas derivas, propone una alternativa que, aunque modesta, no deja de ser ambiciosa: el desarrollo de una psicohistoria basada en datos epidemiológicos rigurosos, capaces de mostrar cómo ciertas configuraciones culturales podrían generar efectos psicológicos diferenciados según variables como edad, clase, género o ubicación geográfica. La pregunta, en el fondo, es si sería posible rastrear formas de sufrimiento psíquico socialmente distribuidas y estadísticamente significativas que permitan entender procesos de adaptación o desadaptación psicosocial a escala histórica. Pero incluso este horizonte —que implicaría una alianza más estrecha entre psicología clínica, psiquiatría social y teoría histórica— está lejos de concretarse.

Así, Pomper concluye, con una crítica lúcida aunque algo desencantada: la psicohistoria, tal como se practicaba en su tiempo, carecía de fundamentos sólidos para presentarse como ciencia, y su potencial se jugaba más en el terreno de la crítica cultural o de la imaginación diagnóstica que en el de la verificación empírica. No obstante, reconoce que, en un mundo donde las amenazas a la supervivencia física parecen retroceder para ciertos sectores, el malestar psíquico se convierte en un problema histórico de primer orden. Es ahí donde la psicohistoria —si aprende a pensar con más rigor y menos grandilocuencia— podría convertirse en una herramienta indispensable para comprender no solo cómo hemos vivido, sino cómo hemos sufrido históricamente.

Siguiendo esa brecha, recuperaremos la propuesta de Hugo Torres Salazar de 2006 para dividirlo en, al menos, dos opciones: un método de enseñanza y un método de investigación. Como casi todos —habrá que buscar quién no—, el autor ubica el origen en la vinculación de dos disciplinas: historia y psicoanálisis, como una necesidad de integrar aspectos geológicos, ecológicos, biológicos y psicológicos para la comprensión de fenómenos históricos. Y, para el caso particular que nos compete, incluir las motivaciones humanas de las cuales no hay una conciencia plena en los propios actores históricos. Torres Salazar considera que, por ello, es necesario el uso de la psicobiografía en comunión con la psicohistoria.

Sin embargo, Torres Salazar aporta un punto fundamental en estas nuevas definiciones que realiza. La persistencia del método en independencia del psicoanálisis en los casos de Hankheimer, Fromm, Marcuse, Reich y Elías, en quienes observa un abordaje más social, cercanos a la Escuela de Frankfurt. Es decir, acercarse desde el materialismo histórico en tér-

minos de alienación más que de represión, por ejemplo. Incluso, plantea ubicar a personajes como Foucault o Kantor con su psicología cultural, como algunos de los que se han interesado por este tipo de estudios.

Lo que encuentra en común entre todos ellos y más —que por razones de espacio quedarán por el momento como sombras o murmullos— queda establecido en trece puntos de estudio que permiten comprender psicohistóricamente a un personaje y, por tanto, formarían parte de una rúbrica que facilite evaluar la calidad del estudio de investigación psicohistórica. Torres Salazar no lo describe como instrumento o técnica de evaluación de investigaciones, pero es un paso obvio en términos metodológicos.

Empezaremos por examinar con detenimiento los *modelos de rol* que influyeron en su desarrollo, tanto en el ámbito masculino —como el padre, el abuelo o los tíos— como en el femenino —la madre, la nodriza, las hermanas o la abuela—. A partir de estas figuras, el análisis debe explorar los *procesos de identificación* con aquellos personajes significativos que contribuyeron a la formación del yo y de las estructuras básicas de la personalidad. Este proceso no puede desligarse de los eventos traumáticos, especialmente de las *pérdidas y muertes* que marcaron la infancia o adolescencia y que pudieron influir decisivamente en la constitución del aparato psíquico, formado por el *ello*, el *yo* y el *superyó*.

El análisis debe abarcar, también, la *influencia de los ideales familiares y sociales* que fueron interiorizados como *ideales*, así como los valores o expectativas que moldearon el comportamiento a lo largo del tiempo. Además, es importante considerar cómo las condiciones sociales actuales pueden reactualizar *conflictos infantiles no resueltos*, y cómo estas reactivaciones se vinculan con la *elección de figuras heroicas* o simbólicas que pro-

yectan motivos paternos o maternos. Las actitudes que una persona desarrolla en busca de *gratificación para su ego*, así como las *representaciones sociales* y las ideas que elabora para interpretar su mundo también resultan cruciales.

Igualmente, el desarrollo de las *relaciones de objeto* —entendido como la forma en que una persona se vincula afectivamente con otros— debe estudiarse a través de los mecanismos psíquicos de incorporación, proyección e identificación. Este análisis se complementa al considerar el papel que juegan los *mitos, ritos y las tradiciones* en la estructura simbólica del sujeto, así como el modo en que el *discurso cotidiano*, incluyendo los proverbios y frases populares, refleja y refuerza la configuración subjetiva histórica del individuo en su aparato psíquico.

En conjunto, estos elementos conforman una cartografía compleja del psiquismo modelado históricamente que permite entender cómo los individuos internalizan, resisten o reproducen los patrones socioculturales en los que están inmersos. Así, el abordaje psicohistórico no se limita al individuo aislado, sino que lo vincula, de manera dialéctica, con las configuraciones sociales y culturales que le dan forma y sentido. Sobre la vertiente del método de enseñanza, Torres Salazar no argumenta, en realidad, gran cosa, más bien aboga por enseñar historia incluyendo investigaciones psicohistóricas. En este momento, de cualquier manera, esa vertiente no nos ataña.

En sintonía con esta búsqueda de una psicohistoria metodológicamente sólida, pero abierta a la complejidad de lo humano, resulta pertinente recuperar el trabajo de Listyaputri y colaboradores (2022), quienes propusieron una integración sistemática de la psicología en la historiografía contemporánea. A partir de una crítica al modelo rankeano de objetividad —centrado en fuentes oficiales y grandes figuras políticas—, y

en diálogo con el legado de Robinson, Bloch y Febvre, los autores subrayan que el desarrollo historiográfico ha transitado desde un relato unifactorial de eventos hacia una explicación multidimensional en la que los aspectos sociales, económicos, culturales y, ahora también, psicológicos se entrecruzan para dar cuenta de los procesos históricos.

El interés de estos autores no se limita a una mención retórica de lo psicológico: proponen su inclusión como elemento explicativo legítimo dentro de una historiografía ampliada, que se alimenta tanto de las estructuras visibles como de los climas emocionales, las fantasías colectivas y los esquemas inconscientes que configuran la acción humana. Siguiendo las huellas de Erikson, pero también retomando a Peter Burke y la historia de las mentalidades, plantean que el estudio de elementos como la infancia, las representaciones del poder, las actitudes hacia la muerte o las concepciones de lo sagrado permiten comprender no solo lo que ocurrió, sino cómo fue vivido y procesado por los sujetos históricos. En este sentido, la psicohistoria no reemplaza a la historia, sino que le otorga nuevas claves de inteligibilidad.

De manera particular, Listyaputri y sus colegas identifican tres contribuciones específicas de la psicología a la investigación histórica: primero, su capacidad para deconstruir los supuestos naturalizados sobre la naturaleza humana, al mismo tiempo que evitan etiquetas fáciles como *fanático*, *irracional* o *ilógico* sin explorar los determinantes afectivos y culturales de ciertas conductas. Segundo, su utilidad para el análisis crítico de las fuentes subjetivas —cartas, diarios, testimonios orales— que permite evaluar su contenido no solo desde la literalidad documental, sino desde las dinámicas psíquicas y los contextos de producción. Y tercero, su aporte en el estudio de la relación

individuo-sociedad, al desentrañar procesos como la necesidad de figuras paternas idealizadas, las identificaciones masivas o la formación de climas emocionales compartidos.

Un aporte no menor de su trabajo es que plantea estas posibilidades desde el sur global, específicamente, desde el contexto indonesio, y propone preguntas psicohistóricas sobre fenómenos como el mito del Ratu Adil o las profecías de Jayabaya, usualmente desestimados por las historias oficiales por su carácter oral o *irracional*. Este gesto metodológico no solo amplía el repertorio empírico de la psicohistoria, sino que abre el campo hacia una crítica poscolonial de las epistemologías dominantes. Tal como hiciera Kevin Lu al advertir el peligro del esencialismo en los modelos junguianos, aquí se sugiere que los relatos míticos y afectivos pueden y deben leerse como expresiones históricas y no como residuos premodernos.

La propuesta de Listyaputri y colaboradores no ofrece una teoría cerrada ni una técnica definitiva —como tampoco lo hace Marañón, Erikson o Peter Gay—, pero sí articula con claridad una actitud metodológica que favorece el análisis histórico desde la complejidad del psiquismo. Aporta, además, un recordatorio clave: la psicohistoria no está obligada a definirse por los excesos de sus pioneros, ni a encerrarse en los marcos clínicos heredados del psicoanálisis. Más bien, su pertinencia actual radica en su capacidad para dialogar con el presente, para pensar cómo lo histórico se vive, se sufre y se transmite, no solo a través de discursos y estructuras, sino a través de la experiencia emocional. Como han señalado por separado Elovitz (2018), Pomper (1973) y Devereux (2003) desde distintos ángulos, una historia verdaderamente humana no puede prescindir de la subjetividad: no hay acontecimiento sin cuerpo, sin infancia,

sin afecto. Y tal vez no haya historia sin psicohistoria, aunque aún estemos construyendo el modo más adecuado de ejercerla.

En este punto, resulta especialmente útil considerar cómo la psicohistoria comparte principios con otros enfoques cualitativos consolidados, como el análisis narrativo, la fenomenología o la historia cultural. Al igual que la fenomenología, se interesa por la manera en que las personas experimentan e interpretan su mundo en contextos específicos, y amplia esta perspectiva hacia los patrones colectivos de sentido que emergen en determinados momentos históricos. Como el análisis narrativo, trabaja con relatos biográficos e históricos no solo para examinar su estructura formal, sino para explorar las formas en que estos relatos organizan la experiencia y configuran horizontes de comprensión social. En consonancia con la historia cultural, la psicohistoria reconoce el papel de símbolos, rituales y creencias como elementos que median la construcción de significados y regulan la acción en marcos temporales amplios.

La validación metodológica de la psicohistoria puede apoyarse en su coherencia interpretativa, su capacidad para generar conocimiento situado y su diálogo con marcos teóricos interdisciplinarios. Ayuda a identificar patrones históricos de experiencia, atribución de sentido y organización de la conducta que permiten comprender procesos sociales complejos. Lejos de ser una ruptura metodológica, la psicohistoria puede verse como una ampliación reflexiva de las herramientas cualitativas, orientada a incluir en el análisis dimensiones que vinculan lo biográfico, lo social y lo histórico en configuraciones mutuamente constitutivas.

Defendiendo la herejía. La línea argumental

Muchos historiadores están dispuestos a rechazar la psicohistoria por considerarla demasiado especulativa, carente de rigor documental y demasiado centrada en individuos, lo cual va en contra del énfasis en estructuras, contextos y procesos colectivos. Desde la psicología, especialmente la psicología académica basada en el método experimental, se le puede pensar como no empírica y demasiado vinculada a enfoques clínicos o psicoanalíticos, con todo lo que puede pesar ese segundo término. Este doble rechazo ha colocado a la psicohistoria en una posición de marginalidad institucional, lo que ha generado dificultades para conseguir financiamiento, apoyo editorial, inclusión en planes de estudio y reconocimiento académico formal.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Walter Langer, con la colaboración de Henry Murray, Ernest Kris y Bertran Lewin, desarrolló un perfil psicológico de Adolf Hitler, con base en el modelo explicativo y estrategias técnicas del abordaje psicoanalista freudiano. La Oficina de Servicios Estratégicos (OSS por sus siglas en inglés), que después se convirtió en la controvertida Agencia Central de Inteligencia (CIA, más famosa esta última por sus siglas), le encargó realizar un estudio que pudiera predecir el comportamiento del líder enemigo por obvias razones (OSS, 1943). Valga remarcar que dicho trabajo (disponible completo en el *Internet Archive* de forma legal), en su capítulo “Hitler’s Probable Behavior in the Future”,⁵ adelantaba Hitler que no buscaría refugio en un país neutral en caso de verse derrotado, aunque llegara a quererlo. Veían como posibilidades que, en dicha situación de fracaso, se lanzara en un

⁵ “Las posibles conductas futuras de Hitler”. Traducción del autor.

ataque temerario para morir en combate y convertirse en figura mítica o que, incluso, desarrollara un brote psicótico a manera de colapso mental. Tampoco vislumbraron alguna traición directa seguida de asesinato, cual cézar romano, por su capacidad para motivar a sus tropas a seguirlo. Determinaron que la mayor probabilidad apuntaba a que se suicidaría. Esto después de determinar que presentaba un perfil histérico, por lo que recurriría a algún rito dramático en el que incluiría a quienes estuvieran a su lado, dada su necesidad de convertirse en un líder inmortal. Langer y sus colegas preveían que era lo menos deseable para los Estados Unidos, porque reafirmaría su leyenda en la percepción de generaciones posteriores en Alemania, pero que era lo más probable.

Puede discutirse la validez de realizar perfiles psicológicos sin entrevistar directamente a los implicados, pero no se puede negar que hubo precisión en la previsión con dos años de anticipación. Más adelante y gracias a previsiones confirmadas de este tipo, en el ámbito de las inteligencias y agencias de seguridad, vimos la consolidación de los perfiles psicológicos con base en información de fuentes secundarias (históricas) con resultados exitosos en la predicción —¿y explicación?— del comportamiento humano.

Poco tiempo después, en 1958, se publicó el libro *Young Man Luther: A Study in Psychoanalysis and History*,⁶ de Erik Erikson. El texto no pretende ser una biografía tradicional, sino una exploración de cómo los conflictos internos de Lutero, en particular sus crisis de identidad durante la juventud, moldearon su carácter y su pensamiento. Erikson sugiere que la conflictiva relación de Lutero con figuras de autoridad, como su padre y

⁶ *El joven Lutero: un estudio de psicoanálisis e historia*. Traducción del autor.

los representantes eclesiásticos, se trasladó al plano teológico, lo que generó una lucha simbólica contra una imagen paterna internalizada que se reflejó más tarde en su ruptura con la autoridad papal. Erikson examina cómo las experiencias tempranas de Lutero —su estricta educación, el temor al castigo divino, y su angustia espiritual— contribuyeron a una profunda crisis de identidad, típica de la etapa juvenil que el propio Erikson teorizó como “identidad vs. confusión de roles”. La conversión de Lutero, su angustia existencial y su búsqueda de certeza espiritual son vistas como respuestas a estas tensiones internas. La tesis de Erikson plantea que el desarrollo psicológico de Lutero no solo explica aspectos de su personalidad, sino que fue un factor clave que lo impulsó a liderar un movimiento de transformación histórica. De este modo, *Young Man Luther* ofrece un modelo para entender cómo los dramas íntimos del desarrollo humano pueden entrelazarse con grandes procesos culturales y sociales.

Es ilustrativo que Salomonsen (así se llamaba originalmente Erikson), fuera nombrado Homburger por su padrastro y que, finalmente, se autoafirmara como Erik Erikson (etimológicamente, hijo de Erik, o sea, hijo de sí mismo). No conoció a su padre biológico. Al parecer, fue un amante que tuvo su madre tras ser abandonada por su esposo justo después de la boda, toda una historia para otra ocasión. Su fisonomía era más cercana a su ascendencia nórdica que judía, lo que implicó cierta exclusión social durante su infancia (Friedman, 1999). No ahondaremos demasiado en este proceso de búsqueda de identidad de Erik para no perder al lector en un mar de historias, pero es relevante mencionarlo porque precisamente el análisis psicológico de su propia historia brindó elementos para la construcción de su trabajo psicohistórico. Más interesante pue-

de resultar que Erikson se negaba a identificarse como psico-historiador, posiblemente para no confundir su enfoque con el freudiano. Siguiendo este hilo, la metodología psicohistórica se dirigió menos al reduccionismo patologista de personajes históricos de relevancia y más hacia la búsqueda de la comprensión de procesos inconscientes, enmarcados en contextos históricos particulares e influenciados fuertemente por prácticas y costumbres sociales. Durante mucho tiempo, la infancia fue un área ignorada por la historiografía tradicional que centraba su atención en los adultos, las instituciones y los eventos macrosociales.

La psicohistoria introdujo un giro epistemológico al afirmar que las experiencias infantiles tienen efectos duraderos en la psique individual y en la psique colectiva, y que, por lo tanto, deben ser consideradas una variable histórica legítima, pero tomando en cuenta los eventos históricos como igualmente importantes. Por ejemplo, si un líder con historia de humillación o represión emocional canaliza su dolor en ideologías de dominación o exclusión, esa historia emocional no puede entenderse como una mera anécdota privada, sino como parte de una lógica emocional que alimenta procesos colectivos. Además del nivel individual, debemos reflexionar sobre cohortes generacionales que comparten experiencias de crianza similares y que, por tanto, desarrollan perfiles emocionales comunes. Pensemos en los niños criados durante conflictos bélicos, como los niños de la Segunda Guerra Mundial o los que están creciendo en la actualidad en México, socializados en contextos de miedo, pérdida, desarraigamiento o violencia estructural. Estos grupos pueden desarrollar modos similares de vinculación, mecanismos de defensa colectiva y patrones sociopolíticos que marcan épocas completas. De ahí la importancia de estudiar no solo bio-

grafías individuales, sino matrices culturales de crianza, ya que son el humus emocional desde el que florecen (o se marchitan) determinados valores colectivos: el autoritarismo, la resiliencia, la pasividad, la creatividad, el miedo al cambio, etcétera.

Otro personaje que tampoco se identificó como psicohistoriador, pero aportó a la investigación con la integración entre los elementos históricos y biográficos fue Peter Gay. Como bien señala Torres Salazar (2006), su trabajo demuestra que es posible hacer historia con psicología sin abandonar los estándares epistemológicos del análisis historiográfico y se convierte, así, en un referente metodológico insoslayable para quienes buscamos una psicohistoria madura, sensible al inconsciente pero comprometida con la veracidad y la complejidad histórica. Algo que nos deja, de suma relevancia y como continuación del trabajo de Erikson, es el analizar las propias fobias y filias sociológicas (recordemos que, como otros aquí mencionados, también tuvo ascendencia judía y sufrió de las consecuencias del nazismo). Su devenir productivo con notas de autoanálisis en su estudio de los franceses a los alemanes nos permite comprender cómo un investigador psicohistórico debe hacer, al menos, dos trabajos en cada estudio. Uno, preguntarse por las motivaciones e influencias externas del personaje o fenómeno que investiga, y otro, previo a ello, reflexionar sobre las propias motivaciones y análisis de influencias externas a las que uno como investigador está sometido. Analizó la obra de Freud desde esta metodología en su *Freud, los judíos y otros alemanes*, e interpretó cómo las tensiones internas del yo moderno pueden impactar en climas culturales. Ello ayudó a comprender mucho mejor cómo se conforma el zeitgeist, el espíritu del tiempo al que sociólogos e historiadores constantemente hacen referencia. En sentido inverso, Gay evitó las patologizaciones

y los tecnicismos psicoanalíticos innecesarios, lo que permitió comprender mejor cómo dichas tensiones se ven afectadas por el ambiente o contexto en el que se construyen las identidades de los sujetos históricos. No hace una psicología de la historia, sino una historia con psicología.

Contemporáneo a Gay, Peter Lowenberg se formó institucionalmente como un historiador y psicoanalista convencido de la relevancia de la vinculación de ambas disciplinas. Su aportación abarcó la academia en un sentido que favoreció que profesionales de ciencias sociales emplearan el psicoanálisis en sus investigaciones. Lowenberg publicó diversos artículos en los que empleó el término psicohistoria y defendió el argumento de que el psicoanálisis puede considerarse, entre otras cosas, una visión del siglo XXI que conjunta el secularismo de la Ilustración con el romanticismo de la individualidad humana, que permite percibir interacciones humanas, datos, eventos y comportamientos (Elovitz, 2018). Su postura tuvo la influencia de utilizar la contratransferencia psicoanalítica como herramienta válida y definida para el trabajo epistemológico de la fase de construcción del conocimiento científico —en este caso, del histórico y el historiográfico— con referentes de análisis que no sean deductivos, sino que partan de análisis discursivos de documentos concretos, como publicaciones, conferencias, comunicaciones o archivos personales (Listyaputri *et al.*, 2022; Kohut, 1986). Si una crítica epistémica común y válida es el poco valor científico de teorías no falsables —como el modelo edípico del desarrollo individual—, el trabajo de Lowenberg demuestra que es posible estudiar emociones colectivas, identificaciones inconscientes, mecanismos de defensa cultural y climas afectivos de época, explorando, por ejemplo, cómo ciertas experiencias compartidas (la crianza autoritaria o la represión emocional sistemática en

la Alemania nazi) configuran matrices afectivas colectivas que pueden predisponer a un cuerpo social a adherirse a ideologías autoritarias o prácticas de violencia.

Pero, quizá, el más famoso contemporáneo de ese grupo de psicohistoriadores ha sido Binion. El paso que dio fue más allá de los anteriores al proclamar que el psicoanálisis, en realidad, era la “infancia de la *psicohistoria*” (Lentz, 1994, p. 8).⁷ Incluso propuso que la psicohistoria se convirtiera en una disciplina independiente de la historia y el psicoanálisis. Enfatizó el concepto de *revivencia traumática*, es decir, la idea de que tanto individuos como sociedades pueden repetir, simbólica o literalmente, patrones de conducta y pensamiento que se originaron en experiencias psíquicas no elaboradas del pasado. Como ejemplo de esto, Binion (2010) propone que la adhesión masiva al nazismo no puede entenderse únicamente desde variables políticas, económicas o ideológicas, sino que debe leerse también como una manifestación colectiva de una estructura emocional regresiva, en la que la figura de Hitler opera como una transferencia masiva: un líder que activa, organiza y reencarna traumas infantiles no resueltos en una población marcada por la humillación nacional (veinte años antes habían perdido la Primer Guerra Mundial), la inestabilidad familiar y la pérdida. En este sentido, Binion no patologiza a Hitler en sí, sino que dirige su mirada hacia los vínculos afectivos del pueblo alemán con su figura y hacia las condiciones subjetivas que hicieron posible esa identificación. Se centra en los documentos, en la cronología, en la narrativa, pero siempre atento a los momentos en que lo emocional irrumpió como clave explicativa.

7 Cursivas del autor para destacar que se trata de un concepto de Binion, que comparte con Lentz.

Conclusiones en este momento histórico

Es probable que usted, estimado lector, al leer estas líneas, también haya tenido algún contacto con las novelas psicobiográficas de Irving Yalom. Pues bien, Binion fue quien le proporcionó el contenido histórico al novelista en lo que refiere al personaje de Hitler. Quizá, para este momento, también ya haya notado que el jefe del Tercer Reich aparece una y otra vez en los estudios de los psicohistoriadores mencionados. Por último, es muy probable que ya sea clara para usted la vinculación entre la ascendencia judía de estos personajes y las consecuencias del movimiento nacional socialista alemán de mediados del siglo XX. Si es así, permítame compartirle que usted está analizando con una mirada psicohistórica. No se preocupe si no lo ha llevado a cabo con una metodología específica. El punto es solo mostrarnos, a usted y a mí, que las vinculaciones entre sujeto y contexto son casi inevitables, pero que, precisamente, nos ha faltado construir de forma más detallada ese método y divulgarlo para su contexto de validación como conocimiento y estrategia científicos.

Quizá no lo hayamos reflexionado en esos términos, pero usted, estimado lector, y el resto de nosotros denotaremos que es complicado echar por la borda la siguiente frase que deriva de lo que Elovitz ya nos había adelantado en 2018: toda historia es, en parte, una psicohistoria. Piénselo. ¿Acaso es posible construir una explicación de eventos históricos (y por tanto humanos) sin aludir en algún momento a motivaciones psicológicas y culturales? ¿Valdría la pena?

Uno de los mayores aportes de la psicohistoria ha sido introducir el estudio riguroso de la infancia y el desarrollo temprano como categorías explicativas clave en los procesos históricos.

George Devereux analizó el rechazo a la subjetivación de los métodos científicos en su libro de 1965, *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*, cuya tesis principal es que la implicación emocional del investigador —su ansiedad, conflictos internos, contratransferencia— no es un obstáculo para la objetividad científica, sino una fuente de conocimiento, siempre y cuando sea reconocida y analizada críticamente. Propuso un enfoque complementario que articula el método científico con la subjetividad del investigador, y desafía el ideal positivista de neutralidad absoluta. Sostuvo que todo acto de observación es también un acto de interpretación, y que la ansiedad que surge en el trabajo de campo o en la clínica puede revelar elementos ocultos del fenómeno observado. Por ello, el método en las ciencias del comportamiento debe integrar herramientas del psicoanálisis, especialmente el análisis de la contratransferencia, para enriquecer la comprensión del objeto de estudio. En resumen, Devereux abre una vía para una ciencia más reflexiva, en la que el sujeto que conoce se convierte, también, en objeto de análisis.

Direcciones futuras —actuales— para ser refutadas en otro momento histórico

En el marco de esta defensa de la psicohistoria como método cualitativo legítimo —aun reconociendo sus herejías y sus contradicciones—, es posible vislumbrar algunas rutas de desarrollo que podrían fortalecer su pertinencia en el horizonte académico contemporáneo. No se trata de establecer líneas dogmáticas, sino de señalar posibles movimientos estratégicos que abran nuevos campos de validación, aplicación y crítica.

En primer lugar, es necesaria la separación explícita del psicoanálisis como única matriz teórica y del judaísmo como su imaginario cultural predominante. Esto no supone negar sus aportes históricos ni su relevancia fundacional, pero sí reconocer que la universalización de una narrativa eurocéntrica, patriarcal y clínicamente ortodoxa ha limitado el alcance de la psicohistoria. Como han mostrado tanto Kevin Lu como Dinar Rizky Listyaputri, Nasution, Sumarno y Wisnu, se vuelve urgente abrir el campo a otras epistemologías, otras experiencias históricas, otros modos de entender el inconsciente y lo colectivo, sin convertirlos en meras notas al pie del modelo freudiano.

En segundo lugar, se requiere una proliferación de estudios empíricos que dialoguen con la sociohistoria y las ciencias del comportamiento. Ya sea desde una perspectiva marcadamente cualitativa o mediante modelos mixtos que incluyan datos epidemiológicos (como proponía Pomper), la psicohistoria debe anclarse en fenómenos concretos que puedan ser discutidos en términos metodológicos, y no solo en claves interpretativas. La historia emocional, la memoria colectiva, las experiencias de infancia compartida, los duelos públicos o los climas afectivos generacionales ofrecen campos fértils para este desarrollo.

En tercer lugar, otra dirección implica trabajar en el diseño y la sistematización de métodos psicohistóricos más específicos. Como lo sugiere Torres Salazar con sus trece puntos analíticos, y como lo practicaron Gay o Binion con rigurosa documentación, se vuelve cada vez más urgente construir marcos analíticos replicables, protocolos de análisis y criterios de validez interpretativa. Podría hablarse, incluso, de rúbricas de calidad para investigaciones psicohistóricas que incluyan la triangulación de fuentes, investigadores y teorías, así como el análisis de

contratransferencia investigativa (como propone Devereux), y el contraste con teorías históricas y psicológicas sólidas.

En cuarto lugar, otra línea estratégica se vincula con la inclusión de la psicohistoria como parte de la formación epistemológica en ciencias sociales y de la salud, tal como ocurre con la antropología médica o la epidemiología crítica. En tanto forma de pensamiento situada, reflexiva y transdisciplinaria, la psicohistoria puede ofrecer herramientas útiles para la lectura de fenómenos complejos, especialmente en contextos marcados por crisis de sentido, trauma histórico, exclusión estructural o transformaciones culturales profundas.

Finalmente, se sugiere explorar una psicohistoria compatible con modelos contemporáneos del análisis funcional de la conducta, que permita articular contextos históricos con ambientes de crianza, normas de reforzamiento simbólico y filosofías dominantes en cada época. Esto no implica reducir lo histórico a lo conductual, sino complejizar lo conductual desde lo histórico. Tal como ya se ha hecho con enfoques narrativos o fenomenológicos en psicología, sería posible desarrollar un análisis funcional historicista, en el que los principios de regulación conductual se analicen a la luz de los sistemas de creencias, valores y estructuras de poder que han modelado la conducta socialmente validada o sancionada en diferentes momentos del tiempo.

Uno de los aportes más promisorios —y todavía escasamente explorados— para la renovación metodológica de la psicohistoria podría ser su articulación con los modelos contemporáneos del análisis funcional de la conducta, particularmente aquellos que, desde un enfoque *contextualista y sistémico*, reconocen la historia como un entramado de interacciones funcionales entre conducta, cultura y ambiente. Me refiero, en específico, a la posibilidad

de interpretar fenómenos históricos a través del prisma de las *metacontingencias* (Glenn, 2004), entendidas como relaciones funcionales entre patrones agregados de conducta (interacciones culturales), sus productos y las consecuencias selectivas que estos generan a nivel grupal.

Este enfoque, desarrollado en los márgenes, pero con creciente rigor conceptual, permite concebir los procesos históricos no solo como narrativas o síntesis estructurales, sino como *sistemas de selección cultural* en los que los productos de las prácticas colectivas (leyes, instituciones, creencias, ideologías) son reforzados, mantenidos o modificados en función de su eficacia contingente para la supervivencia simbólica y material del grupo. Así como el análisis operante estudia cómo un organismo individual modula su conducta a partir de sus consecuencias, el análisis de metacontingencias propone que los sistemas sociales también aprenden, se moldean y se transforman bajo presiones ambientales, políticas y simbólicas, y que ese aprendizaje deja una huella observable en los patrones históricos.

Esto conecta directamente con lo que Catania y colaboradores (1982) han planteado: que los productos culturales son seleccionados no por su veracidad, sino por sus efectos funcionales en la organización de la conducta colectiva. De este modo, una psicohistoria informada por el análisis funcional no se limitaría a examinar biografías individuales desde sus traumas o conflictos edípicos, sino que analizaría cómo ciertos repertorios afectivos, ideológicos y conductuales han sido coordinados intersubjetivamente y reforzados culturalmente para mantener el *statu quo*: producir cambios o reorganizar la identidad grupal ante crisis históricas.

Esta posible psicohistoria funcional no se reduciría a esquemas lineales de estímulo-respuesta, ni buscaría adaptar fenóme-

nos históricos a paradigmas experimentales. Más bien, partiría del supuesto, compartido por la psicología conductual contemporánea, de que la conducta humana se modela en contextos históricos, sociales y simbólicos, donde el reforzamiento no es solo material, sino también cultural, emocional y narrativo.

En este marco, los análisis psicohistóricos podrían examinar cómo ciertas prácticas sociales, creencias colectivas o patrones institucionales han actuado como sistemas de contingencias culturales, reforzando determinados repertorios de conducta en función de su valor simbólico en el contexto de una época. Por ejemplo, podría analizarse cómo el reforzamiento de la obediencia a la autoridad en contextos de inseguridad nacional, como la Alemania de entreguerras, generó condiciones propicias para la adherencia masiva a ideologías autoritarias. La figura de Hitler no sería explicada solo desde su narcisismo o transferencia materna —como en DeMause—, sino también como un estímulo discriminativo eficaz en un sistema de reglas culturales basado en el castigo, la humillación y la promesa de redención colectiva.

Asimismo, podría explorarse la historia de contingencias familiares e institucionales en sujetos excepcionales —como Gandhi o Lutero— no solo para inferir sus conflictos inconscientes (al modo de Erikson), sino para reconstruir las cadenas de reforzamiento y evitación que configuraron sus patrones de acción, en relación con los valores predominantes de su cultura. ¿Qué antecedentes reforzaban la ruptura? ¿Qué consecuencias se anticipaban simbólicamente? ¿Cómo se construyeron reglas que guiaban su conducta, y qué papel jugaron el castigo social o la validación ideológica en la consolidación de sus trayectorias?

De este modo, una psicohistoria funcional no se limitaría a describir el inconsciente como estructura clínica heredada,

sino que podría traducirlo a términos operacionales, clases de respuesta complejas gobernadas por historia verbal y contingencias contextuales. Esta estrategia permitiría no solo validar aspectos del análisis psicohistórico con mayor claridad, sino también generar estudios de caso históricos con valor predictivo y comparativo, especialmente útiles en investigación educativa, análisis político, psicología de masas o diseño de intervenciones socioculturales.

En síntesis, la articulación entre la psicohistoria y el análisis funcional no requiere renunciar a lo simbólico, lo narrativo o lo subjetivo. Al contrario, permite asumirlos como fenómenos conductuales complejos, cuyas funciones deben analizarse desde la historia y el contexto. Esto abre la puerta a una psicohistoria que no sea solamente *interpretativa* ni meramente *clínica*, sino que pueda contribuir de manera empírica, rigurosa y socialmente significativa a la comprensión de los procesos históricos que configuran la experiencia humana. Veremos después, si anticipé correctamente.

Referencias

- Almagro González, A. (2008). Marañón y la psicología social histórica: Algunas consideraciones epistemológicas y metodológicas. *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social*, 14, 21-39. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=53701402>
- Binion, R. (2010). *Traumatic reliving in history, literature, and film*. Karnac Books.
- Catania, A. C., Matthews, B. A. y Shimoff, E. (1982). Instructed versus shaped human verbal behavior: Interactions with nonverbal responding. *Journal of the Experimental*

- Analysis of Behavior*, 38(3), 233-248. <https://doi.org/10.1901/jeab.1982.38-233>
- Devereux, G. (2003). *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*. Siglo XXI Editores. (Obra original publicada en 1965).
- Elovitz, P. H. (2018). *The making of psychohistory: Origins, controversies, and pioneering contributors*. Routledge.
- Friedman, L. J. (1999). *Identity's architect: A biography of Erik H. Erikson*. Scribner.
- Glenn, S. S. (2004). Individual behavior, culture, and social change. *The Behavior Analyst*, 27(2), 133-151. <https://doi.org/10.1007/BF03393175>
- Guralnik, G. E. (2010). Los críticos de la psicohistoria psicoanalítica en su laberinto. En *Actas del II Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XVII Jornadas de Investigación, Sexto Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur* (pp. 355-359). Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. <https://www.aacademica.org/000-031/123.pdf>
- Kohut, T. A. (1986) Psychohistory as History. *The American Historical Review*, 91(2) 336-354
- Lentz, B. (1994). The courage of Rudolph Binion. *Clio's Psyche*.
- Listyaputri, D. R., Nasution, N., Sumarno, S. y Wisnu, W. (2022). Broadening history: The use of psychohistory in attempt to provide historical explanation. *SHS Web of Conferences*, 149, 03005. <https://doi.org/10.1051/shsconf/202214903005>
- Lu, K. (2010). Jung and History: Adumbrations of a post-Jungian approach to psychoanalytic history. En *Sexual Revolutions: Psychoanalysis, History and the Father* (pp. 11-34). Routledge.
- Nishitani, O. (2006). Anthropos and Humanitas: Two Western Concepts of "Human Being". En N. Sakai y J. Solomon

- (Eds.). *Traces: A Multilingual Series of Cultural Theory and Translation* (pp. 259-273). Hong Kong University Press.
- Office of Strategic Services (OSS). (1943). *A psychological analysis of Adolf Hitler: His life and legend*. Office of Strategic Services. <https://archive.org/details/APsychologicalAnalysiso-fAdolfHitler>/mode/2up
- Pomper, P. (1973). *Problems of a naturalistic psychohistory. History and Theory*, 12(4), 367-388. <https://www.jstor.org/stable/2504699>
- Stannard, D. E. (1980). *Shrinking history: On Freud and the failure of psychohistory*. Oxford University Press.
- Strozier, C. B. (1982). Review of the books *Foundations of Psychohistory*, de L. DeMause y R. Binion. *The History Teacher*, 16(1), 155-156. <https://www.jstor.org/stable/493536>
- The Association for Psychohistory. (s. f.). *The Journal of Psychohistory & Abstracts*. <https://psychohistory.com/the-journal-of-psychohistory/>
- Torres, H. (2006). La psicohistoria: método de enseñanza, método de investigación. *Revista de Investigación en Psicología*, 9(2), 133-140. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2292783>

LOS MÉTODOS DE ANÁLISIS FENOMENOLÓGICO EN LA INVESTIGACIÓN EN SALUD, UNA PROPUESTA PRÁCTICA

Cinthia Elizabeth González Soto
Raúl Fernando Guerrero Castañeda
Pedro Aguilar Machain

Introducción

La fenomenología surge como respuesta al naturalismo. Inicia como una filosofía dirigida al estudio de los fenómenos (Navarro-Fuentes, 2021) que se centra en la exploración de la conciencia del ser humano, a partir de la cual se busca comprender la esencia misma de las cosas, mediante las experiencias y los significados que las rodean desde la construcción del ser humano (González-Soto *et al.*, 2021; Holst, 2022).

Si bien la fenomenología surgió como una corriente filosófica, pronto se consolidó como un método de investigación que plantea una crítica radical al naturalismo científico, el cual busca identificar leyes que rigen la realidad, y descarta la subjetividad como fuente válida de conocimiento científico (González-Soto *et al.*, 2021). En contraste, el método fenomenológico se constituye como una herramienta rigurosa y pertinente para la investigación en el ámbito de la salud, al permitir el análisis de los significados y experiencias vividas derivadas de los procesos de salud-enfermedad, fomentando la participación

de individuos como sujetos activos en la construcción del conocimiento, en lugar de reducirlos a meros objetos de estudio (Castillo-López *et al.*, 2022).

Desde esta perspectiva, la fenomenología se orienta a la interpretación profunda de la experiencia humana con el propósito de desvelar y describir su significado en diversos contextos de la vida (Henriques *et al.*, 2021; Onwuegbusi, 2020). Para llevar a cabo una investigación fenomenológica, es fundamental comprender los principios filosóficos y metodológicos que rigen este enfoque, lo que permite seleccionar el referente más adecuado para abordar el fenómeno de interés, así como el método de análisis más congruente con los objetivos del estudio (González-Soto *et al.*, 2021).

La fenomenología tiene como principal exponente a Edmund Husserl, considerado el padre de dicha corriente, sin embargo, sus sucesores, como Heidegger, Hartmann, Merleau-Ponty, Gadamer, Ricoeur, Levinas y Sartre, han ampliado y diversificado el enfoque, y han ofrecido distintas perspectivas que enriquecen el estudio de los fenómenos relacionados con los procesos de salud y enfermedad (Onwuegbusi, 2020).

En la investigación fenomenológica, es sustancial seleccionar un método de análisis de datos adecuado; estos datos suelen obtenerse a través de entrevistas fenomenológicas y, en algunos casos, de expresiones artísticas (Tenny *et al.*, 2021). El análisis fenomenológico constituye el proceso mediante el cual se transforma el lenguaje en conocimiento significativo, lo que permite, así, la comprensión profunda de los fenómenos estudiados (Duque y Díaz-Granados, 2019). Este lenguaje es obtenido, principalmente, a través de entrevistas y refleja la experiencia vivida tal como fue experimentada por la persona.

La investigación fenomenológica resulta especialmente relevante en las ciencias de la salud, ya que permite explorar los fenómenos relacionados con la atención sanitaria desde la perspectiva de la persona (Patton, 2019). Su propósito fundamental es generar conocimiento que contribuya a la mejora de la atención y cuidado de la salud, siempre dirigido hacia un enfoque integral que responda a las necesidades y experiencias del individuo.

Si bien la fenomenología ofrece un valor interpretativo para la investigación en salud, también representa un desafío para los investigadores, ya que implica un proceso complejo y exigente. Su aplicación requiere un dominio profundo de sus fundamentos filosóficos, así como de procedimientos metodológicos para el análisis de los datos.

El análisis fenomenológico demanda una preparación rigurosa por parte del investigador, que le permite centrar su atención en los datos verbales y en las transcripciones obtenidas. Este proceso es indispensable para la comprensión e interpretación de las experiencias de vida de las personas, ya que orienta el tratamiento de los datos y facilita la revelación de la esencia de los fenómenos estudiados. Sin un análisis adecuado, no sería posible desvelar los significados subyacentes a la experiencia humana.

Por ello, resulta elemental seleccionar el referente metodológico más adecuado para la investigación, lo que requiere una revisión rigurosa y deliberada de las opciones disponibles por parte de los profesionales de la salud. En este sentido, el presente documento tiene como objetivo analizar los métodos de análisis utilizados en la investigación fenomenológica en el ámbito de la salud.

Métodos de análisis fenomenológico

Las experiencias de salud, enfermedad, muerte y cuidado deben comprenderse desde la perspectiva tanto de las personas como de los profesionales de la salud. En este sentido, la profundidad analítica que ofrece la fenomenología ha sido de gran utilidad en las ciencias de la salud (Onwuegbusi, 2020), por lo que se ha consolidado como un enfoque válido y pertinente para el estudio de los fenómenos de salud y enfermedad (Santiago *et al.*, 2020).

El análisis fenomenológico permite trabajar con datos extraídos de los discursos originales de las personas, en los cuales se reflejan sus experiencias ya significadas. A pesar de la diversidad de enfoques descritos por distintos autores, el análisis fenomenológico mantiene, como objetivo principal, la comprensión e interpretación de los significados (Duque y Díaz-Granados, 2019). No obstante, es común que los investigadores en ciencias de la salud se sientan abrumados ante la complejidad de los textos de los principales fenomenólogos, lo que resalta la importancia de la producción científica fenomenológica para fundamentar la comprensión de los fenómenos en este campo.

A lo largo de las décadas de evolución de la fenomenología como ciencia, diversos autores han descrito su propio método de análisis, han retomado las ideas originales del padre de la fenomenología, y realizado modificaciones de acuerdo con sus propias ideas e intereses de investigación. Es conveniente, para la investigación fenomenológica, destacar que las diversas propuestas de análisis fenomenológico no son una serie de pasos para lograr un fin a manera de una receta de cocina ni constituyen una estructura rígida, más bien, son etapas que permiten

desvelar los fenómenos mediante un proceso flexible que no sigue una estructura lineal, sino que permite regresar a los datos en múltiples ocasiones sin importar el momento del análisis que se esté desarrollando.

En las siguientes páginas, se presenta una breve revisión de algunos métodos que pueden ser de utilidad con el fin de orientar sobre la elección de alguno de ellos para el análisis fenomenológico, de manera que se favorezca la coherencia teórica-epistemológica del estudio.

Edmund Husserl fue el primer fenomenólogo que desarrolló un método de análisis fenomenológico y estableció, como recurso fundamental, la *epojé*. Este procedimiento exige al investigador suspender la actitud natural y las hipótesis especulativas sobre el fenómeno estudiado, y permite, así, la aplicación de la reducción fenomenológica y la reducción eidética. Según Husserl, la *epojé* no constituye un paso aislado o concluido, sino un proceso continuo que el investigador debe mantener a lo largo del análisis de los datos (Husserl, 2023).

Uno de los discípulos más sobresalientes de Husserl fue Martin Heidegger, quien desarrolló su fenomenología con base en la relación del ser con su mundo y llevó el método fenomenológico de lo descriptivo a lo interpretativo. Heidegger propuso el *círculo hermenéutico*; este consta de tres etapas que interactúan entre sí para dar significado a los fenómenos en un proceso inacabado que busca, constantemente, la comprensión e interpretación de los fenómenos a partir del lenguaje como medio de expresión de las experiencias del ser (Heidegger, 2022).

Probablemente, uno de los más populares es el método desarrollado por Amedeo Giorgi (2012). Durante su búsqueda del estudio del ser humano a través de un método no reduccionista, Giorgi realizó su propuesta basado en los trabajos de

Husserl y Merleau-Ponty. Dicho método tuvo modificaciones, a lo largo de los años, referentes al número de pasos y su descripción; pese a ello, permanece el objetivo primordial de develar los significados de las experiencias, como en sus inicios.

Años más tarde de la propuesta de Giorgi, Colaizzi (1978) desarrolló un método de análisis fenomenológico de siete pasos que permiten llegar a la esencia de los fenómenos; con pasos lógicos, claros y secuenciales, promete mayor fiabilidad de los resultados, pues integra al participante para la validación de los datos obtenidos. Dicha validación por parte del participante permite comparar los resultados descriptivos con las experiencias de él mismo, por ello, supone un procedimiento esencial para comprender el significado del fenómeno.

Por otro lado, Moustakas (1994) incluye en su libro un capítulo dedicado al método fenomenológico, en el que expone su propia estructura metodológica, la cual inicia con la formulación de la pregunta de investigación y la *epojé*, continúa con la recolecta y el análisis de datos, y finaliza con la entrega de resultados. La propuesta de Moustakas es crear descripciones ricas sobre las experiencias de los participantes, pues considera más importante las descripciones del fenómeno que la interpretación de los datos obtenidos con lo que busca reducir las descripciones de los participantes a la esencia del fenómeno (Badil *et al.*, 2023).

El fenomenólogo Van Manen (2023) se considera un popular exponente entre los investigadores de las ciencias de la salud. Sus métodos son, por un lado, de naturaleza empírica orientada a la experiencia vivida y, por otro, de naturaleza reflexiva debido al análisis de las estructuras esenciales de dicha experiencia que fue recogida. El método de Van Manen (2003) está mayormente dirigido a investigaciones en el campo educa-

tivo, sin embargo, se ha utilizado como referente en ciencias de la salud (particularmente en la enfermería); su objetivo principal es elaborar una descripción textual evocativa de las acciones, conductas, intenciones y experiencias humanas tal como son conocidas en el mundo, pues la comprensión real de la fenomenología solo puede lograrse mediante la práctica.

En el ámbito de la salud, específicamente en la enfermería, Merighi y Bonadio (1998) han descrito un método de análisis de datos fenomenológicos que tiene una fuerte influencia de los escritos de Merleau-Ponty. Dicho método se recomienda para fenómenos cercanos a la fenomenología existencialista y busca comprender los significados que se le atribuyen a estos con base en los tres momentos de la trayectoria fenomenológica: descripción, reducción y comprensión.

Por último, en este ejercicio se ha retomado el método de análisis interpretativo fenomenológico descrito por Langdridge (2007), el cual se centra en la búsqueda del significado de la experiencia vivida mediante las entrevistas de los participantes y un proceso de codificación del texto para identificar los temas centrales.

En este punto, la diversidad de referentes metodológicos expuestos podría resultar abrumadora. No obstante, su presentación, aunque sea de manera enunciativa, es fundamental, ya que permite visibilizar las distintas opciones disponibles para el estudio de la amplia gama de fenómenos que involucran las ciencias de la salud. Si bien la extensión de este documento limita la posibilidad de profundizar en cada uno de ellos, su desconocimiento podría llevar al investigador a elegir un enfoque metodológico inadecuado para su estudio.

Derivado de lo anterior, se ha realizado el siguiente cuadro con la intención de brindar a los investigadores más información sobre los métodos retomados en el presente capítulo (cuadro 1).

Cuadro I
Métodos de análisis fenomenológicos

Autor	Pasos o momentos del método
Husserl (2023)	1. <i>Epojé</i> 2. Reducción fenomenológica 3. Reducción/análisis eidético
Heidegger (2022)	Círculo hermenéutico: 1. Precomprensión 2. Comprensión misma 3. Interpretación
Giorgi (2012)	1. Leer la descripción completa 2. Distinguir las unidades de significado 3. Transformar las unidades de significado en temas centrales 4. Escribir una estructura esencial de la experiencia 5. Aclarar e interpretar datos
Colaizzi (1978)	1. Recopilar las descripciones de los participantes 2. Leer la descripción de los participantes 3. Extraer declaraciones significativas del fenómeno 4. Formular significados de las declaraciones significativas 5. Organizar los significados en grupos de temas 6. Formular una descripción exhaustiva del fenómeno 7. Regresar a cada participante para la validación de la descripción
Moustakas (1994)	1. <i>Epojé</i> 2. Revisar transcripciones y destacar declaraciones significativas (horizontalización) 3. Crear grupos de significado donde se reúnen las declaraciones y temas significativos 4. Escribir el significado textual (léxico del participante) 5. Escribir una descripción estructural 6. Integrar las descripciones textuales y estructurales para comprender la esencia del fenómeno 7. Generar categorías a partir de la esencia para explicar el fenómeno

Van Manen (2003)	<ol style="list-style-type: none"> 1. Recoger la experiencia vivida (entrevistas) 2. Reflexionar acerca de la experiencia vivida (análisis temático, reflexión macro y microtemática) 3. Escribir-reflexionar acerca de la experiencia vivida (elaborar un texto fenomenológico con el material experiencial significativo)
Merighi (1998)	<ol style="list-style-type: none"> 1. Enumerar los discursos y realizar lecturas de ellos 2. Extraer las unidades de significado de los discursos 3. Destacar las unidades de significado y enumerarlas 4. Reescribir las unidades de significado buscando un discurso claro 5. Buscar la convergencia de las unidades de significado y agruparlas para formar los núcleos de pensamiento 6. Generar los temas 7. Interpretar datos
Langdridge (2007)	<ol style="list-style-type: none"> 1. Leer múltiples veces la transcripción y anotar comentarios 2. Buscar, a nivel descriptivo, el significado de la transcripción 3. Realizar análisis a nivel interpretativo y teóricamente significativo 4. Identificar temas amplios y encontrar relaciones entre ellos 5. Reordenar y reestructurar los temas de manera teórica y analítica 6. Repetir los pasos hasta lograr el objetivo

Fuente: elaboración de los autores, 2025.

La revisión de estos métodos de análisis fenomenológicos que son utilizados en investigaciones en salud permite identificar una serie de similitudes inherentes a su propósito común: la comprensión de la experiencia vivida desde la perspectiva del participante. En este sentido, todos estos métodos comparten elementos esenciales, como la *epojé* y la identificación de unidades de significado. Sin embargo, presentan diferencias

significativas en términos de estructuración metodológica, el grado de interpretación que permiten y la relación establecida entre el investigador y el fenómeno estudiado, lo que influye en la manera en que se abordan y analizan los datos en cada investigación.

Las principales similitudes entre los métodos fenomenológicos de análisis incluyen la lectura de los discursos de los participantes que, en algunos casos, se realiza de manera iterativa. Este paso es común en la mayoría de los enfoques, con excepción de las propuestas de Husserl, Heidegger y Van Manen, quienes no lo explicitan en sus métodos. Posteriormente, se identifican y extraen las unidades de significado, y se establecen relaciones entre ellas para agruparlas en temas o núcleos de pensamiento. Este procedimiento constituye el eje de la mayoría de los métodos revisados, aunque varía en el número de etapas que comprende. Por ejemplo, algunos lo estructuran en dos pasos, como Moustakas (1994) y Giorgi (2012), otros, como Colaizzi (1978) y Langdridge (2007), lo desarrollan en tres. Merighi y Bonadio (1998), por su parte, proponen un proceso de cinco fases, mientras que, en las aproximaciones de Husserl (2023), Heidegger (2022) y Van Manen (2003), este procedimiento se sitúa en el segundo de tres momentos. Como etapa final, todos los métodos revisados convergen en la generación de temas o categorías que posibilitan la descripción o interpretación de los datos, lo que a su vez contribuye a una comprensión más profunda del fenómeno estudiado. Este proceso permite, al menos de manera parcial, ofrecer una explicación fundamentada del fenómeno, alineada con el enfoque metodológico adoptado en cada investigación.

Hasta este punto, es posible destacar que los métodos fenomenológicos de análisis presentan una estructura técnica simi-

lar, con variaciones en el número de etapas o pasos, pero con un propósito común: la búsqueda del significado de las experiencias vividas a través de un proceso metodológico análogo, aunque no idéntico. No obstante, esta comparación también evidencia las divergencias entre los distintos enfoques, las cuales resultan particularmente relevantes al momento de seleccionar el método más adecuado. Estas diferencias son de especial interés para investigadores noveles, ya que pueden influir en la coherencia entre el fenómeno estudiado, la perspectiva filosófica adoptada y el proceso analítico elegido.

Las descripciones metodológicas propuestas por Husserl, Heidegger y Van Manen presentan las mayores divergencias con respecto a la estructura general de los métodos fenomenológicos (cuadro 1), ya que establecen momentos analíticos que, a su vez, comprenden una serie de acciones específicas dentro de cada etapa. Esta particularidad puede representar un desafío adicional para los investigadores noveles, debido a la mayor complejidad que implica su aplicación.

En el caso de Van Manen (2003), tal flexibilidad metodológica responde a su premisa fundamental: “el método de la fenomenología es que no hay método”. Con esta afirmación, el autor enfatiza que su propuesta no se basa en un conjunto rígido de procedimientos técnicos, sino en un camino hacia la comprensión de los significados, en el cual el investigador debe recurrir a diversas estrategias analíticas que debe conocer y dominar para lograr una interpretación profunda del fenómeno estudiado.

En el resto de las propuestas metodológicas, es posible identificar pasos específicos que no se encuentran explícitamente en otros métodos, aunque en algunos casos pueden estar presentes de manera implícita. Esta diferencia suele ser

comprendible para investigadores con experiencia en fenomenología, pero puede representar un desafío para quienes inician su trayectoria en este enfoque de investigación.

Una de las características distintivas del método de Colaizzi (1978) es la validación individual de la descripción por parte de los propios participantes, a quienes el fenomenólogo considera coinvestigadores en el proceso. Según el autor, este procedimiento fortalece la rigurosidad de la investigación al asegurar que las descripciones reflejen fielmente la experiencia vivida, de manera que se consolide la credibilidad de los hallazgos.

Por otro lado, tanto Husserl como Moustakas establecen la *epojé* como el primer paso en el proceso de análisis fenomenológico. Este recurso metodológico permite al investigador identificar y descartar sesgos, nociones preconcebidas y estereotipos sobre el fenómeno y los participantes, con lo que se asegura una aproximación más objetiva a la experiencia estudiada. Debido a su importancia, la *epojé* es considerada un componente fundamental en toda investigación fenomenológica (Castillo, 2020).

Si bien en otros métodos fenomenológicos no se menciona explícitamente la aplicación de la *epojé*, se asume que los investigadores familiarizados con la fenomenología comprenden su relevancia y la integran de manera implícita como parte esencial del proceso metodológico. En este sentido, el conocimiento teórico y filosófico de la fenomenología precede a la aplicación del método, lo que permite al investigador incorporar todos los elementos necesarios para garantizar la rigurosidad en la interpretación de los datos y la presentación de los resultados (Sinfield *et al.*, 2025).

La selección del referente metodológico en la investigación fenomenológica representa uno de los principales desafíos para los investigadores que incursionan en este enfoque,

especialmente para aquellos con experiencia práctica limitada en el área. La elección del método de análisis fenomenológico debe realizarse en función del referente filosófico que guía la investigación, el cual, a su vez, debe estar determinado por la naturaleza del fenómeno de estudio.

Es fundamental que el método seleccionado sea coherente con la filosofía y los conceptos que sustentan la investigación. Por ejemplo, si se adopta la fenomenología hermenéutica de Heidegger, el uso del círculo hermenéutico como método de análisis de datos resulta la opción más adecuada, ya que contribuye a la congruencia epistemológica, filosófica y metodológica, y fortalece la rigurosidad del estudio.

Otro aspecto central que se debe considerar en la elección del método fenomenológico es el contexto o escenario de estudio. Un ejemplo de ello es el método de Van Manen que resulta especialmente adecuado para el análisis de fenómenos en el ámbito educativo en el que, además de la comprensión de las experiencias vividas, se busca interpretar las acciones, conductas e intenciones del coinvestigador. Por otro lado, el método desarrollado por Giorgi es una opción pertinente para el estudio de fenómenos en el campo de la psicología, ya que fue diseñado específicamente para fortalecer la investigación fenomenológica en esta disciplina (DeRobertis, 2021). No obstante, su aplicación no se limita a la psicología, sino que ha sido ampliamente adoptado en otras áreas de la salud, como la enfermería.

En cuanto al estudio del cuidado enfermero, el método descrito por Merighi fue concebido específicamente para la investigación fenomenológica en enfermería. Sin embargo, su uso no es exclusivo ni obligatorio dentro de la disciplina, ya que, como se ha mencionado anteriormente, la selección del método de análisis debe fundamentarse, en primera instancia,

en la coherencia con el referente filosófico adoptado y en la naturaleza del fenómeno de estudio.

En definitiva, la elección del método de análisis fenomenológico es una decisión que recae en los investigadores a cargo del estudio. No obstante, es fundamental que el análisis de los datos en una investigación con enfoque fenomenológico esté guiado por un método coherente con este paradigma, es decir, fenomenológico. Esta alineación metodológica no solo fortalece la coherencia interna del estudio, sino que también contribuye, de manera significativa, al rigor científico de la investigación.

Conclusión

El análisis de los distintos métodos fenomenológicos permite concluir que todos ellos surgen de la necesidad de desvelar los significados de los fenómenos. Aunque varían en el número de etapas y procedimientos, comparten un origen común, ya que, de una u otra manera, derivan de los escritos fundacionales de Husserl.

Si bien los métodos revisados presentan similitudes en sus acciones para alcanzar el objetivo de comprensión e interpretación de los fenómenos, cada uno posee particularidades que lo hacen más o menos adecuado según el tipo de fenómeno estudiado y la posición filosófica adoptada. Por ello, resulta fundamental llevar a cabo una revisión crítica de diversas opciones metodológicas al momento de seleccionar el método más pertinente para una investigación fenomenológica.

En este sentido, es esencial que los profesionales de la salud conozcan los distintos métodos de análisis fenomenológico, ya que esto les permitirá desarrollar la capacidad de elegir

aquel que sea más congruente con el fenómeno de estudio y con el referente filosófico adoptado en su investigación.

Referencias

- Badil, Dildar-Muhammad, D. D. M. Zeenaf, Z. A., Kashif-Khan, K. K., Anny, A. A. y Uzma, U. B. (2023). The Phenomenology Qualitative Research Inquiry: A Review. *Pakistan Journal of Health Sciences*, 4(03). <https://doi.org/10.54393/pjhs.v4i03.626>
- Castillo, N. (2020). Fenomenología como método de investigación cualitativa: preguntas desde la práctica investigativa. *Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social*, 20(10), 7-18. http://www.relmis.com.ar/ojs/index.php/relmis/article/view/fenomenologia_como_metodo
- Castillo-López, M., Romero, E. y Mínguez, R. (2022). El método fenomenológico en investigación educativa: una revisión sistemática. *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos*, 18(2), 241-267. <https://www.redalyc.org/journal/1341/134175706011/html/>
- Colaizzi, P. F. (1978). Psychological research as the phenomenologist views it. En R. S. Valle y M. King (Eds.). *Existential-phenomenological alternatives for psychology* (pp. 48-71). Oxford University Press. <https://philpapers.org/rec/COLPRA-5>
- DeRobertis, E. M. (2021). Reflections on Certain Qualitative and Phenomenological Psychological Methods, written by Amedeo Giorgi. *Journal of Phenomenological Psychology*, 52(2), 284-293. <https://doi.org/10.1163/15691624-12341393>
- Duque, H. y Díaz-Granados, E. T. (2019). Análisis fenomenológico interpretativo: Una guía de uso en la investigación

- cualitativa en psicología. *Pensando Psicología*, 15(25), 1-24. <https://doi.org/10.16925/2382-3984.2019.01.03>
- Giorgi, A. (2012). The descriptive phenomenological psychological method. *Journal of Phenomenological Psychology*, 3(12), 3-12. <https://doi.org/10.1163/156916212X632934>
- González-Soto, C. E., Molina-Avilez, D. L., Sabogal-Camargo, F. J. y Baca, D. J. (2021). Aportes de la fenomenología interpretativa a las investigaciones de enfermería y al cuidado enfermero asistencial. *ACC CIETNA: Revista De La Escuela de Enfermería*, 8(2), 133-139. <https://doi.org/10.35383/cietna.v8i2.664>
- Heidegger, M. (2022). *El ser y el tiempo* (J. Gaos, trad.; R. Horneffer, prólogo). Fondo de Cultura Económica.
- Henriques, C. M. da G., Botelho, M. A. R., y Catarino, H. da C. P. (2021). La fenomenología como método aplicado a la ciencia de enfermería: Estudio de investigación. *Ciencia & Saúde Coletiva*, 26(2), 511-517. <https://doi.org/10.1590/1413-81232021262.41042020>
- Holst, J. (2022). Finding Oneself Well Together with Others: A Phenomenological Study of the Ontology of Human Well-Being. *Philosophies*, 7(2), 41. <https://doi.org/10.3390/philosophies7020041>
- Husserl, E. (2023). *La idea de la fenomenología* (J. A. Escudero, trad.). Herder.
- Langdridge, D. (2007). *Phenomenological psychology*. Pearson Education Limited.
- Merighi, M. A. y Bonadio, I. C. (1998). A vivência de alunos de graduação em enfermagem na assistência à saúde da mulher em uma comunidade de baixa renda: uma abordagem fenomenológica. *Revista da Escola de Enfermagem*, 32(2), 109-116. <https://doi.org/10.1590/S0080-62341998000200003>

- Moustakas, C. E. (1994). *Phenomenological research methods*. Sage Publications Inc. <https://methods.sagepub.com/book/mono/phenomenological-research-methods/toc>
- Navarro-Fuentes, C. A. (2021). La fenomenología como filosofía crítica para el estudio de la realidad inmediata. *Humanidades*, 11(1), 61-74. <http://dx.doi.org/10.15517/h.viii.45064>
- Onwuegbusi, M. O. (2020). Husserl, Heidegger and phenomenological method. *EPH-International Journal of Humanities and Social Science*, 5(3). <https://doi.org/10.53555/eijhss.v5i3.94>
- Patton, C. M. (2019). Phenomenology for the holistic nurse researcher: Underpinnings of descriptive and interpretive traditions. *Journal of Holistic Nursing*, 1(9): 278-286. <http://dx.doi.org/10.1177/0898010119882155>
- Santiago, E. A., Brown, C., Mahmoud, R. y Carlisle, J. (2020). Hermeneutic phenomenological human science research method in clinical practice settings: An integrative literature review. *Nurse Education in Practice*, 47. <http://dx.doi.org/10.1016/j.nepr.2020.102837>
- Sinfield, G., Goldspink, S. y Wilson, C. (2023). Waiting in the Wings: The Enactment of a Descriptive Phenomenology Study. *International Journal of Qualitative Methods*, 22. <https://doi.org/10.1177/16094069231207012>
- Tenny, S., Brannan, G., Brannan, J. y Sharts-Hopko, N. (2021). *Qualitative study*. StatPearls Publishing. <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/books/NBK470395/>
- Van Manen, M. (2003). *Investigación educativa y experiencia vivida*. Idea Books.
- Van Manen, M. (2023). *Phenomenology of practice: Meaning-giving methods in phenomenological research and writing* (2da. ed.). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781003228073>

ANÁLISIS CUALITATIVO COLECTIVO Y FEMINISTA: ENSAYANDO METODOLOGÍAS HORIZONTALES

Deisy Margarita Tovar Hernández
Julieta Yadira Islas Limón
Olivia Tena Guerrero

Introducción

Desde la crítica feminista al quehacer científico se han develado los sesgos androcentristas en la construcción del conocimiento de diversas disciplinas (Bartra, 2010), con lo que se ha enfatizado la pertinencia de una epistemología que no recree la jerarquización de saberes, sino que permita establecer el tejido horizontal, sensible y pertinente hacia el cambio social.

Las formas en que el conocimiento científico tradicionalmente se construye también llevan consigo una dicotomía y jerarquización de lo racional sobre lo emocional, de lo objetivo sobre lo subjetivo, de lo cuantitativo sobre lo cualitativo, sesgo que es resultado de la generización de las metodologías empleadas para la construcción del conocimiento científico, la cual devalúa todo aquello que se aleja de los ejes estructurantes del método científico tradicional, del método positivista, cuantitativo. En este sentido, los sesgos androcéntricos de la ciencia han puesto, por mucho tiempo, al hombre como la medida de la humanidad y han dejado fuera a las mujeres como sujetas

que producen conocimiento científico, y también han excluido sus experiencias en los fenómenos de estudio (Harding, 1998).

Sandra Harding (1998) señala que, en el caso de las ciencias sociales, las investigaciones tradicionales han estado *a favor de los hombres*, por lo que se requiere estar *a favor de las mujeres* como nuevo propósito de las ciencias sociales para explicar los fenómenos que ellas necesitan. De este modo, la autora pone de relieve la pertinencia de que la base y fundamento de la investigación feminista empiece por la vida y experiencia de las mujeres.

Aunado a lo anterior, desde los movimientos feministas en América Latina se han articulado, de manera crítica, las distintas dimensiones que componen la condición de género de las mujeres, como son la clase, etnia y el colonialismo (Restrepo, 2010), las cuales pueden verse en clave metodológica y política. En este sentido, María Lugones destaca que las metodologías feministas decoloniales de género que incluyen a las *mujeres de color*, mujeres con historias coloniales históricamente borradas por el feminismo hegemónico blanco, aportan a la producción de conocimiento con estrategias como la coteorización de luchas específicas con énfasis en la subordinación de la mujer como elemento indisoluble, pero que consideran, también, la raza, condiciones inherentes en la organización social y, por ende, en la producción de conocimiento (Lugones, 2011).

A partir de lo anterior, reflexionamos sobre la pertinencia de una metodología cualitativa descolonizadora en la investigación, entendida no como un conjunto de técnicas para el levantamiento de datos en el campo, aunque las contempla, sino como una propuesta epistemológica, ética y política sobre el quehacer investigativo como un proceso colectivo y horizontal (Mondragón, 2021). Con base en lo anterior, nos planteamos

como objetivo proponer nuevos modos de abordar el análisis y la interpretación de los datos cualitativos producidos en el campo de la investigación feminista decolonial. Para ello, iniciamos con una aproximación a algunos debates epistemológicos y políticos en torno a las metodologías feministas en el proceso de producción de conocimiento, destacando las aportaciones del feminismo decolonial en el camino de construir una ciencia sin jerarquías de género, clase y racialidad, cuyas propuestas metodológicas exemplificamos con una experiencia de campo con mujeres de la Masehualsiuamej Mosenyolchicaunani.¹

Otras formas de análisis cualitativos: colectivizar la construcción del conocimiento científico

Dentro de las ciencias sociales, podemos observar que la metodología cualitativa permite la comprensión profunda de los problemas sociales, por lo que tiene la potencialidad de transformar y transformarse en el proceso de producción del conocimiento científico. De esta manera, permite, a quienes trabajamos desde este enfoque, realizar los estudios de manera creativa y sensible con base en la pertinencia social, el contexto histórico y cultural.

En las comunidades científicas, la dimensión ética de la investigación social cualitativa enfatiza el compromiso social como un propósito fundante de su quehacer, lo cual asume el reconocimiento de la no-neutralidad del sujeto cognoscente en cada una de las decisiones que se toman en el proceso de investigación. Estas decisiones éticas generalmente se conciben

1 Expresión en náhuatl que en castellano se traduciría como ‘mujeres que trabajan unidas’, organización que se ubica en la Sierra Norte de Puebla.

como individuales, sin embargo, desde una perspectiva decolonial, como hemos señalado, se procesan de manera colectiva, muy de cerca con los grupos y personas que participan en la investigación, definiendo así, en conjunto, aquello que se investiga y cómo se investiga, teniendo siempre presente el para quién y para qué de la investigación.

Dentro de este dispositivo ético, se contemplan las decisiones en torno al diseño y la aplicación de las técnicas de recolección de la información y el análisis de los resultados que, desde esta modalidad de generación del conocimiento, requiere un cuestionamiento y reflexiones profundas sobre las dimensiones del paradigma del cual se parte (Montero, 2001).

El proceso de análisis cualitativo de resultados se ha caracterizado por realizarse individualmente, es decir, es la persona que llevó a cabo el estudio quien organiza y analiza, conforme a los objetivos de investigación, para poder redactar los hallazgos y presentarlos; se ha considerado, de manera predominante, que es el investigador “la persona que sabe cómo extraer lo más importante de cada instrumento porque es la única persona que conoce su investigación y sabe cuál es el objetivo final” (Urbano, 2016, p. 115).

En ocasiones, se acude a diversas personas investigadoras para aplicar las técnicas de recolección o análisis de datos, como en el método de “triangulación de investigadores” (Corral, 2017; Feria *et al.*, 2019). Este método llega a emplearse como parte de los procesos de validez y confiabilidad de la recolección de datos en las investigaciones, siendo un ejemplo aquellas que se ciñen a la validación por parte del juicio de expertos (Villarroel, 2024).

Sin embargo, aunque en esta clase de abordajes participan varias personas investigadoras, se omite el juicio de quienes

*co-laboran*² en la investigación —a pesar de que, generalmente, se les denomine *participantes*—, pues se dejan al margen del proceso de análisis de resultados, a excepción de las ocasiones en que se realiza un retorno a modo de *rechequeo* de los resultados, momento en el que la persona investigadora presenta sus hallazgos ante quienes participaron con la finalidad de que se confirme, agregue o ajuste la información presentada (Corral, 2017). Ante esto, vale la pena preguntarnos sobre las implicaciones éticas y políticas que conlleva tomar, de manera individual, estas decisiones, relativas a la forma de producir e interpretar los datos de la investigación y, sobre todo, si hay otras más horizontales y participativas para realizar el análisis cualitativo.

Algunas críticas al paradigma hegémónico en las ciencias sociales han cuestionado las jerarquías de poder en la investigación, a partir de las cuales se reconoce como sujeto de saber únicamente a quien investiga, es decir, a quien tiene la facultad de observar, analizar y relatar lo concerniente al *objeto* de conocimiento, mientras que las personas que *co-laboran* en la investigación son situadas en calidad de objeto. Desde este paradigma, que parte de una “epistemología del sujeto cognosciente”, como la denomina Irene Vasilachis (2006, 2009), las personas que *co-laboran* en la investigación son de quienes se habla, pero nunca las que hablan.

Esta autora propone como alternativa y, a la vez, como complemento una “epistemología del sujeto conocido” para, así, abonar a la construcción cooperativa del conocimiento en

2 Retomamos las reflexiones teóricas y metodológicas de Köhler (2011) y Lugones (2011) y proponemos el término *co-laborar* desde una postura teórica, metodológica, ética y política que busca desdibujar las jerarquías de los roles dentro del proceso de investigación, entre investigadoras y participantes, reconociendo el proceso dialógico de la construcción del conocimiento.

la investigación social cualitativa, con un claro impacto en las decisiones metodológicas. Desde esta perspectiva, el *sujeto conocido* es abordado bajo su contexto con la misma capacidad de conocer que el *sujeto cognoscente*, cuya fundamentación teórico-epistemológica y metodológica se encuentra espacial y temporalmente situada, lo que da lugar a una interacción cognitiva y a una construcción cooperativa de conocimiento, en la que se conoce *con el otro* y no *sobre el otro* (Vasilachis, 2009).

De una epistemología del sujeto conocido como complemento de la del sujeto cognoscente, se pueden derivar estrategias metodológicas que destacan la importancia de la posición ética y el compromiso político personal de las investigadoras. Tal es el caso de las metodologías dialógicas, participativas y socialmente comprometidas que, de acuerdo con Mercedes Olivera (2011), parten de una concepción de los sujetos de investigación como potenciales agentes de cambio, con lo que da cuenta, al igual que Vasilachis, de un posicionamiento ontológico con compromiso ético.

La autora asume posturas metodológicas críticas al unir la investigación con la acción feminista y hacer partícipes a las agentes de la investigación en el análisis de los datos que se producen en el campo, todo ello con el afán por transformar la visión de lo que implica el trabajo académico y movilizar la rigidez de la hegemonía positivista mediante la construcción colectiva de conocimientos. Desde esta postura ética y política, la autora cuestiona el extractivismo académico, es decir, aquellas prácticas que solo extraen los saberes para fines individuales o institucionales (Olivera y Rodríguez, 2019).

El extractivismo académico, quizás mejor nombrado extractivismo epistémico, surge del concepto de extractivismo cognitivo planteado en 2013 por Leanne Betasamosake Simp-

son. Este es entendido como el saqueo de los saberes de las personas, y la negación de su papel imprescindible en la construcción de conocimiento como sujetos que construyen su propia realidad, con prácticas que despolitizan y se apropián de los conocimientos para ponerlos al servicio del mercadeo occidental de la producción académica (Sebastiani y Álvarez, 2024).

En el trabajo de campo que intercalamos en este escrito, ha sido claro, desde el principio, que las mujeres de la Masehualsiuamej Mosenyolchicahuani sabían y comprendían el concepto de extractivismo académico y epistémico sin darle nombre, pero sí descrito con base en su experiencia de haber sido parte de estudios en los que, después de solicitarles entrevistas, las académicas se iban para no volver. Lo que sigue, relata la experiencia de campo de la primera autora de este trabajo:

Un día de los que estuve yendo de casa en casa de las compañeras de la organización Masehualsiuamej Mosenyolchicahuani, le platicué a una de las compañeras sobre el propósito de la investigación con la finalidad de que pudiera tener su consentimiento para la entrevista; apenas estaba en la presentación cuando me interrumpió preguntándome si yo era de las que solo iban a hacer la entrevista y luego me iba a ir y no volver. Su pregunta me dejó un poco desconcertada, le pregunté si eso era algo que pasaba con frecuencia y me dijo que sí, que llegaban de otros países, de otros estados y que ellas les dedicaban horas de su día, que se atrasaban en sus quehaceres y en sus telares, que al final los investigadores se iban y no hacían nada, ningún proyecto con las mujeres de la organización. En ese momento no insistí y le comenté que no era necesario llevar a cabo la entrevista, pero como tenía

que esperar para ir a la siguiente casa, le pregunté si me permitía quedarme a esperar y platicar; me dijo que sí y me ofreció una taza de café. Al terminar el café llevé la taza al fregadero y ella estaba haciendo quehacer en la cocina; nos pusimos a platicar mientras lavaba los trastes. Al final terminó contándome su historia dentro de la organización. Años más tarde, cuando se llevaba a cabo la inauguración del segundo Tejiendo Nuestras Vidas,³ proyecto autogestivo de la organización, se acercó a abrazarme y me dijo “qué bueno que sí regresaste”.

El relato anterior es una de múltiples historias de personas, en este caso específico mujeres indígenas, que comparten sus saberes para investigaciones que no las involucra como sujetas que construyen su propia realidad y que han resistido a los efectos del colonialismo, pero también es ejemplo de la *co-construcción*⁴ de proyectos que atienden a lo que las mujeres quieren y necesitan. Por lo pronto, solo queda resaltar la importancia de discutir, reflexionar y dejarse interesar por quienes están construyendo su vida, sus saberes y sus metodologías en el día a día; de proyectar una especie de *metodología interdisciplinaria* que contempla saberes indígenas y decoloniales (Fernández, 2021).

3 Tejiendo Nuestras Vidas es el nombre de un proyecto de turismo comunitario iniciado en 2015 como parte del trabajo de campo del proyecto de Investigación Acción Participativa Feminista (IAPF) resultado de la estancia posdoctoral de la primera autora en la UNAM, bajo la tutoría de Olivia Tena Guerrero.

4 Las categorías de co-teorización y co-construcción son propuestas teóricas y prácticas descoloniales mediante las que se buscan reconocer los saberes de las personas que colaboran en las investigaciones sin que se jerarquice si son académicos o no académicos, esta postura es una apuesta ética y política de construcción del conocimiento en colectivo (Köhler, 2011).

La horizontalidad como alternativa

En un estudio sobre el trabajo, la migración y el género en la frontera norte de México conducido por Elisabeth Tuider (2013), se presenta la investigación biográfica orientada a las experiencias y significaciones del sujeto, así como el análisis del discurso en tanto reflejo de las relaciones de poder como métodos de investigación horizontal con potencial para elaborar nuevas formas de subjetivación y esclarecer las posiciones de los sujetos con los discursos articulados a su alrededor. Tuider retoma la crítica feminista de la filósofa afroamericana bell hooks sobre la relación de dominación entre la ciencia y los sujetos subalternos.

La propuesta de diálogos en metodologías horizontales es retomada por Sarah Corona, quien propone la categoría de *igualdad discursiva* en la que *participan dos o más sujetos a partir de su propia palabra y su propia razón*. El proceso dialógico que se entabla entre los investigadores, oyente y hablante, implica otras dos categorías: la *autonomía de la propia mirada*, que permite construir saberes sobre el otro y sobre sí mismo a partir de la traducción que el par de investigadores van tejiendo, y el *conflicto generador* que, bajo la vinculación horizontal, permite crear formas de investigar propias del contexto (Corona, 2017).

El análisis cualitativo de contenido colectivo y feminista fue una propuesta que surgió de la relación dialógica con las colaboradoras. Al inicio del proceso, las investigadoras externas realizamos un análisis cualitativo previo del contenido de las categorías, posteriormente, se realizaron grupos de discusión en cada una de las comunidades de la organización. Durante las sesiones, las colaboradoras agruparon las categorías; en la interacción, algunas conversaban y discutían sobre las dimen-

siones en las que las colocaban; en un tercer momento, cuando todas las categorías estaban distribuidas en dimensiones, se revisó de manera grupal cada categoría que había sido ubicada en cada dimensión. Se dialogó sobre por qué consideraban que debía estar situada en esa dimensión o se analizaban y debatían los cambios, y se llegó a un consenso sobre su reorganización, en caso de que así lo decidieran de manera colectiva.⁵ El análisis cualitativo, colectivo y feminista es una propuesta que posibilita una construcción horizontal de conocimiento en un diálogo de saberes mediante la coteorización; ha demostrado, además, ser un catalizador de transformación subjetiva y social (Tovar-Hernández y Tena, 2017).

El modelo metodológico propuesto por Tovar-Hernández y Tena (2017) fue utilizado como estrategia de análisis de información horizontal en un estudio reciente con mujeres en condición de desplazamiento forzado en Tijuana, Baja California. Destacó su utilidad para la agrupación, categorización y discusión colectiva de los resultados que, bajo la mirada feminista del enfoque, detonaron procesos reflexivos sobre las desigualdades de género, lo que favoreció la identificación de oportunidades de transformación social (Zing, 2024).

Desde los planteamientos del feminismo interseccional y la decolonialidad, se analizan los ejes de poder que históricamente han agudizado la desigualdad hacia las mujeres, con énfasis en las mujeres racializadas, mujeres indígenas, desde diferentes posiciones de vida por clase y raza.

De acuerdo con Lagarde (2015), las diferentes situaciones de vida de las mujeres en este sistema patriarcal (como, por

⁵ La propuesta detallada se encuentra publicada en Tovar-Hernández y Tena (2017).

ejemplo, ser mujeres indígenas) históricamente han agudizado las desigualdades sociales.

En este proceso de violencia epistémica en la que las mujeres indígenas han sido excluidas de la construcción del conocimiento científico —por la precarización de los entornos socioeconómicos y la centralización de las instituciones educativas en zonas urbanas como efectos del proyecto nación—, se les ha dejado de lado como sujetas que han resistido los efectos de la colonialidad y que son personas capaces de investigar y desarrollar estrategias que den respuesta a sus problemas sociales.

Vaivenes reflexivos

Los aportes y miradas críticas a la ciencia desde la teoría feminista y la decolonialidad posibilitan formas alternativas desde las metodologías cualitativas para la construcción del conocimiento sin jerarquizar los saberes (Lugones, 2011), es decir, desde la horizontalidad (Corona, 2017).

Los saberes de las personas de los pueblos originarios de Abya Yala y de otros pueblos que construyen su resistencia desde la colectividad han sido considerados como creencias, mitos o carentes de validez. No obstante, es desde estos saberes ancestrales que los conocimientos sobre el cuidado del medio ambiente, la medicina, la herbolaria, la arquitectura, la astrología, entre otras ramas científicas, han tomado sus referentes.

El reconocimiento de la producción horizontal del conocimiento es una reivindicación histórica de los pueblos originarios de Abya Yala, debido a que la resistencia de sus saberes, de sus formas de resolver los problemas, del sostén de la vida y la colectividad son aspectos clave que conforman las lógicas de la construcción del conocimiento.

La búsqueda de la construcción colectiva y horizontal del conocimiento entre las mujeres es una propuesta que busca una congruencia ontológica y epistemológica con los preceptos feministas y decoloniales. Al respecto, Olivera (2011) reconoce, en el trabajo de las feministas contrahegemónicas, el potencial de impulsar procesos de subjetivación de otras mujeres para que tomen el primer plano en su experiencia de vida y reconozcan el trabajo personal que realizan ante sus propias transformaciones.

Hacia dónde está el horizonte (direcciones para el futuro)

En el horizonte, se vislumbra necesario asumir una postura política y ética feminista que posibilite las prácticas metodológicas que dejen de *dar voz* o hacer propuestas de metodologías solo desde los saberes académicos y que, más bien, co-teoricen y *co-construyan* metodologías cualitativas horizontales que, históricamente, han llevado a cabo quienes han resistido a la colonialidad y al sistema patriarcal.

Es decir, la horizontalidad no debería ser vista como *nuevas formas* o *formas alternativas* de producir conocimiento científico, sino como una reivindicación de las formas en que las mujeres indígenas organizadas han trabajado, desde el pasado, para tener una vida más digna. La forma como han tomado las decisiones, de manera colaborativa en asambleas, mediante procesos participativos, eligiendo representantes de manera rotativa, designando y asignándose tareas para continuar con el trabajo colaborativo o proyectos autogestivos, es referente de los métodos que han empleado para aprender y reaprender estrategias de fortalecimiento comunitario y de diálogo que les

han permitido trabajar unidas, como es el caso de la Masehual Siuamej Mosenyolchicauani.

Referencias

- Bartra, E. (2010). Acerca de la investigación y la metodología feminista. En N. Blazquez, F. Flores y M. Ríos (Coords.). *Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 67-77). Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades; Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias; Facultad de Psicología.
- Corona, S. (2017). Flujos metodológicos desde el Sur latinoamericano. La zona de la comunicación y las Metodologías Horizontales. *Comunicación y Sociedad*, 30, 69-106. <https://comunicacionysociedad.cucsh.udg.mx/index.php/comsoc/article/view/6819>
- Corral, Y. (2017). Validez y fiabilidad en investigaciones cualitativas. *Revista Arjé*, II(21), 196-209.
- Feria, A., Matilla, M. y Mantecón, S. (2019). La triangulación metodológica como método de la investigación científica. Apuntes para una conceptualización. *Didasc@lia: Didáctica y Educación*, 10(4), 137-146. <https://dialnet.unirioja.es/metricas/documentos/ARTREV/7248603>
- Fernández, S. (2021). Vencer la violencia patriarcal desde la cosmovisión mapuche. En J. Alonso, C. Alonso, S. Fernández, X. Leyva, M. Quemenado, E. Martínez, M. Millán, P. Vera-Bravo y R. Zibechi. *Las luchas del pueblo mapuche. Repensar el sur* (pp. 129-154). Balarde,
- Harding, S. (1998). ¿Existe un método feminista? *Debates en torno a una metodología feminista*, 2, 9-34.

- Köhler, A. (2011). Acerca de nuestras experiencias de co-teorización. En *Conocimientos y prácticas políticas: reflexiones desde nuestras prácticas de conocimiento situado* (pp.370-407). (Tomo II). CIESAS, UNICACH, PDTG-UNMSM.
- Lagarde, M. (2015). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Siglo XXI.
- Lugones, M. (2011). Hacia metodologías de la decolonialidad. En *Conocimientos y prácticas políticas: reflexiones desde nuestras prácticas de conocimiento situado* (pp. 790-815). (Tomo II). CIESAS, UNICACH, PDTG-UNMSM.
- Mondragón, D. (2021). Entrevistas grupales. Una herramienta para la construcción de conocimiento a partir del diálogo. En B. Márquez Escamilla y E. Rodríguez Domínguez (Coords.). *Etnografías desde el reflejo: práctica-aprendizaje* (pp. 145-170). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Montero, M. (2001). Ética y política en psicología. Las dimensiones no reconocidas. *Athenea Digital. Revista de pensamiento e investigación social*, 1-10.
- Olivera, M. (2011). Investigar colectivamente para conocer y transformar. En *Conocimientos y prácticas políticas: Reflexiones desde nuestras prácticas de conocimiento situado* (pp. 743-771). (Tomo II). CIESAS, UNICACH, PDTG-UNMSM.
- Olivera M. y Rodríguez, B. (2019). *Feminismo popular y revolución entre la militancia y la antropología*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. <https://www.clacso.org/wp-content/uploads/2022/08/Mercedes-Olivera-Antología-Esencial.pdf>
- Restrepo, A. (2010). Claves metodológicas para el estudio del movimiento feminista de América Latina y el Caribe. En N. Blazquez, F. Flores y M. Ríos (Coords.). *Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 293-313). Universidad Nacional Autónoma de México,

- Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades; Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias; Facultad de Psicología.
- Tovar-Hernández, M. y Tena, O. (2017). Mujeres nahuas: desapropiando la condición masculina. *Culturales*, 1(2), 39-65. https://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1870-11912017000300039&script=sci_arttext
- Tuider, E. (2013) Contando historias/narraciones en un contexto poscolonial. Análisis del discurso y análisis biográfico como métodos horizontales. En S. Corona, y O. Kaltmeier (Eds.). *En diálogo. Metodologías horizontales en Ciencias Sociales y Culturales*. Gedisa.
- Sebastiani, L. y Álvarez, A. (2024). Investigar con cuidado. Cambios de actitud frente al extractivismo epistémico y ontológico como formas para sostener las vidas. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 42(2), 319-336. <https://dx.doi.org/10.5209/crla.95086>
- Urbano, P. (2016). Análisis de datos cualitativos. *Revista Fedumar Pedagogía y Educación*, 3(1), 113-126. <https://revistas.umaria-na.edu.co/index.php/fedumar/article/view/1122/1064>
- Vasilachis, I. (2006). *Estrategias de investigación cualitativa*. Gedisa.
- Vasilachis, I. (2009). Los fundamentos ontológicos y epistemológicos de la investigación cualitativa. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 10(2). <https://doi.org/10.17169/fqs-10.2.1299>
- Villarroel, J. (2024). La validación de investigaciones cualitativas: una visión referencial. *Copérnico*, 21(40), 43-49. https://www.researchgate.net/publication/377659659_LA_VALIDACION_DE_INVESTIGACIONES_CUALITATIVAS_UNA_VISION_REFERENCIAL#full-text

Zing, A. (2024). *Emociones y estrategias de resistencia ante las violencias de género hacia mujeres en condición de desplazamiento forzado en Tijuana, Baja California*. [Tesis de maestría]. Universidad Autónoma de Baja California. Repositorio institucional UABC.

EL ENFOQUE CUALITATIVO EN EL DESARROLLO Y LA PRÁCTICA DE LA NEUROPSICOLOGÍA

Elizabeth Aveleyra Ojeda
Gabriela Orozco Calderón

Introducción

La neuropsicología es una ciencia que forma parte del gran conglomerado de disciplinas científicas llamadas neurociencias, las cuales tienen diferentes objetos de estudio y niveles de explicación, desde las moléculas hasta el comportamiento, mediante el estudio de la estructura y el funcionamiento del Sistema Nervioso (SN).

Ramon y Cajal desarrolló, a finales del siglo XIX, la teoría neuronal en la que describió la neurona como unidad de análisis, estructural y funcional, en los estudios de neurociencia. A mediados de los años sesenta, surgió el término *neurociencia* para agrupar las diferentes disciplinas científicas dedicadas al estudio del SN. De ahí surge el interés por identificar, describir y explicar los mecanismos físicos, químicos y biológicos responsables de la actividad neuronal; por ejemplo, la forma en que las neuronas se organizan en sistemas, mismos que dan origen a la actividad psicológica (cognición, emoción y comportamiento). Como resultado de estos intereses, surgió la neuropsicología y la neurociencia cognitiva (Restrepo, 2019).

En los últimos años, la neuropsicología ha cobrado mayor importancia en el abordaje multidisciplinario del estudio del comportamiento humano. Su objetivo es el análisis de la relación existente entre el funcionamiento cerebral, los procesos cognitivos y la conducta humana. Además, por lo general, sus investigaciones se realizan en entornos de laboratorio o clínicos. En la actualidad, nutre a otras disciplinas como la neurología, psiquiatría y la propia psicología (Tirapu, 2011).

La actual neuropsicología se fundamenta en múltiples preceptos epistemológicos que van desde los principios del localizacionismo —en el que las funciones mentales están distribuidas en áreas cerebrales específicas—, el modularismo —que concibe que la mente humana está constituida por una serie de módulos especializados que procesan información de manera rápida y eficiente en áreas específicas—, hasta enfoques sistémicos, en los que el cerebro es considerado un sistema dinámico y en red, en el que las funciones emergen de la interacción entre diversas regiones y no de módulos aislados. Finalmente, incluye, también, los actuales modelos computacionales y los enfoques que subrayan la importancia del organismo en su entorno, para los que la cognición está situada y supeditada a la interacción del individuo con su medio, lo cual matiza su experiencia y vivencia (Ramminger *et al.*, 2023).

En este contexto, el presente trabajo busca reflexionar en torno al papel de la metodología cualitativa en el desarrollo y la práctica de la disciplina neuropsicológica, con el objeto de ampliar el conocimiento y mejorar el abordaje en sus principales ejes de actuación: la evaluación y la intervención, para generar conocimiento que coadyuve a la atención de afecciones, la comprensión y sensibilización sobre la diversidad en el com-

portamiento, así como a la prevención y promoción de factores que favorecen el bienestar y la calidad de vida.

Objeto y desarrollo de la neuropsicología

Los avances científicos y tecnológicos han llevado a la neuropsicología del ámbito experimental a una vocación clínica reforzada, al probar la eficacia de sus procedimientos de evaluación e intervención. Con ello, ofrecen una opción terapéutica a los enfermos con daño cerebral que escasamente contaban con alternativas de intervención para sus procesos cognitivos, y funcionan como eje para mejorar su funcionalidad, autonomía y bienestar (Del Bene *et al.*, 2023).

La evaluación neuropsicológica clínica tiene como objetivo fundamental: buscar posibles anomalías cognitivas y comportamentales asociadas al funcionamiento cerebral, que pueden derivar de una patología genética, neurológica, una lesión cerebral adquirida, condición farmacológica o toxicológica, afección psiquiátrica o condición experimental (Ardila y Ostrosky, 2012).

La neuropsicología, en su interactuar multidisciplinar en el área de la salud, aporta tanto a la labor investigativa como a la actividad clínica aplicada, mediante la evaluación del funcionamiento cognitivo, la identificación de sus fortalezas y debilidades, así como al diseño de estrategias para su rehabilitación.

De acuerdo con Jurado-Noboa:

La evaluación neuropsicológica es de suma utilidad para el médico de atención primaria al proporcionarle información importante acerca del funcionamiento cognitivo actual del paciente, identificando sus capacidades altera-

das y aquellas preservadas, información que en muchas ocasiones asiste al diagnóstico y la planificación del tratamiento. En los casos en los que el diagnóstico ya ha sido establecido, la evaluación neuropsicológica permite valorar las consecuencias de la enfermedad, objetivar los cambios que ésta ocasiona a través del tiempo, planificar un tratamiento de rehabilitación cognitiva, y brindar información para el cuidado y seguimiento del paciente, así como asesoramiento para su familia o cuidadores. (2011, p. 1)

En este contexto, en los últimos años se ha incrementado la demanda de evaluaciones e intervenciones neuropsicológicas tanto en personas que han sufrido daño neurológico como en pacientes con diferentes patologías en las que existe sospecha de una disfunción cerebral. De ahí, la creciente incorporación de neuropsicólogos clínicos en los servicios hospitalarios no solo para evaluar, sino con el amplio objetivo de conocer a detalle las afecciones cognitivas, de manera que se puedan implementar estrategias de rehabilitación centradas en el paciente (Ardila, 2013).

La neuropsicología también ha extendido su labor a la aplicación de sus procedimientos de valoración e intervención en las personas normotípicas de diferentes edades, sexo, género, diversidad geográfica y cultural, escolaridad, y con variadas condiciones cognitivas (discapacidad intelectual y altas capacidades) y psiquiátricas (esquizofrenia, ansiedad, depresión, etcétera). Asimismo, se aplica en el mantenimiento de la salud cognitiva a lo largo del ciclo de vida en el que transversa el aprendizaje escolar; los cambios fisiológicos y hormonales, como la menstruación y la menopausia; los cambios en la dinámica social, como los índices de violencia, el consumo de

sustancias, la desigualdad, el uso y abuso de las nuevas tecnologías de la información, así como la diversidad de cambios y afecciones que conlleva el incremento de la esperanza de vida, pues el proceso de envejecimiento se ha vuelto un gran reto (Broche-Pérez, 2018; Zhao *et al.*, 2023).

En la tradición histórica de la evaluación neuropsicológica sobresalen dos enfoques. Por un lado, aquel que hace uso de los principios utilizados en la medición psicológica mediante pruebas estandarizadas psicométricas, propios de la metodología cuantitativa de la escuela norteamericana; dichas pruebas permiten analizar el perfil cognitivo de un paciente, con base en la obtención del resultado en un tiempo determinado. Por otro lado, se encuentra el enfoque de la escuela rusa de Luria, que prioriza y se orienta al proceso y a las particularidades específicas de la realización de la tarea, desde una perspectiva de predominio cualitativo que analiza los errores cometidos durante la ejecución (Glozman, 2020).

En la segunda década del siglo XX, derivado de la posguerra, aparecieron diversos instrumentos para la evaluación de la inteligencia, las alteraciones neuropsicológicas y perfiles cognitivos. El proceso de cuantificación en la neuropsicología formó parte de la herencia natural de la psicología, al integrarse como una disciplina objetiva y científica. Tal legado alejó esta disciplina de sus orígenes en los que la valoración cualitativa, derivada del trabajo clínico con pacientes con daño cerebral, era su directriz (Escotto-Córdova *et al.*, 2022).

En la actualidad, en el ejercicio profesional individual e institucional, sigue destacando el modelo cuantitativo en el que se incorporan a la historia clínica, la opinión médica (neurologos y psiquiatras) y los estudios de gabinete (electrofisiológicos y de neuroimagen). Afortunadamente, cada vez hay más

sensibilización con respecto a incorporar variables cualitativas que permitan entender los cambios en el desempeño cognoscitivo de los pacientes (Salazar y Aveleyra, 2024; Chittooran y van Schalkwyk, 2021; Díaz-Álvarez *et al.*, 2025; Moreno *et al.*, 2015).

El uso de pruebas estandarizadas en la evaluación neuropsicológica favorece cierta objetividad, generalización y reproducibilidad de indicadores clínicos comunes que caracterizan los síndromes neuropsicológicos en la población. Sin embargo, tienen limitaciones, entre las que destacan no capturar los matrizes del comportamiento y las experiencias humanas, y omitir factores contextuales más amplios que distinguen la diversidad individual, ambos, aspectos fundamentales en la evolución y pronóstico de recuperación del paciente (Howieson, 2019).

Lo anterior derivado de la existencia de síntomas compartidos por los pacientes en las distintas clasificaciones clínicas, que pueden ser sistematizados por la psicología y la neuropsicología cuantitativa con el objeto de medir y caracterizar en lo general. No obstante, desde la neurobiología (que hermana la neuropsicología como parte del estudio del sistema nervioso y sus diferentes manifestaciones en las neurociencias), la distribución estructural y funcional originada en diversas alteraciones cerebrales que tiene un individuo suele tener peculiaridades clínicas únicas que obedecen a una diversidad individual y contextual (Escotto-Córdova *et al.*, 2022). Asimismo, algunos instrumentos no toman en cuenta variables como: la edad y el nivel educativo, la validez ecológica, las influencias emocionales que pueden interferir, al igual que las variantes lingüísticas, las habilidades sociales, los conocimientos culturales y el estado de ánimo (Del Bene *et al.*, 2023).

Si bien es necesario incorporar otros aspectos, los instrumentos estandarizados son fundamentales en el diagnóstico

y la formación de neuropsicólogos. El uso de técnicas cualitativas en el desempeño clínico desde el campo de la salud (por ejemplo: grupos focales, diarios de campo, historias de vida, elaboración de narraciones, observación participante, análisis de contenido, del discurso, así como entrevistas) es una herramienta de gran utilidad para la atención integral, pues involucra al neuropsicólogo en los diferentes aspectos y características comportamentales que definen la condición y el actuar del paciente (Ríos-González, 2024).

En el ámbito clínico, es de gran utilidad incorporar una perspectiva integral que considere su quehacer como una actividad holística que se apropia de la perspectiva de cada individuo para comprender los comportamientos naturales. Ello a partir de un análisis de la cotidianidad y la expresión de sus habilidades, patrones culturales, contextos sociales, creencias y prácticas de su organización social, espiritualidad, educación y estructura familiar (Rodríguez-Gómez, 2023), con el fin de visualizar sus fortalezas y áreas de oportunidad ante el cambio que una condición clínica le confiere a quien la presenta. Esta perspectiva permite reconocer los matices que moldean los comportamientos y estrategias de afrontamiento que los grupos asumen ante sus capacidades y habilidades dentro del ámbito neuropsicológico.

El enfoque cualitativo en la neuropsicología

Las herramientas cualitativas cuentan con una creciente aplicación en el campo de la salud (Ríos-González, 2024). Su enfoque descriptivo-exploratorio favorece la observación de las variables por un período corto en el que el participante es su propio control, lo cual facilita la realización de un análisis inte-

gral de los antecedentes de un individuo, su estado actual y su respuesta terapéutica (Hernández-Sampieri y Mendoza, 2018).

En este contexto, numerosos estudios muestran los beneficios de las técnicas cualitativas dentro del campo de la salud. Existen estudios, en este campo, que han demostrado la utilidad de las herramientas cualitativas con el fin de analizar: experiencias, concepciones y representaciones ante distintas afecciones físicas y de salud mental (Klüsse, 2018; López-Malcatus *et al.*, 2021; Low *et al.*, 2025). Lo anterior, con el fin de desarrollar e implementar estrategias que garanticen su calidad de vida desde el ámbito personal, social e institucional, así como para entender las interacciones entre los diferentes actores sociales (Klüsse, 2018), mediante la descripción de dimensiones y variaciones de los fenómenos, el análisis de las características generales de fenómenos poco comprendidos.

En el caso de la salud física, destaca la tradición humanística en enfermería y medicina en la que, con mayor frecuencia, se hace uso del enfoque cualitativo para atender y entender desde una visión empática, más allá del conjunto de síntomas que configuran una enfermedad, que considera el mayor número de factores que intervienen en cómo cada paciente enfrenta sus afecciones de acuerdo con sus conocimientos, valores y costumbres (Rueda *et al.*, 2018). Dicha tradición, con la masificación institucional y la insuficiencia de profesionales de la salud, corre el riesgo de perderse.

En la salud mental y cognitiva, el trabajo realizado por psicólogos, neuropsicólogos y psiquiatras destaca el uso de técnicas como: entrevistas, casos clínicos, grupos focales y análisis de contenido. Estas, al incorporarse a la par de la evaluación estandarizada, permiten contar con la mayor información posible para realizar diagnósticos diferenciales, proyectar pronós-

ticos y desarrollar programas de intervención que apoyen, en lo general y en lo particular, a brindar al paciente estrategias de recuperación para la mayor funcionalidad, adaptación e independencia posible en su entorno.

En la neuropsicología, algunos de sus representantes, como Luria y Kaplan, subrayan la importancia de analizar las características individuales de los pacientes, considerando su cultura y educación, así como la utilización de sus recursos cognitivos en su desempeño cotidiano. Edith Kaplan insiste en que, en la valoración neuropsicológica de un paciente, se requiere de un análisis cualitativo para entender sus funciones, por lo que la neuropsicología tiene como método fundamental el “análisis del proceso” (Kaplan, 1988), mientras que la evaluación psicométrica limita la valoración a un número. Lo anterior subraya la utilidad de la técnica más destacada en esta disciplina, el caso clínico e, incluso, el estudio de una serie de casos en la que se agrupa, de forma sistematizada, a pacientes con características similares.

En la práctica neuropsicológica, la herramienta de casos clínicos es una de las más utilizadas porque ayuda a la profundización e integración de las diversas variables que contribuyen al funcionamiento de los procesos fisiológicos, psicológicos y sociales que participan en el procesamiento cerebral, cognitivo y comportamental. Aunque ello no deja de lado otras herramientas cualitativas como las entrevistas a profundidad, el análisis del discurso, las narrativas, entre otras (Aguilar-Varela y Rodríguez, 2016).

A pesar de las modernas técnicas de neuroimagen y los enfoques computacionales para el análisis de datos, los estudios de caso han demostrado su gran valía para analizar procesos cerebrales y mecanismos cognitivos que subyacen a manifes-

taciones clínicas y comportamentales, debido a que permiten observar esquemas de asociación y disociación en el desempeño neuropsicológico, características que se pierden si se analiza de forma grupal (Price, 2018).

El desarrollo de la neuropsicología cuenta con una gran diversidad de casos icónicos que le han permitido detectar procesos cognitivos específicos asociados a áreas cerebrales determinadas. Esto ha redefinido los enfoques teóricos de la relación comportamiento y cerebro hacia una organización dinámica funcional del SN, y ha dado apertura a nuevas líneas de generación de conocimiento. Asimismo, ha evidenciado la necesidad del estudio y la participación multidimensional e interdisciplinar.

La diversidad de ejemplos de casos emblemáticos se puede retomar desde los hallazgos anatomo-clínicos que describió Paul Broca con el famoso caso Tan Tan (quien presentaba dificultades en la producción del lenguaje), y el caso descrito por Carl Wernicke, caracterizado por dificultades en comprender lo que dicen los demás. Ambos mostraron aspectos fundamentales del procesamiento del lenguaje humano y las habilidades relacionadas con la expresión, comprensión y coherencia. Además, delimitaron dos formas clínicas de daño neuropsicológico con la participación de regiones cerebrales diferenciadas, asociadas a defectos específicos del lenguaje, conocidas como afasia de Broca (motora eferente o expresiva, de acuerdo con las diferentes denominaciones que se le han otorgado), y afasia de Wernicke (acústico-agnósica o sensorial). Aportes que abrieron el sendero de grandes descubrimientos en el estudio de otras alteraciones neuropsicológicas como la diversidad de síndromes apráxicos, agnósticos, atencionales, etcétera (Benjamin *et al.*, 2018).

Con la interacción interdisciplinaria de médicos y neuropsicólogos para entender y tratar los cambios asociados a enfermedades neurológicas, los avances en la compresión de estos fenómenos también se vio favorecida. Ejemplo de ello es el trabajo realizado por el neurocirujano Wilder Penfield y la neuropsicóloga Brenda Milner, quienes estudiaron el caso Henry Molaison, conocido como H. M. Tras ser atropellado, Molaison desarrolló una epilepsia que se agravó con los años. Presentaba crisis epilépticas de origen temporal; fue intervenido y se le extirpó la región temporal media y el hipocampo, con ello se logró el control de sus crisis, pero colateralmente tuvo efectos significativos en su memoria. No lograba conservar sus experiencias nuevas en recuerdos permanentes, esto evidenció el papel del hipocampo en la memoria a largo plazo, así como la existencia de dos sistemas de memoria independientes (Kolb, 2022).

La memoria a corto plazo de H. M. se conservó, mientras que su memoria a largo plazo se vio afectada. Su aprendizaje episódico y semántico fueron deficientes, lo que indica substratos neuronales superpuestos. Se distinguieron dos formas de memoria de reconocimiento: recuerdo y familiaridad. Esto mostró que el recuerdo depende del hipocampo, pero la familiaridad, no. H. M. recordaba solo dos episodios autobiográficos vividos antes de la operación, mientras que su memoria semántica para el mismo período era normal. Esta disociación reveló cómo el hipocampo es necesario para la recuperación de información autobiográfica premórbida, pero no de la semántica.

Otro caso es el de Phineas Gage, quien sufrió una lesión causada por una barra de hierro en la corteza prefrontal. Fue estudiado por Harry Harlow, quien documentó los cambios de personalidad experimentados ante una lesión cerebral, lo que reveló la participación de diferentes regiones cerebrales

para funciones que integran la cognición y las manifestaciones emocionales que matizan la personalidad (Benjamin *et al.*, 2018).

Los aportes de los estudios de casos en la neuropsicología han puesto en evidencia la especialización dinámica de los procesos cerebrales y cognitivos. En particular, casos como H. M. y Phineas Gage dieron pie al estudio de la interrelación de funciones cerebrales y cognitivas con el procesamiento de comportamientos y emociones, evidencias que se han enriquecido, a lo largo del desarrollo de la neuropsicología, con la incorporación de estrategias tanto cuantitativas como cualitativas que le han permitido generar aproximaciones cada vez más integrales.

Conclusiones

La neuropsicología, con su natural y necesario abordaje inter y multidisciplinario del estudio del comportamiento humano para comprender la relación existente entre el funcionamiento cerebral, los procesos cognitivos y la conducta humana, se ha beneficiado de los enfoques cualitativo y cuantitativo que no son, necesariamente, opuestos ni mutuamente excluyentes.

En todo caso, resultan complementarios, pues la investigación cualitativa puede ayudar a ampliar y profundizar la comprensión de los datos o resultados obtenidos del análisis cuantitativo, fortaleciendo la diada: *nivel de desempeño* y *proceso del desempeño*, al visibilizar las diferencias individuales que matizan los procesos cerebrales y cognitivos, así como el comportamiento en general. Esto, mediante el delineamiento de diagnósticos y pronósticos que permitan maximizar la capacidad funcional de las personas y, por ende, su bienestar y calidad de vida.

En este contexto, se vislumbra una neuropsicología cada vez más integradora de saberes y herramientas metodológicas tanto cualitativas como cuantitativas, con un enfoque humanístico y ético, que convive y se nutre de los avances científicos y tecnológicos que conlleva la era digital, la inteligencia artificial y el análisis de grandes volúmenes de datos, para incorporar la validez ecológica a la eficacia de la evaluación y la intervención neuropsicológica, en beneficio de una práctica disciplinar que conjugue los aspectos clínicos y sociales que forman parte del comportamiento.

Referencias

- Aguilar-Valera, J. A. y Rodríguez, T. C. (2016). Análisis conductual aplicado en neuropsicología: fundamentos teóricos, experimentales y empíricos. *Cuadernos de Neuropsicología; Panamerican Journal of Neuropsychology*, 10(1), 45-54.
- Ardila, A. (2013). A new neuropsychology for the XXI century. *Archives of Clinical Neuropsychology*, 28(8), 751-762.
- Ardila, A. y Ostrosky, F. (2012). *Guía para el diagnóstico neuropsicológico*. <https://aalfredoardila.wordpress.com/wp-content/uploads/2013/07/ardila-a-ostrosky-f-2012-guia-para-el-diagnostico-neuropsicologico.pdf>
- Benjamin, S., MacGillivray, L., Schildkrout, B., Cohen-Oram, A., Lauterbach M. D. y Levin, L. (2018). Six landmark case reports essential for neuropsychiatric literacy. *Journal of Neuropsychiatry and Clinical Neurosciences*, 30(4), 279-290. <https://doi.org/10.1176/appi.neuropsych.18020027>
- Broche-Pérez, Y. (2018). Neuropsicología positiva: nuevo enfoque; nuevas oportunidades. *Revista Chilena de Neuropsicología*, 13(2), 45-51. <https://doi.org/10.5839/rcnp.2018.13.02.08>

- Chittooran, M. M. y van Schalkwyk, G. J. (2021). Qualitative Research-Based Interventions for Clinical Neuropsychology Practice. En R. C. D'Amato, A. S. Davis, E. M. Power y E. C. Eusebio, E.C (Eds.). *Understanding the biological basis of behavior*. Springer. https://doi.org/10.1007/978-3-030-59162-5_7
- Del Bene, V. A., Gerstenecker, A. y Lazar, R. M. (2023). Formal neuropsychological testing: Test Batteries, interpretation, and added value in practice. *Clinics in Geriatric Medicine*, 39(1), 27-43. <https://doi.org/10.1016/j.cger.2022.07.003>
- Díaz-Álvarez, J., García-Gutiérrez, F., Bueso-Inchausti, P., Cabrera-Martín, M. N., Delgado-Alonso, C., Delgado-Álvarez, A., Diez-Cirarda, M., Valls-Carbo, A., Fernández-Romero, L., Valles-Salgado, M., Dauden-Oñate, P., Matías-Guiu, J., Peña-Casanova, J., Ayala, J. L. y Matias-Guiu, J. A. (2025). Data-driven prediction of regional brain metabolism using neuropsychological assessment in Alzheimer's disease and behavioral variant Frontotemporal dementia. *Cortex*, 183, 309-325. <https://doi.org/10.1016/j.cortex.2024.11.022>
- Escotto-Córdova, E. A., Baltazar-Ramos, A. M., Solovieva, Y. y Quintanar-Rojas, L. (2022). *El análisis cualitativo en la neuropsicología. Las limitaciones clínicas de la psicometría*. Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores Zaragoza. https://www.zaragoza.unam.mx/wp-content/2022/Publicaciones/libros/csociales/El_análisis_elect_final.pdf
- Glozman, J. (2020). Neuropsychology in the past, now and in the future. *Lurian Journal* 1(1), 29-47. <https://lurianjournal.ru/ojs/index.php/lurian/article/view/5>
- Hernández-Sampieri, R. y Mendoza, C. (2018). *Metodología de la investigación. Las rutas cuantitativa, cualitativa y mixta*. McGraw Hill Education.

- Howieson, D. (2019). Current limitations of neuropsychological tests and assessment procedures. *The Clinical Neuropsychologist*, 33(2), 200-208. <https://doi.org/10.1080/13854046.2018.1552762>
- Jurado-Noboa, M.B. (2011). La contribución de la evaluación neuropsicológica a la atención médica primaria. *Revista Ecuatoriana de Neurología*, 20(1-3). https://revecuatneurol.com/magazine_issue_article/contribucion-de-evaluacion-neuropsicologica-atencion-medica/
- Kaplan, E. (1988). A process approach to neuropsychological assessment. En T. Boll y B. K. Bryant (Eds.). *Clinical neuropsychology and brain function: Research, measurement, and practice* (pp. 127-167). American Psychological Association.
- Klüsse, T. M. (2018). Investigación cualitativa en el campo de la salud: un paradigma comprensivo. *Revista Chilena de Pediatría*, 89(4), 427-429.
- Kolb, B. (2022). Brenda Milner: Pioneer of the study of the human frontal lobes. *Frontier Human Neuroscience*, 3(15), 1-8.
- López-Malacatus, L. A. J., Cuenca-Buele, L. A. R., Bajaña-Romero, L. J. A., Merino-Choez, L. K. D., López-Malacatus, L. M. S. y Bravo-Bonoso, M. D. G. (2021). Factores de riesgo psicosocial y salud mental del personal de salud en ámbito hospitalario. *Ciencia Latina Revista Científica Multidisciplinar*, 5(5), 8018-8035. https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v5i5.887
- Low, S. Y., Ko, S. Q. y Ang, I. Y. H. (2025). Health care providers' experiences and perceptions with telehealth tools in a hospital-at-home program: mixed methods study. *JMIR Human Factors*, 12: e56860. <https://doi.org/10.2196/56860>
- Moreno, J. A., Nicholls, E., Ojeda, N., De los Reyes-Aragón, C. J., Rivera, D. y Arango-Lasprilla, J. C. (2015). Caregiving in dementia and its impact on psychological functioning

- and Health-Related quality of life: Findings from a Colombian sample. *Journal Cross Cultural Gerontology*, 30, 393-408. <https://doi.org/10.1007/s10823-015-9270-0>
- Price, C. J. (2018). The evolution of cognitive models: From neuropsychology to neuroimaging and back. *Cortex*, 107, 37-49. <https://doi.org/10.1016/j.cortex.2017.12.020>
- Ramninger, J. J., Peper, M. y Wendt, A. N. (2023). Neuropsychological assessment methodology revisited: metatheoretical reflections. *Frontiers in Psychology*, 14, 1170283. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2023.1170283>
- Restrepo, C. J. M. (2019). Los límites epistemológicos de las neurociencias. *Revista de Psicología*, 11(2), 201-224.
- Ríos-González, C. M. (2024). Investigación cualitativa en el contexto de la salud pública: actualización de conceptos. *Revista de Salud Pública del Paraguay*, 14(1), 51-58. <https://revistas.ins.gov.py/index.php/rspp/article/view/330>
- Rodríguez-Gómez, R. (2023). Qualitative public health research published in Colombian biomedical journals between 2011 and 2021. *Biomedica*, 43(1):69-82. <https://doi.org/10.7705/biomedica.6476>
- Rueda Castro, L., Gubert, I. C., Duro, E. A., Cudeiro, P., Sotomayor, M. A., Benites Estupiñan, E. M., López Dávila, L. M., Farías, G., Torres, F. A., Quiroz Malca, E. y Sorokin, P. (2018). Humanizar la medicina: un desafío conceptual y actitudinal. *Revista Iberoamericana de Bioética*, (8), 01-15. <https://doi.org/10.14422/rib.io8.y2018.002>
- Salazar, F. N. Y. y Aveleyra, O. E. (2024). Intervención neuropsicológica holística en adultos con enfermedad cerebrovascular. Estudios de caso. En E. Aveleyra, D. Stincer y U. Delgado (Coords.). *Intervenciones psicológicas en salud y educación. Propuestas desde posgrados mexicanos* (pp. 68-91).

- Universidad Autónoma del Estado de Morelos. https://doi.org/10.30973/2024/intervenciones_psicologicas
- Tirapu, U. J. (2011). Neuropsicología - neurociencia y las ciencias “psi”. *Cuadernos de Neuropsicología / Panamerican Journal of Neuropsychology*, 5(1), 11-24.
- Zhao S, Li Y. y Shi, Y., Li, X. (2023). Cognitive Aging, How the Brain Ages? *Advances in Experimental Medicine and Biology*; 1419:9-21. https://doi.org/10.1007/978-981-1627-6_2.

PSICOANÁLISIS E INTERDISCIPLINARIEDAD: ALGUNAS CONSIDERACIONES EPISTEMOLÓGICO- METODOLÓGICAS AL INVESTIGAR LA SUBJETIVIDAD

David Márquez Verduzco

*“Cualquiera que persevere en una investigación
se ve obligado, tarde o temprano, a cambiar
de método.”*

Johann Wolfgang von Goethe

El presente trabajo tiene como objetivo plantear algunas reflexiones sobre la relación del psicoanálisis y la investigación científica denominada cualitativa, sobre todo, al estudiar fenómenos anclados en la subjetividad y que escapan a la lógica de la psicoterapia individual —psicoanálisis aplicado, extramuros (Laplanche, 1989)— y que plantean la necesidad de trabajar de manera interdisciplinaria. Tal como menciona Fonagy (2015), el método psicoanalítico —subsumido principalmente por el tratamiento individual y que, por lo tanto, cada vez se indiferencian más— ha cambiado muy poco a diferencia de la teoría que se ha enriquecido por la antropología, el feminismo, la sociología, la biología, entre otras disciplinas (Green, 2005). Para esto, la ruta crítica del trabajo será la siguiente: situar el psicoanálisis dentro del desarrollo de las ciencias sociales, para después elucidar sus particulares problemáticas respecto a la investigación

científica social actual y la dificultad de trabajar interdisciplinariamente. A través de un ejemplo de investigación, se buscará mostrar cómo puede investigarse la subjetividad, utilizando el psicoanálisis con otros dispositivos fuera de la cura-tipo. Específicamente, hablaré de un proyecto de investigación en curso sobre atención psicológica a comunidad universitaria y la implementación de un dispositivo de psicoterapia de grupo. Las particularidades de esta quedarán definidas más adelante. Finalmente, se concluirá sobre la importancia de romper el solipsismo del psicoanálisis en aras de seguir construyendo conocimiento científico.

Emergencia de la interdisciplina en la investigación social

Al discutir sobre el estado actual de las ciencias sociales, Wallerstein (2007) analiza su constitución para poder entender las problemáticas actuales que enfrentan. Como cualquier ciencia, estas se delimitaron al cerrarse teórica, epistemológica y metodológicamente con el fin de constituir sus propios objetos de estudio y responder, así, a problemas que les concernían en sus contextos históricos específicos, definirse como disciplinas con sus propios métodos y, por lo tanto, cerrar vasos comunicantes entre ellas. Sin embargo, el mismo Wallerstein (2007) comenta que dichas estructuraciones no pueden ser pensadas sin la imbricación histórico-social: la expansión acérrima de Estados Unidos que impregnó la vida social de prácticamente todo el mundo y difundió el *American way of life*. Con esto último, se hace referencia, principalmente, al pragmatismo y la funcionalidad unidas, casi de manera indisoluble, al pensamiento económico ideológico que buscó expandir este país: el capitalismo estadounidense. Un primer intento de conjuntar diversas cien-

cias se fundó en áreas departamentales *multidisciplinares* en las universidades y centros de investigación que, en realidad, buscaban concentrar cada vez más conocimiento científico sobre *los salvajes*: siendo estos todas las personas no occidentales; pretendían conocerlas más a fondo mediante una serie de repertorios emanados de varias disciplinas. Esta mirada, por lo tanto, no tenía como objetivo discutir teórica y epistemológicamente las implicaciones de cruzar diversas formas de abordaje científico, sino solamente obtener más información.

En México, como menciona Follari (2015), se siguió ese mismo patrón: instalar departamentos *interdisciplinarios* como una forma del poder hegemónico del Estado mexicano —particularmente, del Partido Revolucionario Institucional (PRI)— para limar asperezas con la sociedad mexicana después del movimiento del 68;¹ mostrar un *paquete innovador* que respondería, ahora sí, a las problemáticas nacionales sin una reflexión profunda al respecto. Así, la interdisciplina y la departamentalización llegaron juntas, sin mezclarse. Esto llevó a que, aún con estos departamentos, no se hicieran reflexiones mayores dentro de las universidades mexicanas, y se tomara como sinónimo interdisciplina y colaboración entre colegas de diversas disciplinas (Klein, 2017); aunado a esto, el sesgo de *izquierda* o *decolonial*, de manera peyorativa, se impuso sobre las investigaciones interdisciplinarias (Follari, 2015). Finalmente, Blazquez Graf (2012) menciona que es necesario cuestionar los marcos interpretativos desde los cuales se hace investigación científica

1 Con el movimiento del 68 se hace referencia a los sectores de la población que comenzaron a cuestionar los modos y formas del gobierno mexicano para reivindicar la democratización de la vida pública —desde el surgimiento de guerrillas hasta movimientos estudiantiles— que tuvo su punto álgido en la masacre de Tlatelolco el 2 de octubre de 1968.

ya que, además de evidenciar los límites de teorizaciones —y que reproducen sistemas de dominación— también muestra los límites epistemológicos y metodológicos. Por tanto, desde el feminismo, también se aboga por una mirada interdisciplinaria que se traduzca teórica, epistemológica, metodológica y políticamente.

Así, de manera breve, el estado de cosas respecto a la interdisciplinariedad. Entonces, ¿cómo definir la interdisciplina? En este trabajo, se entenderá la interdisciplina como la convergencia y complementariedad de diversos puntos de vista para estudiar, conocer y aproximarse a un fenómeno. De esta forma, la transferencia de conceptos, métodos, y problemáticas entre distintas disciplinas no tiene el propósito, solamente, de observar e intervenir desde múltiples disciplinas —esta es la diferencia con la multidisciplina— un fenómeno, sino producir un nuevo objeto de conocimiento, una nueva forma de aproximación a partir de la convergencia antes dicha. Esto implicará, entonces, transformaciones en el aspecto teórico, epistemológico, metodológico, político y axiológico en la investigación (Follari, 2015; Klein, 2017; Pombo, 2015). Por lo tanto, se trata de una aproximación ecológica, una lógica de las multiplicidades, rizomática. A diferencia de la jerarquía arborescente, dirán Deleuze y Guattari (2002), el rizoma comprenderá, desde una postura epistemológica en la que sujeto y objeto no pueden separarse —la interdisciplina, dirá Pombo (2015), incluye al investigador y su objeto de estudio—² dentro de una red indeterminada de relaciones, y que cualquier elemento puede ser afectado por otro. Por eso, en este trabajo se insiste en la convergencia, puesto que

2 Cada vez más, este cruce interdisciplinario permite pensar a quien investiga como implicado —para seguir la expresión de Lourau (1975)— con su objeto de investigación/intervención.

no se apunta a la eliminación de disciplinas, sino al reconocimiento de relaciones, influencias y determinaciones mutuas, en todas direcciones, que pueden abrir nuevas preguntas para acercarse a un nuevo conocimiento.

Esta forma crítica de hacer ciencia ha acarreado diversos problemas epistémicos y metodológicos al momento de hacer investigación científica, sobre todo al tener fenómenos tan complejos como el género, la violencia, la salud mental, entre otros, puesto que aún se piden criterios anclados al hacer ciencia de manera tradicional. Otro problema que se presenta es al trabajar con personas de disciplinas en las que hay una rigidez para abandonar derroteros tradicionales en aras de un puritanismo, una fidelidad teórica y metodológica, entre otras cuestiones. A final de cuentas, la interdisciplina viene a cuestionar ciertos edificios conceptuales, formas de obtener conocimiento y métodos arraigados. Es una forma de *indisciplinar* formas tradicionales de hacer ciencia y cuestionar sistemas de dominación dentro de la investigación: el blanqueamiento y la colonialidad en la manera de hacer ciencia (Díaz, 2025).

Por lo tanto, ¿cómo se sitúa el psicoanálisis dentro de esta discusión? Y, aunado a esto, ¿por qué el psicoanálisis? Es importante destacar, para responder a la segunda pregunta, que el psicoanálisis, con todas sus transformaciones teóricas, ha sido una disciplina capaz de brindar explicaciones, plantear cuestionamientos, posicionarse como una crítica a diversos modelos hegemónicos, todavía vigente y necesaria para pensar fenómenos complejos de la vida humana que involucran la subjetividad. Tal como menciona Fernández (2021), el psicoanálisis permitió desesencializar y cuestionar al sujeto de la conciencia, racional y de libre albedrío, e introdujo nociones como las de deseo y singularidad a movimientos políticos, pro-

ducciones sociales y la instauración de sistemas de creencias. Se han hecho muchas críticas a la teoría psicoanalítica desde su inicio las cuales, a decir de Castel (2014), muchas veces se anclan a un moralismo disfrazado de crítica científica, sobre todo, en relación con el concepto de sexualidad. Tal como considera Assoun, hay que entender el edificio freudiano desde “los modelos epistémicos situados y fechados que inscriben el saber freudiano, en su modo de producción, dentro del universo epistémico de su tiempo” (2001, p. 10). Así, se puede entender la revolución de pensar la sexualidad como objeto de estudio, primero, y como elemento importantísimo en la vida humana, después; finalmente, la postulación de lo inconsciente que, a decir de Freud (1925/1984c), se posicionaba entre la medicina y la filosofía, cuestión que le atrajo críticas de ambos lados.

Sin embargo, esto ha llevado a posiciones doctrinarias cuando se critica el psicoanálisis, su edificio teórico y, sobre todo, cómo se ha transformado la realidad social, a limitarse a contestar a toda crítica como “una resistencia inconsciente”.³ Por lo tanto, en el presente trabajo, pretendo mostrar algunas consideraciones epistemológicas y metodológicas que se presentan al momento de hacer investigación interdisciplinaria con el psicoanálisis.

La cura-tipo: de la posibilidad de disciplina al *impasse* epistémico

No es el propósito del presente texto defender la idea del psicoanálisis como ciencia. Sin embargo, al buscar situarlo de

³ El mismo Freud (1937/1984d) advierte sobre este riesgo y cómo puede truncar el trabajo analítico el pensar que toda negación o crítica al analista es resistencia.

esa manera, se recurre a la ya famosa definición que Freud (1923/1984b) dio sobre este:

de un procedimiento que sirve para indagar procesos anímicos difícilmente accesibles por otras vías; 2) de un método de tratamiento de perturbaciones neuróticas, fundado en esa indagación, y 3) de una serie de intelecciones psicológicas, ganadas por ese camino, que poco a poco se han ido coligando en una nueva disciplina científica. (p. 231)

A pesar de que existen *escritos técnicos* en el compendio freudiano sobre conceptos dentro de la cura analítica como la transferencia, la repetición, construcciones e interpretaciones, no hubo una sistematización sobre a qué se le llamaría técnica analítica, por lo cual, comenta Gutiérrez Brito (2004), se le ha adjudicado una crítica de simplicidad a la cuestión técnica en psicoanálisis. Sin embargo, aunque esta se ha robustecido al pasar de los años, se dejó de lado el aspecto de investigación científica en esta definición, que se centra en la formación psicoanalítica casi exclusivamente (Fonagy, 2015). Kaës (2010) menciona que el psicoanálisis, al igual que otras disciplinas, tuvo que cerrarse epistemológicamente para crear su objeto de estudio *princeps*: lo inconsciente. Así, se dio forma a la teoría psicoanalítica y al dispositivo terapéutico que se inauguró, conocido como la cura-tipo: la relación analítica entre paciente/analizante/analizado y analista. Esto, además, le dio gran consistencia como una terapéutica que incluso influyó en otros enfoques. No obstante, menciona Santamaría Ambriz (2002) que:

esta formación clínica, aunque apoyada en desarrollos de carácter teórico (teoría de la clínica), se ve desligada de

un quehacer que le permitiría promover su propia evolución al interrogarse de continuo sobre sus condiciones de validez, así como ensanchar su capacidad explicativa y de aplicación más allá del ámbito de la cura. (p. 49)

El psicoanálisis, emanado de un dispositivo individual, anclado a su contexto de descubrimiento, así como histórico-social, privilegió la cura individual de la neurosis. De esta manera, el anquilosamiento y el culto a este tipo de dispositivo volvió toda forma de trabajo distinta una perversión. De modo que, cualquier desviación de la cura-tipo estaba proscrita porque lo dicho por Freud era tomado como verdad y se le daba valor a las reglas en sí y no por su función de generar conocimiento (Thomä y Kächele, 1989). De esta manera, las escuelas que surgieron —freudianas, kleinianas, lacanianas, del yo, etcétera— se blandieron como protectores del testamento de Freud: “Exacerbado, este narcisismo toma ribetes paranoicos: para sentirse analistas tienen que ‘demostrar’ que los demás no lo son” (Hornstein, 2024, pp. 23-24).⁴

La operación epistémica que posibilitó que el inconsciente fuera objeto de estudio del psicoanálisis se convirtió, después, en uno de sus obstáculos epistemológicos, para utilizar la expresión de Bachelard (1989). En primera instancia, formuló intenciones sobre muchos ámbitos fuera de su territorio epistémico. Ya desde Freud (1913/1984a), se buscaba un psicoanálisis aplicado a fenómenos fuera del ámbito psicoanalítico y, retomando

4 Sin embargo, esa cura-tipo, mostrada como la clásica, no fue enarbolada así por Freud. Como mencionan Thomä y Kachele (1989), esta noción fue formulada por Ferenczi al comunicarle a Freud, después de intentar innovar en técnicas terapéuticas y a regañadientes, que regresaba a “nuestra técnica clásica”.

a Assoun (2001), habrá que tomar estos conocimientos dentro del horizonte epistémico de su época. Empero, esta forma de abordar fenómenos biológicos, sociales, colectivos ha seguido extrapolándose. Esto revela, por un lado, la forma continuista que ha adquirido el psicoanálisis, al pensarse como el mismo a lo largo de los años. A ese respecto, se puede tomar la noción de racionalismo *a priori* que sirve a todas las experiencias, pero que está fuera de la experiencia misma y que tiene pretensiones de universalidad (Bachelard, 1989). Entonces, aunque se apunte a lo individual, no se toman en cuenta lo singular y lo histórico-social como cuestiones inexorablemente relacionadas con la producción de subjetividad y, por lo tanto, con la experiencia (Castoriadis, 2013).

A esto se añade la relación de poder que emana del dispositivo analítico. De esta forma, problemas sociales son reducidos a cuestiones edípicas y, finalmente, individuales. Por un lado, Castel (2014) ha mencionado cómo se busca neutralizar lo proveniente de la problemática sociopolítica del poder; él llama inconsciente social del psicoanálisis a esta particularidad no analizada. Además, es una forma de desterritorializar nociones emanadas de lo individual para explicar otras formaciones que no están dentro del universo ontológico y epistémico, tal como sucedió con el etnopsicoanálisis o con formulaciones kleinianas y lacanianas: una extensión etnográfica a interpretaciones edipidizantes que buscan legitimar no solo concepciones teóricas, sino relaciones de poder (Deleuze y Guattari, 1985). Como menciona González Rey (1997), una posición epistémica que involucre pensar la subjetividad como procesos separados que se interpenetran permanentemente permitirá considerar dimensiones sociales, individuales y grupales en constante relación y sin una sobredeterminación de una sobre otra. Tal como

Deleuze y Guattari (2002) han comentado, se constituye de manera rizomática. Así, si se sigue produciendo conocimiento desde una postura epistemológica individual y solo aceptando un derrotero disciplinar, será difícil transformar y postular otros métodos fuera de la cura-tipo, limitando la capacidad explicativa del psicoanálisis al ámbito del consultorio.⁵

Ha habido avances fundamentales al incorporar la importancia de lo histórico social en la constitución del sujeto: el género, las relaciones de poder, lo político, lo imaginario social. Incorporaciones que han venido a cuestionar cimientos muy importantes del psicoanálisis y que se traducen en una nueva forma de escuchar la subjetividad. Sin embargo, no basta con resaltar la importancia de la intersubjetividad o de lo social si se opera metodológicamente en la lógica individual. Con esto, no quiero decir que el conocimiento generado a partir de los análisis individuales no sea válido. El problema radica, como he argumentado, en limitar el conocimiento psicoanalítico solo a esa forma metodológica. Estos *impasses epistemológicos* llevan a extrapolar formas y modos emanados del método psicoanalítico *tradicional* a fenómenos sociales que no pertenecen a la misma dimensión ontológica e incluso fenoménica.

Así, mediante el uso de conceptos como el de identificación proyectiva para hablar de efectos materiales de procesos internos; la proyección e introyección para mencionar el interjuego de lo interno y externo, así como el inconsciente transindivi-

5 Incluso, llama la atención que, en el reporte sobre desarrollo científico del psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Internacional que realizaron Leuzinger-Bohleber y Kächele (2015), mencionan la interdisciplina solo en dos páginas; al momento de hablar de otras disciplinas y el psicoanálisis, mencionan prácticas basadas en evidencia, y el nombrado neuropsicoanálisis. Si bien no se trata de desprestigiar estos, no es casualidad que se haga énfasis en dichos enfoques, pues son los más difundidos actualmente como científicos.

dual lacaniano para explicar la economía libidinal del poder y la ideología en el ámbito político, se tiene la pretensión de superar el dualismo psíquico/social (Pavón-Cuéllar y Orozco, 2017). Como menciona Fernández (2006), no se trata de diluir este binarismo, puesto que, entonces, se inserta la ilusión de que la *evidencia de los hechos* muestra esta superación cuando, más bien, es un efecto del *a priori* conceptual. Finalmente, con esta superación, se jerarquiza, de nuevo, el acento que se pondrá, como con los conceptos mencionados arriba: sin desdeñar el aporte que pueden dar, siguen siendo emanaciones de un ámbito individual. Más bien, habrá que reconocer, metodológicamente, de qué manera nos acercamos a lo empírico al mismo tiempo que se considera el contexto en el que se presenta. Tal como mencionan Deleuze y Guattari (2002):

Verdaderamente no basta con decir ¡Viva lo múltiple!, aunque ya sea muy difícil lanzar ese grito. Ninguna habilidad tipográfica, léxica, o incluso sintáctica, bastará para hacer que se oiga. Lo múltiple *hay que hacerlo*, pero no añadiendo constantemente una dimensión superior, sino, al contrario, de la forma más simple, a fuerza de sobriedad, al nivel de las dimensiones de que se dispone, siempre n-1 (sólo así, sustrayéndolo, lo Uno forma parte de lo múltiple). (p. 12)

Ese es el sistema rizoma: la multiplicidad no solo para pensar la organización y las relaciones mutuas sin determinaciones fijas, sino con heterogeneidad, multiplicidad, ruptura, reconstrucción, cartografía y e irreproducibles. Esto implica, según Deleuze y Guattari (2002), que lo fundamental no es interpretar lo inconsciente, sino producirlo, mediante nuevos

enunciados y deseos. De esta manera, como plantea Fernández (2006, 2021), las herramientas metodológicas psicoanalíticas y de otras disciplinas se vuelven una caja de herramientas que desterritorializan sus prácticas y producen una convergencia metodológica, lo que genera dispositivos con un alcance más amplio o que producen otro tipo de preguntas.

Salud mental en espacios universitarios: métodos para indagar la subjetividad

Así, al momento de investigar sobre la salud mental en jóvenes universitarios, se plantea la pregunta ¿puede ponerse entre paréntesis la insistencia de lo social? Y, de manera más puntual, ¿cómo se puede intervenir en problemas de salud mental en jóvenes universitarios y no caer en psicoanalismos, como los nombra Castel (2014), al explicar sufrimientos institucionales? ¿Cómo producir inconsciente, generar nuevos enunciados y deseos no solo a través de lo familiarista? Estas preguntas son las que han surgido a partir de la implementación de un modelo de psicoterapia de grupo en una facultad y que tiene una sede del Espacio de Orientación y Atención Psicológica (Espora).

Inicialmente, se optó por esta sede de Espora debido a la gran demanda de atención que engrosa las listas de espera, así como las particularidades de la población. Se diseñó un modelo de psicoterapia de grupo breve acorde con el modelo individual ya usado en el programa (Sosa *et al.*, 2021). Para esto, se utilizaron los principios teóricos y técnicos de la psicoterapia psicoanalítica breve de Fiorini (1995): reducción de síntomas o desadaptaciones de manera rápida, siendo que el tratamiento se enfoca en situaciones vitales actuales.

La forma de intervención utiliza las herramientas técnicas del psicoanálisis —señalamiento, clarificación, confrontación e interpretación (Thomä y Kächele, 1989)— acotadas a un tema. Este último se denomina foco y se construye durante el establecimiento del diagnóstico en las primeras sesiones (Fiorini, 1995). El foco será una construcción psicodinámica de la situación actual de quien consulta: la psicopatología se constituirá como una ecuación etiológica —factores histórico-infantiles, situación transversal y condiciones de vida—,⁶ así como de las fortalezas del yo, que contemplan los logros personales, las redes de apoyo —familiares, de amistad, escolares— y la posibilidad de cambio. De modo que se piensa al sujeto desde una mirada psicosocial: “un sujeto que interioriza y se apropiá de las representaciones [sociales], interviniendo al mismo tiempo en su construcción” (Jodelet, 2008, p. 37). Este tipo de postura epistemológica permite pensar cómo, en los malestares presentados por la comunidad universitaria, se anudan diversas dimensiones para producir psicopatología. Así, al estudiante lo vemos en su dimensión de sujeto —articulado psicosocialmente— y no solo como un *sujeto pedagógico*, que se encasilla en lo académico (Follari, 2020). Con ello, se busca conocer de manera más amplia el contexto en el cual el estudiantado se encuentra, es decir, el espacio universitario, para comprender la dimensión institucional y organizacional que atraviesa a cada alumno, y cómo esto modula la salud mental y la vivencia propia.

El trabajo psíquico que se realiza en dispositivos plurisubjetivos no es idéntico al individual, puesto que operan otras lógicas que no están en la cura-tipo: el grupo, el vínculo entre

⁶ Estas dos características contemplan pensar los determinantes sociales, desigualdades y contextos institucionales que constituyen al sujeto y modulan la aparición de psicopatología.

los miembros de este y la singularidad de cada sujeto. La transversalidad y complementariedad permiten explicar lo común que puede atravesar a cada sujeto, pero en su singularidad: los discursos psíquicos y sociológicos son irreductibles, pero tienen una relación de complementariedad. De esta manera, un discurso social o institucional puede atravesar a los sujetos y producir algo común en ellos, pero la posición singular de cada uno le dotará de una impronta particular, una polifonía. La psicoterapia de grupo, por lo tanto, opera principalmente con el trabajo de la intersubjetividad: a partir de esto que es común, compartido y singular, el grupo se vuelve un espacio donde puede advenir el Yo,⁷ un proceso de subjetivación en el que el sujeto pueda dar cuenta de sus ataduras inconscientes e institucionales (Kaës, 2010). Estas últimas competirán al ámbito universitario puesto que, como comenta Villa Lever (2017), las normas, códigos, valores, condiciones y características de los espacios universitarios influyen, en gran medida, en la vivencia de quienes estudian allí. De esto último, diferenciamos institución de organización: la primera, es el conjunto de formas y estructuras sociales instituidas por leyes y costumbres que regulan las relaciones, preexisten al sujeto y se imponen (Castoriadis, 2013; De la Iglesia y Burlande, 2010; Kaës, 1989), mientras que las segundas se refieren a los establecimientos —escuelas, iglesias, empresas— con una función social, en los que se dan interacciones entre sus miembros, que tienen un espacio geográfico y virtual, y que son atravesadas por diversas instituciones (Kaës, 1989; Schvarstein, 1992).

7 Este Yo es comprendido desde la postura de Aulagnier (2010): un Yo más allá de sus funciones y defensas, un historiador que puede investir un futuro posible; un sistema abierto con posibilidad de cambio y en constante devenir.

Con estas consideraciones, se planteó el modelo de psicoterapia de grupo breve dividido en tres fases:

1. Fase inicial (sesiones 1 a 3). Se establece un diagnóstico con base en lo vincular, se analiza la agrupabilidad y el establecimiento del foco terapéutico.
2. Fase intermedia (sesiones 4 a 17). Las intervenciones se realizan con base en el foco, el análisis de las transferencias, y se posibilita el trabajo de intersubjetividad.
3. Fase final (sesiones 18 a 20). Se realiza el cierre, se consolidan procesos de subjetivación con base en el foco y se refiere a otro espacio psicoterapéutico (si lo amerita).

Durante los casi dos años que requiere la implementación del dispositivo grupal, diversas personas del alumnado han acudido, principalmente, por dos fuentes: 1) la psicoterapia se les ofrece a quienes están en la lista de espera del programa como otro tratamiento psicoterapéutico posible, y 2) han escrito para pedir informes y solicitar incorporarse al tratamiento. Hasta el momento, el modelo ha tenido avances significativos como otra forma de tratamiento, la mayoría de los participantes ha comunicado que pudo trabajar lo que los llevó a solicitar psicoterapia y que lo ha sentido como un espacio seguro.

Llama la atención que, en muchos de los grupos de psicoterapia, ha surgido el tema académico. Este es manifestado en formas y motivos de consulta como “reprobé todas las materias”, “nunca había reprobado”, “no puedo estudiar bien”, “problemas de procrastinación”, “no me siento suficientemente inteligente”, entre otras. Se han trabajado temas con respecto a la singularidad de estos motivos, tales como las dificultades que implica la separación de la familia, algo que influye en procesos

de simbolización necesarios para la universidad; las fantasías de omnipotencia respecto a *poder con todo*; las vicisitudes de elaborar el duelo de la adolescencia para pasar a la adultez.... Estas explicaciones, si bien apuntan a procesos inconscientes, se muestran limitadas.

Un tema que se ha presentado en diversas formas de enumeración en los grupos está relacionado con lo que Kaës (1989) menciona respecto al sufrimiento institucional. Este no se debe, puramente, a la historia personal de los sujetos dentro de la institución, está anclado a la red de vínculos y es producto de la vida institucional. A pesar de implicar sufrimiento para los sujetos, no son síntomas de la institución, pues esta los revela o controla. Así, una de sus formas puede ser un pacto negativo de silencio.

En uno de los grupos, uno de los integrantes preguntó a todos en qué semestre estaban, a lo cual, otro le respondió tajantemente: “Cultura en la Facultad: no se pregunta el semestre”. Al intentar indagar sobre esto, respondió visiblemente enojado y de manera muy particular:

Paciente 1. No, a ver, es que se ha entendido muy mal, no me gusta que se ahonde en eso, de verdad, es como solo una broma.

Psicoterapeuta. ¿Pero por qué te molesta?

Paciente 1. No acabo [...] No me está molestando a mí que esté dándole rollo a eso, ya dije... van como cuatro veces que dije no, es que es una broma, o sea, sabemos, todos sabemos aquí que es irregular, es... es por eso digo, es de verdad que es como una broma. O sea, ¿eres regular?

Paciente 2. Sí [risas].

Paciente 1.- [Enojado] Bueno, ¡felicidades! Eres regular.

De igual manera, en otro grupo, al hablar sobre en qué semestre iban, surgió el mismo tema, en palabras de uno de sus integrantes: “De eso no se habla...”. Al preguntar por qué, mencionó que es motivo de burla o de vergüenza. También, en otro de los grupos, al comenzar a cuestionar la idea del *buen estudiante*, los comentarios de los integrantes lo definían como “ser el mejor” y, al preguntar por qué, respondían que “así se dice aquí que así es”. Todas estas frases hablan de un orden institucional que coloca un pacto de negación: se sufre por el exceso de institución, su falta, sus fallas, en la posibilidad o no de realizar deseos, a la ambigüedad de ella. A esto, se adhiere a la dificultad de diferenciarse de la institución, dirá Kaës (1989): ya no saben si habla el estudiante o la institución. Todo esto es un más allá de lo meramente académico, pero también de lo personal. Así, los discursos o las defensas ante la revelación de los pactos de silencio no son solo por la dinámica intrapsíquica, sino por la vida en la universidad y los discursos, normas y mitos que genera dentro de ella. Si solamente colocamos el acento en una de ellas, no podemos vislumbrar la sobredeterminación de cada dimensión en el sufrimiento de quienes solicitan atención. De esta forma, reconocemos la multiplicidad y lo rizomático de la salud mental en un entorno universitario. Aunado a esto, los próximos pasos metodológicos incluyen entrevistas a directivos de la facultad, así como entrevistas grupales a docentes y a psicoterapeutas de Espora.

Conclusiones

Como se ha podido observar, las relaciones del psicoanálisis con otras disciplinas no han sido suficientemente exploradas. Por supuesto, hay varias experiencias que hablan de reflexiones epistemológicas y metodológicas para insertar el psicoanálisis en la interdisciplina, pero no son suficientes. Las miradas unidisciplinares todavía tienen un gran peso y esto lleva a explicaciones reduccionistas, sobre todo cuando se trata de temas complejos en los que la teoría psicoanalítica y su método se muestran insuficientes.

A partir del breve ejemplo, se puede observar cómo datos emanados de dispositivos distintos a la cura-tipo pueden dar otra mirada a fenómenos y brindar explicaciones que tomen en cuenta las relaciones de reciprocidad entre las dimensiones implicadas. No se pretende decir que la interdisciplinariedad es la panacea ni la forma de encontrar explicaciones totales, acabadas y universales. Más bien, opera para abrir otros objetos de conocimiento, nuevas preguntas, nuevos abordajes y, sobre todo, seguir reconociendo que la subjetividad es un tema de complejo abordaje en la investigación científica.

Referencias

- Assoun, P. L. (2001). *Introducción a la epistemología freudiana*. Siglo XXI Editores.
- Aulagnier, P. (2010). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Amorrortu Editores.
- Bachelard, G. (1989). *Epistemología*. Editorial Anagrama.
- Blazquez Graf, N. (2012). Epistemología feminista: temas centrales. En N. Blazquez Graf, F. Flores Palacios y M. Ríos

- Everardo (Coords.). *Investigación feminista: epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 21-38). Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Castel, R. (2014). *El psicoanalismo. El orden psicoanalítico y el poder*. Editorial Nueva Visión.
- Castoriadis, C. (2013). *La institución imaginaria de la sociedad*. Tusquets.
- De la Iglesia, M. y Burlande Paez, A. (2010). Estructura y dinámica del funcionamiento de las instituciones: democráticas, autogestivas y totales. En A. M. C. De Mezzano (Comp.). *Psicólogos institucionales trabajando. La psicología institucional en docencia, investigación y extensión universitaria* (pp. 219-235). Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1985). *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Editorial Paidós.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2002). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Editorial Pre-Textos.
- Díaz Iñigo, C. (2025). Una antropología sintiente para cuestionar el blanqueamiento. En C. Díaz Iñigo y N. de Marinis (Eds.). *Indisciplinar las emociones: Cuerpos y política en el quehacer antropológico* (pp. 63-84). Universidad de Guadalajara, Cátedra Jorge Alonso, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Cooperativa Editorial Retos.
- Fernández, A. M. (2006). *El campo grupal. Notas para una genealogía*. Editorial Nueva Visión.
- Fernández, A. M. (2021). *Psicoanálisis. De los lapsus fundacionales a los feminismos del Siglo XXI*. Editorial Paidós.

- Fiorini, H. J. (1995). *Teoría y técnica de psicoterapias*. Editorial Nueva Visión.
- Follari, R. (2015). Acerca de la interdisciplina: posibilidades y límites. *InterDisciplina*, 1(1), 111-130. <https://doi.org/10.22201/ceiich.24485705e.2013.1.46517>
- Follari, R. (2020). El sujeto en lo escolar. En A. Taborda, G. Leoza y A. Labi (Coords.). *Diálogos epochales en psicología educacional* (pp. 83-96). Nueva Editorial Universitaria.
- Fonagy, P. (2015). Epistemological and methodological issues on process and outcome research. En M. Leuzinger-Bohleber y H. Kächele (Eds.). *An Open Door Review of Outcome and Process Studies in Psychoanalysis* (3a. ed.) (pp. 41-80). International Psychoanalytical Association.
- Freud, S. (1984a). Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y neuróticos. En J. L. Etcheverry (trad.). *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 13, pp. 1-164). Amorrortu Editores. (Obra original publicada en 1913).
- Freud, S. (1984b). Dos artículos de enciclopedia: “Psicoanálisis” y “Teoría de la libido”. En *Obras Completas: Sigmund Freud* (J. L. Etcheverry, Trad.). (Vol. 18, pp. 227-254). Amorrortu Editores. (Obra original publicada en 1923).
- Freud, S. (1984c). Las resistencias contra el psicoanálisis. En *Obras Completas: Sigmund Freud* (J. L. Etcheverry, Trad.). (Vol. 19, pp. 223-238). Amorrortu Editores. (Obra original publicada en 1925).
- Freud, S. (1984d). Construcciones en el análisis. *Obras Completas: Sigmund Freud* (J. L. Etcheverry, Trad.). (Vol. 19, pp. 255-270). Amorrortu Editores. (Obra original publicada en 1937).
- González Rey, F. (1997). *Epistemología cualitativa y subjetividad*. EDUC Editora.

- Green, A. (2005). *La causalidad psíquica. Entre naturaleza y cultura*. Amorrortu Editores.
- Gutiérrez Brito, J. (2004). El método de investigación psicoanalítico y el proceso conversacional en la investigación social cualitativa. *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, (7), 77-98.
- Hornstein, L. (2024). *Clínica psicoanalítica. Del dogma al pensamiento crítico*. Editorial Letra Viva.
- Jodelet, D. (2008). El movimiento de retorno al sujeto y el enfoque de las representaciones sociales. *Cultura y Representaciones Sociales*, 3(5), 32-63. <https://www.culturayrs.unam.mx/index.php/CRS/article/view/535>
- Kaës, R. (1989). Realidad psíquica y sufrimiento en las instituciones. En R. Kaës, J. Bleger, E. Enríquez, F. Fornari, R. Fustier, R. Rousillon y J. P. Vidal. *La institución y las instituciones. Estudios psicoanalíticos* (pp. 15-67). Editorial Paidós.
- Kaës, R. (2010). *Un singular plural. El psicoanálisis ante la prueba del grupo*. Amorrortu Editores.
- Klein, J. T. (2017). Typologies of Interdisciplinary: The Boundary Work of Definition. En R. Frodeman (Ed.). *The Oxford Handbook of Interdisciplinarity* (pp. 21-34). Oxford Handbooks.
- Laplanche, J. (1989). *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria*. Amorrortu Editores.
- Leuzinger-Bohleber, M. y Kächele, H. (2015). *An Open Door Review of Outcome and Process Studies in Psychoanalysis*. (3a. ed.). International Psychoanalytical Association.
- Lourau, R. (1975). *El análisis institucional*. Amorrortu Editores.
- Pavón-Cuéllar, D. y Orozco Guzmán, M. (2017). Estudios psicosociales: entre el psicoanálisis, la psicología crítica y todo lo demás. *POLIS*, 13(2), 139-163.

- Pombo, O. (2015). Epistemología de la interdisciplinariedad. La construcción de un nuevo modelo de comprensión. *InterDisciplina*, 1(1), 21-49. <https://doi.org/10.22201/cei-ich.24485705e.2013.1.46512>
- Santamaría Ambriz, R. (2002). Acerca del método psicoanalítico de investigación. *Universidades*, (23), 49-63.
- Schvarstein, L. (1992). *Psicología social de las organizaciones. Nuevos aportes*. Editorial Paidós.
- Sosa Torralba, J. E., Romero Mendoza, M. P., Blum Grynberg, B. y Zarco Torres, V. (2021). Malestar depresivo en jóvenes universitarios: impacto de un modelo de psicoterapia breve focalizada con orientación psicoanalítica. *Apuntes de Psicología*, 38(2), 91-101. <https://www.apuntesdepsicologia.es/index.php/revista/article/view/791>
- Thomä, H. y Kächele, H. (1989). *Teoría y práctica del psicoanálisis. I. Fundamentos*. Editorial Herder.
- Villa Lever, L. (2017). Los espacios universitarios asimétricos: configuración de nuevos mecanismos de desigualdad. En L. Villa Lever, A. Canales Sánchez y M. Haumi Sutton. *Expresiones de las desigualdades sociales en espacios universitarios asimétricos* (pp. 153-219). Universidad Nacional Autónoma de México, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.
- Wallerstein, I. (2007). *Abrir las ciencias sociales*. Siglo XXI Editores.

FENOMENOLOGÍA EN INVESTIGACIÓN CUALITATIVA EN SALUD: FUNDAMENTOS PARA LA PRÁCTICA

Raúl Fernando Guerrero Castañeda
Cinthia Elizabeth González Soto
Jonathan Alejandro Galindo Soto

Introducción

La fenomenología se ha convertido en un método cada vez más utilizado en las disciplinas del área de la salud, pues es un camino que permite explorar las vivencias de los fenómenos de este ámbito, el cuidado y el sentido del ser, a partir de la interpretación viva y personal de quien experimenta el fenómeno, así como de un investigador cuya labor es construir esa interpretación.

El propósito fundamental de la fenomenología es la descripción del contenido noemático que despierta el campo de la vivencia como una determinación esencial del conocimiento, a través de un método desarrollado específicamente por el fundador de esta corriente filosófica, Edmund Husserl (Mansilla *et al.*, 2021; Zurita, 2023). En la actualidad, la fenomenología se ha convertido en una expresión generalizada no solo como filosofía en una determinada forma de interpretar la realidad, sino como un método muy popular entre investigadores para explorar los significados de las vivencias y experiencias de otras disciplinas, entre las que destaca la enfermería. En esta,

se ha despertado un interés muy particular por su utilización en investigaciones empíricas para comprender fenómenos del cuidado a través de un método fenomenológico (Acosta, 2022; Guerrero-Castañeda y González, 2022), en un camino de métodos desarrollados a partir del original, el cual está enfocado en la descripción ampliada y desarrollada de los fenómenos.

Esto ha llevado a desviar el camino de los elementos esenciales de la fenomenología en sus razones filosóficas y epistemológicas. Incluso, han emergido ciertos aportes que, aunque fenomenológicos en el discurso, en el método y en la filosofía pierden el sentido de abrirse realmente a los fenómenos, permitiendo que estos se expresen y manifiesten de forma natural, por el contrario, parece que se guían a la luz de presupuestos. Si bien las corrientes posteriores a Husserl emanciparon el camino de los presupuestos como forma de comprender la realidad del fenómeno e interpretarlo (Navarro, 2021; Richir y Suárez Astaiza, 2023), también es cierto que siempre es necesaria la *epojé* que permite al investigador tener una noción de reflexividad ante sus interpretaciones direccionalizadas a sus propias convicciones.

La fenomenología, justamente como disciplina filosófica con un método propio, permite describir y comprender una realidad de manera circular y concreta. Puede definirse como una perspectiva epistemológica desde el estudio de los contenidos de la conciencia y sus aspectos formales; es decir, el estudio de la estructura de la experiencia con un enfoque intencional orientado hacia las esencias (Nogueira y Albertoni, 2020). Para lograr este objetivo, se planteó la reducción fenomenológica que consiste en situarse en el plano existente y describir la aparición o el darse de un fenómeno como origen del conocimiento.

Cuando la fenomenología se retoma como método de investigación empírica, se busca comprender la complejidad del

ser humano en el camino de los acontecimientos que construyen su experiencia, tomando en cuenta que dicho fenómeno se manifiesta de manera intencional; es decir, todo tiene un significado y nada se manifiesta sin este. El rol del investigador fenomenólogo en salud será el de comprender e interpretar dichos significados, atendiendo a una actitud fenomenológica concorde con los principios, no solo metodológicos, sino epistemológicos (Guerrero-Castañeda y González, 2022).

Esto manifiesta claramente algunas evidencias que pueden mostrar ciertas situaciones presentes entre los principios básicos de la fenomenología y su manejo en investigaciones relacionadas con el área de la salud, así como sus retos. Con ello, se coadyuva a la adherencia a la fenomenología para el desarrollo de futuros proyectos de investigación dentro de la ciencia, particularmente de la enfermería. Con base en lo anterior, los autores de este texto se han permitido unir dicha trayectoria fenomenológica que busca evitar una ciencia decadente que pueda ser caracterizada por un empobrecimiento conceptual y metodológico con desarticulación epistemológica, pero también con pluralismo metodológico disperso que puedan conducir a una fragmentación del fenómeno y a una crisis de la subjetividad desapegada del compromiso real con la vivencia de la persona que experimenta su realidad.

Principios fundamentales de la fenomenología

La fenomenología es un método que emerge como corriente filosófica con el mismo nombre. Su objetivo primordial es descubrir la esencia de un fenómeno o, lo que es lo mismo, lo que se manifiesta, eso es un fenómeno: “aquellos que se muestra a conciencia de primera intención” (Heidegger, 2024).

Considerando ello, los investigadores en enfermería (cuya disciplina tiene como objetivo el cuidado como esencia del ser) requieren comprender que el fenómeno aparece en las experiencias de un ser humano en su relación con el mundo vivido en primera persona (Acosta, 2022; Souza *et al.*, 2022). Dicho de otra forma, si se quiere comprender la experiencia de una pérdida desde la fenomenología, no se busca la intensidad de la pérdida o su medición en conceptos predefinidos, sino el cómo una persona da significado a dicha pérdida, cómo la experimenta, teniendo en cuenta la manifestación de sus elementos significativos en la conciencia de esa persona, de ahí puede de emerger su descripción, sus afecciones, su influencia en la percepción de su realidad. Podrá emerger *quizá* desesperanza, sensación de vacío, desafío, entre otros. Ahora bien, pongamos especial atención en el *quizá* que se enfatiza porque se enmarca como varias respuestas a priori; sin embargo, la esencia subjetiva de la vivencia va más allá de lo previo.

En tal sentido, es necesario dejar de lado todas las preconcepciones que se poseen sobre el tema que se va a abordar con la finalidad de descubrirlo tal y como se manifiesta (Bolio, 2012; Mendieta-Izquierdo *et al.*, 2015), lo que abre la puerta a las formas de su conocimiento desde quien lo vive y experimenta. De esta forma, la perspectiva fenomenológica propone superar las percepciones sobre algo del mundo como construido por la percepción, y propone que se comprenda el ser en su posibilidad de significar, entendiendo así este mundo vivido.

El investigador fenomenológico debe tener un espíritu interpretativo, adoptar una postura y un método en el que no hay interpretación del mundo a partir de convicciones o que considere lo que existe como verdadero; el cuidado en este mundo es siempre el mundo de lo vivido y experimentado por quien

interpreta, situación que coloca a la persona que lo vive en primer lugar y al investigador en una postura de aprehender sobre ese mundo. De esta forma, la enfermería permitirá incorporar el método inductivo, reflexivo y crítico en los estudios fenomenológicos del cuidado y la salud, considerando como concepto clave la apertura a la manifestación del fenómeno (Naranjo-Hernández y González-Bernal, 2021; Rubio y Arias, 2013). De modo que buscará el sentido del fenómeno, mediante la interpretación de lo que encierra ese mundo vivido más allá de las interpretaciones subjetivas de lo que se observa. Y es en este proceso interpretativo que el investigador debe asumir su papel de intersubjetividad en la que el yo se construye sobre la base de las relaciones que se establecen con la persona de cuidado.

Razones metodológicas en investigación fenomenológica

Este capítulo, con toda certeza, busca presentar una serie de recomendaciones prácticas para la construcción de un planteamiento fenomenológico que puede llegar a ser un proyecto. La fenomenología, como se ha revisado hasta ahora, es una forma de conocimiento que se basa en la descripción y el análisis de las experiencias tal y como se presentan en la conciencia de las personas, cuyo fin es comprender el cómo y el por qué acontecen, entendiendo el acontecer como su representación significativa.

Como la idea es abordar recomendaciones metodológicas subyacentes a la corriente fenomenológica, se puede enunciar que esta es un método que tanto las ciencias de la salud como las ciencias sociales están tomando con mucha importancia, de manera que se construyen investigaciones en las que emergen, en definitiva, realidades subjetivas. Esta es la razón fundamental de su aplicación y es válido mencionarlo, pues una crítica

sustancial es ese carácter subjetivo. Esto se logrará con un aprehender del investigador sobre el discurso del otro, a diferencia de aquellos métodos de investigación en los que el investigador demuestra cómo se generan los fenómenos o cómo se perciben.

Al incorporar la fenomenología, se plantea un desafío sustancial: el metodológico, pues el principio que rige el método fenomenológico es la teoría del conocimiento y el abordaje de Husserl que se fundamenta en el método trascendental (Araujo, 2021; Bravo, 2022; Husserl, 2009; Navarro, 2021). Es decir, un conocimiento que se construirá a la luz de sus manifestaciones (Araujo, 2021), desafiando incluso cualquier principio ya existente; es la frase frecuente: “esto no coincide con la teoría” lo que señala que la experiencia vivida es la razón de ser y que puede cuestionar la realidad actual.

La realidad que se aborda es la interna, la interpretativa de la persona no frente al fenómeno, sino como parte de él: el ser humano se convierte en uno con el mundo, en palabras de Heidegger (2022), es el *Dasein* o *ser-ahí*, arrojado en el mundo, viviéndolo desde su ser. Esto claro que va a crear dudas en el investigador, pues desde las concepciones positivistas o incluso algunas cualitativas el conocimiento se construye con base en una realidad externa del conocimiento.

Hasta este punto, es imprescindible tomar un referente filosófico como marco y, además, metodológico para el desarrollo de una investigación empírica del cuidado de enfermería (Gil y Yamauchi, 2014; Guerrero *et al.*, 2019). Al no considerar ello o abordarlo solo como una perspectiva del mundo, se pueden perder importantes elementos de la realidad vivida y corren el riesgo de presentarse bajo esquemas ya predeterminados.

Estudios como el realizado por Álvarez-Muñoz y Barrios-Casas (2024) buscan develar la percepción del cuidado de

enfermería por parte de personas trans en los centros de salud chilenos. Exploraron las experiencias de inclusión, respeto y las barreras enfrentadas con base en la orientación de la fenomenología social de Alfred Schütz, la cual estudia cómo las experiencias individuales adquieren significado en un contexto intersubjetivo, con especial atención en la percepción del cuidado de enfermería desde la vivencia de personas trans.

Otro ejemplo es el del estudio realizado por Osorio García (2021), quien se basó en la fenomenología hermenéutica de Martin Heidegger, que busca comprender el significado del ser en su contexto y su relación con el mundo. Se enfatizó el concepto del *Dasein*, es decir, la existencia del ser en el mundo y su interacción con otros en el proceso de enseñanza y cuidado.

Ahora bien, en ocasiones, los investigadores retoman teorías específicas o de rango medio para explorar el fenómeno. Esto representa un riesgo sustancial, pues el fenómeno no aparece o se manifiesta tal como es, sino que se conduce desde su orientación inicial hasta el análisis bajo conceptos ya definidos que ponen en riesgo la interpretación sobre preconceptos, lo cual no es acorde, epistemológica, filosófica o metodológicamente, con este enfoque de investigación. Cuando el investigador busca la experiencia de un fenómeno con la fenomenología, pero lo quiere observar y, por lo tanto, analizar a la luz de supuestos de una teoría, hay una dirección total y no una actitud fenomenológica. Se puede citar, por ejemplo, el trabajo de Álvarez Muñoz y Rivas Riveros (2023), quienes buscaban describir la percepción de los profesionales de enfermería sobre los cuidados durante el proceso de destete ventilatorio (*weaning*), con base en los principios teóricos de Kristen Swanson. Si bien citan a Husserl en la premisa metodológica, la visión del fenómeno se orientó con criterios teóri-

cos predeterminados, lo que restringió la expresión total del fenómeno manifestado.

Esta es una de las situaciones que se debe cuidar con la esencia de la fenomenología, pues *tematizar* ciertos aspectos del fenómeno que se pretende investigar puede llevar, incluso, a desvíos del modelo fenomenológico y a una saturación de un enfoque semántico que describe la esencia del objeto y que, de alguna manera, predisponga pistas que evidencien la vivencia en preconceptos propios de los investigadores. Dichas situaciones impiden captar la esencia real del fenómeno que se investiga.

De la finalidad y de las formas de acceso a la experiencia en fenomenología

Un segundo punto que se debe considerar es la razón de los objetivos. Al respecto, Gil y Yamauchi (2014) mencionan que en investigaciones empíricas fenomenológicas no se establecen objetivos definidos desde el inicio, pues, si se busca la experiencia vivida desde la persona que la vive, esta situación avanza en la reflexión fenomenológica. A diferencia de los enfoques positivistas, los proyectos fenomenológicos no pueden establecer objetivos estrictamente definidos desde el inicio. La fenomenología busca comprender las experiencias vividas desde la perspectiva de las personas (De los Reyes *et al.*, 2019), lo que implica que el problema de investigación y sus objetivos se ajustan conforme avanza la misma, razón por la cual, estos deben formularse con una mayor apertura, y evitar la fragmentación en objetivos específicos que limiten la exploración del fenómeno.

Verbos como comprender, interpretar o develar son clásicos en estudios fenomenológicos, pero también resultan un tanto

complejos a ojos de investigadores positivistas, pues, para este paradigma, una realidad es difícil de ser comprendida, así como también, la acción de interpretar, puede llevar a la confusión del investigador con sus convicciones; por otro lado, develar, resulta aún más complejo complejo; al menos esa es la visión reduccionista del positivismo, sin embargo, para la fenomenología es un deber epistemológico comprender e interpretar.

La fenomenología de Husserl y Heidegger alberga, en general, aspectos de la comprensión e interpretación (Soto y Vargas, 2017). Para el primero, la *epojé* resulta clara para abrirse a descripciones nuevas sobre los fenómenos y la elaboración de un entendimiento de su esencia en la vivencia (Husserl, 2015; Lambert, 2006). Por otro lado, Heidegger lleva la fenomenología a un enfoque ontológico, esto es, que afecta claramente la estructura de la esencia; el punto teórico previo se desvía hacia el reconocer la cotidianidad del ser (Heidegger, 2022), misma que debe ser desvelada de todo lo que envuelve el lenguaje; por ello, en la fenomenología de Heidegger la interpretación es la clave para acceder al modo de ser auténtico.

Acosta Materan (2022) y Mujica Stach (2022) enfatizan que la comprensión es esencial en la fenomenología y se centra en la vivencia de las personas y en cómo estas construyen el significado desde su experiencia. Mencionan, también, que el acto de interpretar emerge como parte del análisis de dicha experiencia: cuando se comprende algo es cuando se logra interpretar, y se integra la experiencia para darle significado y colocarla en un marco amplio desde la perspectiva de quienes lo viven.

De los Reyes Navarro y colaboradores (2024) destacan, claro está, que el concepto de develar en fenomenología hace alusión a hacer visible lo que está oculto en la experiencia subjetiva. Este proceso es, básicamente, a través del cual el investigador

fenomenológico busca llegar a la esencia del fenómeno a partir del discurso. Es importante señalar que no se busca explicar desde las causas, sino permitir que el fenómeno emerja. En este proceso destacan los criterios de intencionalidad, en la que la conciencia siempre se dirige hacia algo: la subjetividad, pues el fenómeno de estudio se logra mediante una construcción personal, así como la vivencia, que es el acto de experimentar el fenómeno en primera persona.

Bajo estas premisas, develar es permitir que el fenómeno se muestre en su esencia, sin interpretaciones reduccionistas. La experiencia en la conciencia es un proceso intencional y subjetivo, en el que el sujeto construye significados a partir de su vivencia personal. Para ello, pueden revisarse los trabajos de Arévalo-Venegas y Castiblanco-López (2021), Osorio García (2021), y Álvarez-Muñoz y Barrios-Casas (2024), quienes utilizan el acto de develar para llegar a esa esencia de las experiencias.

En este sentido, queda claro que se busca suspender juicios previos sobre el fenómeno que se investiga (*epojé*). A partir de lo anterior, el propósito tiene una relación estrecha con la pregunta orientadora, la cual resulta también ser amplia y abierta como para permitir la exploración libre del fenómeno.

Al referirse a la pregunta orientadora, podría decirse que es el camino de apertura al mundo vivido (Guerrero-Castañeda, Prado, Kempfer y Vargas, 2017). La concepción de la pregunta debe orientar, justamente, a plantear la *epojé* del tema investigado y debe dar cuenta de la relación del yo del investigador con el yo de la persona que vive la realidad del mundo.

Heidegger (2022) deja en claro que el plantear una pregunta sobre el mundo es abrirse a su problemática interpretativa que se orienta a la ontología del ser, es un camino circular en

torno a la esencia del ser en ese mundo de significados, lo que retorna al investigador a la realidad originaria o autenticidad del ser. De esta forma, se está en la comprensión de la conciencia de la persona y en cómo esta estructura la realidad a partir de su relación íntima.

Preguntas como ¿cuál es la vivencia personal en cuanto a la enseñanza del cuidado a los estudiantes en el contexto actual de los centros asistenciales? (Osorio, 2021) o ¿cuál es el significado y la experiencia de pertenecer a un grupo de apoyo? (Cantillo-Medina *et al.*, 2023) tienen esa formulación que podría llamarse prerreflexiva con la que el investigador se abre al mundo. En muchos proyectos, la pregunta orientadora es la pregunta de investigación y es la misma que se utiliza propiamente en la entrevista con las personas; se utiliza, además, el concepto de pregunta detonadora.

La pregunta abre el camino a la reflexión del investigador, quien lo recorrerá en un sentido reflexivo una vez que ha delimitado su objeto de estudio o fenómeno que va a explorar. La pregunta orientadora guiará esa reflexión como proceso discursivo y hermenéutico para profundizar, primero, en su descripción detallada sin premuras o conceptos previos que conduzcan el fenómeno a conveniencia y, posteriormente, en la comprensión destacando los elementos esenciales de la experiencia como vivencia.

Hasta este momento, el referente fenomenológico, el objetivo y la pregunta son elementos que, a la luz de la práctica fenomenológica, son esenciales para comprender la salud y el cuidado en sus diversas manifestaciones. El investigador debe comprender que filosofía es método y método es filosofía, así como ese conocimiento resulta válido para ser científico en

función de su rigurosidad, pero también en sentido epistemológico, pues destaca la realidad del ser en su mundo.

El hecho de reconstruir el fenómeno a la luz de los datos emergentes es realmente un arte y una ciencia. En sentido estricto, la complejidad de la vida en las experiencias es un acto de aprehender todo suceso o evento de la cotidianidad de la persona que se estudia en función del fenómeno con todos sus detalles, colores, texturas y dimensiones. Eso ya constituye un trabajo creativo del investigador y un arte en el sentido de que la misma intencionalidad de la conciencia dirigida de la persona se torna un movimiento que debe tejerse en significados vividos. Es una ciencia, pues tiene un carácter riguroso, tal como lo manifestaba Husserl, hacer de la fenomenología una ciencia estricta.

En ese arduo camino, los investigadores fenomenológicos aprendemos que la realidad es dinámica (Uribe, 2014; De los Reyes *et al.*, 2019), que se construye a partir de la conciencia y que realmente estamos abiertos al mundo en su diversidad de dimensiones. Si bien el término *epojé* no constituye demeritar o rechazar el conocimiento existente sobre un fenómeno en particular, sí permite abrirse a nuevas interpretaciones de dicha realidad para comprender el mundo tal como es vivido, mediante la argumentación y aportación a lo ya conocido con nuevas construcciones estructuradas. En dicho sentido, la ciencia se compone de conocimiento que se considera válido en función de su rigurosidad (De los Reyes *et al.*, 2019; Ojeda *et al.*, 2019), pero también se acepta que las formas de aprehender de esa realidad pueden ser abordadas desde diferentes métodos y no precisamente reducidas a siempre ser interpretadas bajo premisas ya existentes.

Debe admitirse, además, que profundizar en este método y ofrecer una línea por demás práctica es trabajar bajo un terre-

no, si bien robusto, también árido, pues sus fundamentos realmente destacan en que su esencia es, justamente, no pretender ser una receta dada y, mucho menos, estandarizar el actuar fenomenológico en la metodología solamente. Todo investigador debe tener un sentido de intuición y de apertura para poder, por un lado, respetar los criterios epistemológicos, filosóficos y metodológicos, pero también en sentido del diseño, y eso involucra la selección de las personas en la riqueza de sus descripciones sobre el fenómeno, motivo por el cual la selección intencional intensiva puede ser de gran apoyo.

En cuanto a la cantidad, realmente lo que da el sentido a la experiencia vivida es la riqueza de su descripción. El trabajo de Guerrero-Castañeda, Prado, Kempfer y Vargas (2017) recuerda que se busca, de alguna forma, la saturación de significados en función de cuándo el investigador considera que se ha comprendido el fenómeno con los elementos que han emergido de los discursos. Por otro lado, Curotto (2018) se refiere al concepto de saturación fenomenológica que se sintetiza, que es cuando el fenómeno tiene una intensidad que excede la capacidad del sujeto de constituirlo plenamente, transformando la experiencia en algo que rebasa los límites de la percepción y el entendimiento tradicionales. De tal forma que retorna al hecho de que no puede ser reducido a conceptos, que excede toda categoría presente y que es difícil de definir racionalmente. Estos términos pueden resultar complejos, pero responden a la situación precisa en que el fenómeno ha sido comprendido, en todo caso, se debe considerar que son las personas participantes quienes dan sentido al fenómeno y es este el que determina a la persona.

Para poder profundizar en ello y alcanzar esa comprensión, es preciso señalar que la fenomenología es un método caracte-

rístico que se inserta, sí, en la investigación cualitativa (Ojeda de Muriel *et al.*, 2019), pero que tiene sus propia metodología y diseño en función de ciertos aspectos esenciales. Así, para profundizar en las experiencias vividas, en investigación empírica, surgió la entrevista fenomenológica como medio para comprender la esencia de los fenómenos. Ya los aportes de algunos investigadores (Guerrero-Castañeda, Menezes y Ojeda-Vargas, 2017; Joaquim *et al.*, 2020; Ramos *et al.*, 2022) dan cuenta de su enfoque en la investigación en salud. Según los autores mencionados, la entrevista supone ese diálogo abierto y sin estructuras rígidas que no sigue un guion cerrado, sino que se adapta a las características de cada encuentro, lo que permite que el participante construya libremente, a partir de la exploración profunda de la experiencia subjetiva, el fenómeno.

Su característica, entonces, es que se centra en el significado que las personas le atribuyen a su experiencia y el investigador se convierte en un instrumento que permitirá ahondar en cada detalle descriptivo para construir el fenómeno. Hay evidencia de que se han utilizado entrevistas semiestructuradas o estructuradas en sus estudios de investigación en salud, tal es el caso de Santana-Padilla y colaboradores (2019), Rodríguez-García (2019), e Hidalgo-Andrade y Martínez-Rodríguez (2019), solo por citar algunos.

Sin embargo, estas técnicas de entrevista presentan algunas debilidades, pues no permiten la profundidad y espontaneidad de la experiencia, y presentan una cierta conducción hacia lo que se quiere saber del fenómeno y no lo que realmente este es. El investigador debe permitir y, además, motivar en este encuentro un ambiente de confianza, evitar indagar sobre sus convicciones personales, así como procurar no interrumpir o categorizar la experiencia sin considerar su esencia primaria.

El investigador fenomenológico debe considerar que la entrevista fenomenológica es una herramienta poderosa en la investigación en salud y cuidado, pues permite acceder al significado profundo de las experiencias de las personas al tener un enfoque abierto, reflexivo y empático que permita comprender de forma más auténtica y profunda el fenómeno de interés.

Hasta este apartado, se ha tratado de dar un poco de luz sobre aspectos específicamente prácticos en la realización de una investigación fenomenológica, asumiendo que cada estudio está atravesado por circunstancias particulares que pueden ser consideradas siempre teniendo en cuenta las premisas epistemológicas y metodológicas del método fenomenológico.

Se vuelve necesario que el investigador viva y adopte la actitud fenomenológica, y determine sus formas de conducción para saber cómo piensan, sienten y actúan las personas en sus experiencias cotidianas.

La intervención de la fenomenología en investigación puede ser considerada como una investigación cualitativa-interpretativa, que permite describir cómo es esa realidad en las personas que la experimentan.

Se espera que este texto pueda orientar sobre aspectos esenciales y básicos de la fenomenología en investigaciones en salud y cuidado. Para ello, es conveniente sintetizar su valor en el campo de conocimiento disciplinar, así como la riqueza de la subjetividad. Se invita a los investigadores a no depender única y exclusivamente de la fenomenología desde la metodología cualitativa, sino desde sus orígenes, profundizando y adentrándose en la gama de referentes en la corriente fenomenológica para comprender cómo reflejan las ideas en torno a sus campos de exploración en el ser humano, pero siempre considerando las premisas fundamentales originarias.

La rigurosidad de los estudios fenomenológicos dependerá del ser humano o sujeto cognosciente que trabaja y que debe dejar a la luz su creatividad en el terreno de la filosofía, pero también sus estrategias de cuidado en la conducción, de tal forma que se guarde esa coherencia epistemológica, teórica y metodológica que envuelve los diseños fenomenológicos.

Conclusiones

La fenomenología en salud permite explorar la vivencia subjetiva de las personas en fenómenos de salud y cuidado, mediante el énfasis de la experiencia vivida más allá de construcciones predeterminadas. El método fenomenológico como tal debe mantenerse fiel a conceptos y fundamentos filosóficos que son su base, evitando con ello desviar al investigador y fragmentar los fenómenos o conducirlos bajo principios ya dados.

La *epojé*, la entrevista fenomenológica y el proceso de comprensión e interpretación de los fenómenos son la clave para acceder a ese fenómeno libre de conceptos previos y abierto a las posibilidades de manifestación en sus elementos que permitirán constituir su esencia.

Asimismo, el riesgo de tener teorías de mediano rango en estudios fenomenológicos puede conducir el fenómeno hacia la interpretación bajo la mirada de aquellas premisas y no dejar que emerja tal como es.

Por tal motivo, queda como recomendación fundamental el hecho de que la fenomenología no sea solamente una técnica metodológica, sino un enfoque que permita unir sus conceptos fundamentales y permita acceder a los fenómenos del cuidado y la salud de una forma profunda y enriquecedora.

Referencias

- Acosta Materan, B. E. (2022). Fenomenología y hermenéutica un gran atractivo de investigación en Enfermería. *Salud, Arte y Cuidado. Revista Venezolana de Enfermería y Ciencias de la Salud*, 15(1), 59-62. <https://doi.org/10.5281/zenodo.7063451>
- Álvarez Muñoz, E. y Rivas-Riveros, E. (2023). Cuidado de enfermería durante el proceso de extubación: desde la teoría de Kristen Swanson. *Horizonte de Enfermería*, 34(3), 577-593. https://doi.org/10.7764/Horiz_Enferm.34.3.577-593
- Álvarez-Muñoz, E. y Barrios-Casas, S. (2024). Nursing care as perceived by trans persons: a phenomenological approach. *Revista Cuidarte*, 15(3). <https://doi.org/10.15649/cuidarte.3767>
- Araujo, L. M. (2021). O método transcendental fenomenológico e os elementos possibilitadores da experiência pura do mundo da vida. *Kínesis. Revista de Estudos dos Pós-Graduados em Filosofia*, 13(34), 308-322. <https://doi.org/10.36311/1984-8900.2021.v13n34.p308-322>
- Arévalo-Venegas, C. E. y Castiblanco-López, N. (2021). Estudio fenomenológico: soy padre y entré al parto, ¡fue un sueño hecho realidad! *Enfermería Universitaria*, 18(1), 16-28. <https://doi.org/10.22201/eneo.23958421e.2021.1.870>
- Bolio, A. P., (2012). Husserl y la fenomenología trascendental: perspectivas del sujeto en las ciencias del siglo XX. *Reencuentro. Análisis de Problemas Universitarios*, (65), 20-29. <https://www.redalyc.org/pdf/340/34024824004.pdf>
- Bravo González, J. (2022). Los motivos de la fenomenología en la obra de Husserl. *Devenires*, 23(46), 39-64. <https://www.publicaciones.umich.mx/revistas/devenires/ojs/article/view/830>

- Cantillo-Medina, C. P., Rodríguez-Vélez, M. E. y Ramírez-Perdomo, C. A. (2023). Habitantes de calle y el significado de pertenecer a un grupo de apoyo. *Index de enfermería*, e14483. <https://doi.org/10.58807/indexenferm20236215>
- Curotto, E. (2018). Acerca de la saturación o de una fenomenología —¿más allá?— del límite. *Escritos de Filosofía*, (6). <https://plarci.org/index.php/escritos/article/view/585>
- De los Reyes Navarro, H. R., Rojano Alvarado, Á. Y. y Araújo Castellar, L. S. (2019). La fenomenología: un método multidisciplinario en el estudio de las ciencias sociales. *Pensamiento y Gestión*, 47, 203-223. <https://doi.org/10.14482/pege.47.7008>
- Gil, A. C. y Yamauchi, N. I. (2014). Elaboração do projeto na pesquisa fenomenológica em enfermagem. *Revista Baiana de Enfermagem*, 26(3). <https://periodicos.ufba.br/index.php/enfermagem/article/view/6613>
- Guerrero-Castañeda, R. F. y González Soto, C. E. (2022). Experiencia vivida, Van Manen como referente para la investigación fenomenológica del cuidado. *Revista Ciencia y Cuidado*, 19(3), 112-120. <https://doi.org/10.22463/17949831.3399>
- Guerrero-Castañeda R. F., Menezes, T. M. O. y Ojeda-Vargas M. G. (2017). Características de la entrevista fenomenológica en investigación en enfermería. *Revista Gaúcha de Enfermagem*, 38(2):e67458. <http://dx.doi.org/10.1590/1983-1447.2017.02.67458>
- Guerrero-Castañeda, R. F., Menezes, T. M. O. y Prado, M. L. (2019). Phenomenology in nursing research: reflection based on Heidegger's hermeneutics. *Escola Anna Nery*, 23(4). <https://doi.org/10.1590/2177-9465-ean-2019-0059>
- Guerrero-Castañeda, R. F., Prado, M. L., Kempfer, S. y Vargas, M. (2017). Momentos del proyecto de investigación fenomenológico.

- gica en enfermería. *Index de enfermería*, 26(1-2), 67-71. https://scielo.isciii.es/scielo.php?pid=S1132-12962017000100015&script=sci_arttext
- Heidegger, M. (2022). *El ser y el tiempo*. Fondo de Cultura Económica.
- Heidegger, M. (2024). *Los problemas fundamentales de la fenomenología. Volumen 20 de Colección de las primeras obras de Martin Heidegger*. Minerva Heritage Press.
- Hidalgo-Andrade, P. y Martínez-Rodríguez, S. (2019). Barreras y recursos para cuidar: un abordaje cualitativo fenomenológico a la realidad del cuidador formal. *Medicina paliativa*, 26(2), 113-119. <https://doi.org/10.20986/medpal.2019.1045/2019>
- Husserl, E. (2009). *La filosofía, ciencia rigurosa*. Encuentro.
- Husserl, E. (2015). *La idea de la fenomenología*. Fondo de Cultura Económica.
- Joaquim, F. L., Silva, R. M. C. R. A., Pereira, E. R., Camacho, A. C. L. F. y Melo, S. H. S. (2020). Percebendo o outro: relato de experiência sobre a entrevista fenomenológica. *Research, Society and Development*, 9(5), e55953175. <https://doi.org/10.33448/rsd-v9i5.3175>
- Lambert, C. (2006). Edmund Husserl: la idea de la fenomenología. *Teología y Vida*, 47(4). <https://doi.org/10.4067/soo49-34492006000300008>
- Mansilla Sepúlveda, J., Huaiquián Billeke, C.A., Vásquez Burgos, K.R. y Nogales-Bocio, A. (2021). La fenomenología de Edmund Husserl como base epistemológica de los métodos cualitativos. *Revista Notas Históricas y Geográficas*, 1-25. <https://www.revistanotashistoricasygeograficas.cl/index.php/nhyg/article/view/310>
- Mendieta-Izquierdo, G., Ramírez-Rodríguez, J. C. y Fuerte, J. A. (2015). La fenomenología desde la perspectiva hermenéutica.

- tica de Heidegger: una propuesta metodológica para la salud pública. *Revista Facultad Nacional de Salud Pública*, 33(3), 435-443. <https://doi.org/10.17533/udea.rfnsp.v33n3a14>
- Mujica-Stach, A. M. (2022). Competencias investigativas en el abordaje de la Fenomenología social y la Sociocrítica. *Educ@ción en Contexto*, 8(16), 133-152. <https://educacionencontexto.net/journal/index.php/unia/article/view/187>
- Naranjo-Hernández, Y. y González-Bernal, R. (2021). Investigación cualitativa, un instrumento para el desarrollo de la ciencia de Enfermería. *Revista Archivo Médico de Camagüey*, 25(3). http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1025-02552021000300015&lng=es&tlang=es
- Navarro Fuentes, C. A. (2021). La fenomenología como filosofía crítica para el estudio de la realidad inmediata. *Humanidades*, 11(1), e45064. <https://doi.org/10.15517/h.viiil.45064>
- Nogueira, T., y Albertoni, L. (2020). ECP y fenomenología: aproximaciones entre comprensión empática y reducción fenomenológica; no dirección y epoché. *Revista Espacio ECP*, 1(1), 16-30. <https://www.revistaespacioecp.com/revistaespacioecpvolumen1/enfoquecentradoenlapersonayfenomenologia>
- Ojeda de Muriel, N., Ortega, M. y Morillo, N. (2019). La fenomenología en el mundo investigativo. *Revista Internacional de Investigación y Formación Educativa*. <https://www.ensj.edu.mx/wp-content/uploads/2019/07/6.-La-fenomenolog%C3%A9n-en-el-mundo-investigativo.pdf>
- Osorio García, M. (2021). Vivencia de las profesoras de enfermería en la enseñanza del cuidado. *Identidad Bolivariana*, 5(1), 1-17. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/8377981.pdf>
- Ramos, C. M., Pacheco, Z. M. L., Oliveira, G. S., Salimena, A. M.O. y Marques, C. D. S. (2022). Entrevista fenomenológica como ferramenta de pesquisa em enfermagem: reflexão

- teórica. *Revista de Enfermagem do Centro-Oeste Mineiro*, 12. <https://doi.org/10.19175/recom.v12i0.3778>
- Richir, M. y Suárez Astaiza, J. A. (2023). La apercepción transcendental inmediata y su descomposición en fenomenología. *Eikasia Revista de Filosofía*, 115, 319-370. <https://doi.org/10.57027/eikasia.115.632>
- Rodríguez-García, M. C. (2019). Percepción de los estudiantes del Grado en Enfermería sobre su entorno de prácticas clínicas: un estudio fenomenológico. *Enfermeira clínica*, 29(5), 264-270. <https://doi.org/10.1016/j.enfcli.2018.10.004>
- Rubio Acuña, M. y Arias Burgos, M. (2013). Fenomenología y conocimiento disciplinar de enfermería. *Revista Cubana de Enfermería*, 29(3), 191-198. http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0864-03192013000300005&lng=es&tlng=es
- Santana-Padilla, Y. G., Santana-Cabrera, L., Bernat-Adell, M. D., Linares-Pérez, T., Alemán-González, J. y Acosta-Rodríguez, R. F. (2019). Necesidades de formación detectadas por enfermeras de una unidad de cuidados intensivos: un estudio fenomenológico. *Enfermería intensiva*, 30(4), 181-191. <https://doi.org/10.1016/j.enfi.2019.05.001>
- Soto Núñez, C.A. y Vargas Celis, I. E. (2017). La fenomenología de Husserl y Heidegger. *Cultura de los Cuidados*, 21(48). <http://dx.doi.org/10.14198/cuid.2017.48.05>
- Souza, I. E. O., Alves, V. H., Padoin, S. M. M., Crossetti, M. G. O. y Vieira, L. B. (2022). ¿Por qué fenomenología y/en Enfermería? *Revista Gaúcha de Enfermagem*, 43. <https://doi.org/10.1590/1983-1447.2022.20220270.es>
- Uribe Fernández, M. L., (2014). La vida cotidiana como espacio de construcción social. *Procesos Históricos*, (25), 100-113. <https://www.redalyc.org/pdf/200/20030149005.pdf>

Zurita Periñán, J. (2023). Aproximaciones al problema de la historia en el marco de la fenomenología tardía de Edmund Husserl. *Revista Hodos*, 12(2), 128-138. <https://doi.org/10.32997/rh-2023-4919>

LA FACULTAD DE PSICOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO: ENTRE MÉTODOS

Zuraya Monroy Nasr

Introducción

En este capítulo examinaremos las principales concepciones metodológicas que han estado presentes y vigentes en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en las últimas décadas. Esto, con el propósito de comprender cómo se han desarrollado y han influido en la formación de estudiantes y futuras profesionistas de la psicología. Es menester iniciar con una revisión sucinta de la historia de la disciplina ya que nos permitirá comprender, también, el surgimiento de la psicología en nuestro país y el desarrollo de la disciplina en nuestra facultad.

Hemos de reconocer que no son muchos los trabajos historiográficos que nos permiten acceder, especialmente, al desarrollo de la psicología en México y en nuestra facultad. Sin embargo, el contexto histórico es muy importante para la comprensión de lo realizado en nuestro país, así como de las vías seguidas en la Facultad de Psicología. Por ello, iniciamos con un breve recorrido histórico que permita dar sentido a las decisiones curriculares.

El surgimiento de la psicología

Antes de la segunda mitad del siglo XIX, la psicología como disciplina científica no existía. Lo que se encuentra es el estudio filosófico de ideas psicológicas en diversos autores a lo largo del desarrollo de esta disciplina. Sin adentrarnos en las ideas de lo psicológico en autores antiguos como Platón o Aristóteles, tomamos el siglo XVII como punto de partida y mencionamos que filósofos tan distintos como Descartes, Locke, Kant y Comte se unen en la idea de que lo psicológico no podía ser estudiado con los métodos de la ciencia moderna, debido a la naturaleza subjetiva del alma racional, también entendida como mente.

No obstante, en el siglo XIX y a pesar de las muchas objeciones filosóficas, la psicología empezó a constituirse como una disciplina independiente de la filosofía y que se aproximaba a la ciencia por la vía fisiológica. Para muchos, esto fue interpretado como su surgimiento. Suele datarse el nacimiento de la psicología científica con la inauguración del laboratorio de psicología experimental de Wilhem Wundt, en Leipzig, en 1879. Sin duda, este cambio radical implicó una transformación tanto epistémica como metodológica.

De alguna manera, el argumento de los filósofos anteriores respecto al carácter subjetivo de la psicología parecía haberse superado. No obstante, la discusión acerca de lo subjetivo como propio de la psicología ha sido reiterada durante décadas y puede decirse que aún subsiste. Por supuesto, la metodología con la que se estudia una psicología subjetiva no puede ser ni remotamente semejante a la de una psicología objetiva como la que se pretendía ya desde el siglo XIX.

Vale la pena detenernos para reflexionar, brevemente, acerca de esta imperiosa necesidad de abandonar la subjetividad

por parte de algunas tradiciones de pensamiento psicológico. Es importante subrayar que no todas las concepciones pretendieron dicho abandono. En la psicología europea tenemos como ejemplos el psicoanálisis y la epistemología genética.

En primer lugar, hay que considerar la influencia de la epistemología empirista que no surge en la modernidad, pero que se desarrolla para explicar el origen del conocimiento científico durante este periodo filosófico. El empirismo sostiene, de forma más o menos radical según el autor al que se refiera, que el origen del conocimiento está en la experiencia. Esta aproximación suele entenderse como la que nos permite conocer objetivamente. Empero, como lo desarrollaré después, el empirismo puede conducir a interpretaciones completamente subjetivas en términos epistemológicos, e idealistas en términos ontológicos.

El segundo aspecto que debemos tener en consideración es la filosofía positivista de Augusto Comte que, en el siglo XIX, procuraba explicar los estadios por medio de los cuales el espíritu humano adquiría una comprensión de la realidad superior. Así, del estadio teológico en el que predomina la imaginación por encima de la razón, lo que se observa es una explicación anclada a lo sobrenatural y lo religioso. El estadio metafísico supera, de acuerdo con Comte, los agentes sobrenaturales, pero los cambia por realidades abstractas (como son la sustancia, la esencia o el propio ser). El último estadio es el positivo y en este se reconoce la imposibilidad de conocer las causas últimas y se procura, por medio de leyes entendidas como relaciones entre variables, mostrar “*cómo*, suceden los fenómenos” (Guedán, 2001, p. 14).

Durante el siglo XIX, diversas disciplinas de corte más social se independizaron de la filosofía, al igual que lo hicieron

desde el siglo XVII las disciplinas naturales (como la física, la química y la biología). Tal fue el caso de la antropología, la economía, la sociología y la psicología. El paradigma por seguir era el de la física que, desde Galileo, Descartes y Newton, se había convertido en una disciplina no solo capaz de explicar, sino también de transformar el mundo natural.

Pese a ello, desde que la psicología surgió como disciplina independiente ha sido sometida a reiterados cuestionamientos que Pierre Gréco resume cuando dice que: “Esa es la desgracia del psicólogo: nunca está seguro de ‘hacer ciencia’. Y si la hace, nunca está seguro de que sea psicología” (1972, p. 19). La polémica ha girado en torno a la naturaleza de la psicología en cuanto a dos temas fundamentales: los métodos experimentales y el empirismo adoptados por la psicología desde sus inicios en el siglo XIX y hasta hoy.

El surgimiento de la psicología en México

Germán Alvarez (2011) examina algunos interesantes antecedentes relativos al surgimiento de nuestra disciplina en México. Este autor se refiere al papel que los Institutos Científicos y Literarios tuvieron en el país desde los años veinte del siglo XIX. Alvarez reúne diversas investigaciones que dan cuenta de cómo, en varios de estos institutos, se impartieron cátedras de psicología desde mediados de dicho siglo. Entre los ejemplos que nos brinda está el del Instituto Literario de Zacatecas, donde Teodosio Lares, en los años cuarenta, impartió dicha cátedra por primera vez en el país. Luego de citar otros ejemplos, Germán Alvarez concluye que “Estas reliquias históricas hasta donde han sido analizadas, parecen ser hechos aislados e intrascendentes, como la vigencia e impacto de las institucio-

nes donde ocurrieron” (2011, p. 17). A esto cabría agregar que la psicología que se impartía estaba enmarcada por la filosofía y no por la psicología que se independizó de la primera décadas después.

Para abordar el surgimiento de la psicología en nuestro país, seguiré las dos primeras etapas de la periodización propuesta por Edgar Galindo en 2004, a saber:

1. un período de formación que va de 1896 a 1958;
2. un período de expansión que se inicia en 1959 y se mantiene por lo menos hasta 1990;
3. el período actual, a partir de 1990.

El llamado período actual lo abordaré en la sección siguiente, con una aproximación propia, con el surgimiento de la Facultad de Psicología en la UNAM.

Periodo de formación (1896 a 1958)

A la pregunta acerca del inicio de la psicología en México, los estudiosos del tema “coinciden que fue en 1896 con la creación de la cátedra de psicología en el plan de estudios de la Escuela Nacional Preparatoria” (Alvarez, 2011, p. 26). Se ha considerado que fue Ezequiel A. Chávez quien, con este curso, trajo a México la psicología moderna. Fue también quien tuvo la iniciativa de impartir, en esta institución, las cátedras de psicología y de moral. Él mismo señala que “con la enseñanza independiente de psicología y de moral fui nombrado profesor fundador de ellas” (Chávez, 1968, p. 20). En esa época, Gabino Barreda había encargado a Chávez realizar una corrección pedagógica en los planes de estudio para la preparatoria. Cabe señalar que

Ezequiel A. Chávez estudió inicialmente filosofía, aunque finalmente realizó los estudios de jurisprudencia y fue allí donde presentó su examen profesional (Soto *et al.*, 1981).

Por otra parte, años más tarde se abrió la primera cátedra de psicología en la, entonces recién inaugurada, Escuela de Altos Estudios (abril de 1910), que se convirtió, años después (en 1924), en la Facultad de Filosofía y Letras. Es importante señalar que las tradiciones psicológicas desarrolladas a principios del siglo XX tanto en Europa como en los Estados Unidos ya lo hacían con la perspectiva científica de la época.

Esta primera cátedra de psicología fue impartida por el filósofo y psicólogo estadounidense James Mark Baldwin, quien trajo el debate ya presente entre filósofos, científicos y los nuevos psicólogos. Por su parte, Baldwin se había formado tanto en filosofía como en psicología (Curiel, 1962). Sus intereses tenían que ver con aspectos individuales y sociales, así como con la comprensión del papel de la evolución para el aprendizaje).

A partir de 1924, la psicología en México fue acogida por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Sin embargo, fue hasta 1938 cuando se empezó a impartir el posgrado en psicología en esta institución. Las concepciones predominantes ya incluían a Wundt, a Külpe (escuela de Würzburgo) y a Freud, por el lado de la psicología alemana. También hubo influencia de la psicología francesa con autores como P. Janet, Piéron y Ribot.

Participaban, además del licenciado E. Chávez, Enrique Aragón y José Gómez Robleda (psiquiatras), así como José Luis Curiel (filósofo). Justamente, José Gómez Robleda —quien estuvo en diversos cargos en el Servicio de Investigación Psicológica y Antropológica del Departamento de Psicopedagogía e Higiene de la Secretaría de Educación Pública, así como en el Servicio de Psicofisiología y en el Instituto de Investigación So-

cial de la UNAM— impulsó estudios de la biotipología mexicana. Con ello, se procuraba conocer los indicadores propios del estudiantado mexicano en el marco del laboratorio y la experimentación, la psicopedagogía y la higiene, como señala Alejandra Stern (2000).

Antes de concluir este apartado, me permito hacer algunas observaciones. Por una parte, observamos que, de manera similar al origen de la psicología en Europa, en el siglo XIX, la psicología llegó a México impulsada por filósofos. En México, no fueron los fisiólogos, sino los médicos psiquiatras quienes abogaron por el desarrollo de la nueva disciplina. De manera interesante, la psicología tuvo nexos importantes con la educación y con la clínica. En cuanto a esta última, fueron psicólogos, psiquiatras y psicoanalistas quienes iniciaron su desarrollo. Si bien el psicoanálisis se distingue de la psiquiatría, la presencia de Erich Fromm en México acercó a muchos psiquiatras al psicoanálisis.

Cabe recordar aquí que, en 1949, Erich Fromm llegó a México (Gleason, 2016). Aunque inicialmente lo hizo por razones personales, no tardó en ser invitado por un grupo de psiquiatras para participar en un curso de psiquiatría. Esta fue la puerta para otras actividades, como la formación de psiquiatras como psicoanalistas, algunos de los cuales fueron analizados por él.

También, en el período formativo se desarrolló una gran cantidad de pruebas psicométricas que, desde 1916, se tradujeron y adaptaron (Galindo, 2004). Cabe señalar que, en las décadas de los cuarenta y cincuenta, la psicología en México se presentó como algo que se debate entre la psicometría, el psicoanálisis y la psiquiatría. Observemos, entonces, que los estudiantes del período formativo de la psicología fueron instruidos

por filósofos psiquiatras y psicoanalistas, y que la psicométria le daba una dimensión metodológicamente cuantitativa.

Período de expansión (1959 a 1990)

El inicio de este período lo marcó la fundación de la carrera de psicología en la UNAM (Curiel, 1962). La psicología en México, ochenta años después de haber surgido como disciplina independiente, empezó a ser reconocida en su especificidad y también como una profesión. No obstante, pasó más de una década para que institucionalmente la Licenciatura en Psicología abandonara la Facultad de Filosofía y Letras, y obtuviera su propia entidad. Fue el doctor Curiel, como consejero técnico del Colegio de Psicología en la Facultad de Filosofía y Letras, quien promovió la carrera profesional del psicólogo. Aunque su procedencia era la filosofía, él propuso la creación de un laboratorio psicológico para la nueva carrera. Había el antecedente de un gabinete psicológico que el doctor Enrique O. Aragón había instalado en la casa de Mascarones, cuyos aparatos fueron utilizados más para demostraciones que para investigación y terminaron perdidos en alguna mudanza.

El período de expansión también implicó transformaciones importantes a nivel nacional. Galindo (2004) las señala:

Tan sólo de 1960 a 1987, el número de escuelas y departamentos de psicología pasa de 4 a 66 y el de estudiantes de psicología se incrementa de 1,500 a 25,000; por lo que hace a los campos de investigación, si en 1960 no había ninguno sistemático, en 1989 se cubre una gama muy amplia, que va desde la investigación básica con animales hasta serios estudios en psicología social y de la persona-

lidad, educativa y del desarrollo, clínica e industrial, así como interesantes disertaciones sobre problemas teóricos y metodológicos de nuestra ciencia.

El surgimiento de la Facultad de Psicología de la UNAM y la formación metodológica

La Facultad de Psicología se creó en 1973 y con ello se reconoció, institucionalmente, la independencia de la disciplina al separarse de la Facultad de Filosofía y Letras, en la que se había desarrollado por poco más de cincuenta años. De las diversas formas de pensarse como ciencia, los fundadores de esta facultad diseñaron un plan de estudios en el que, predominantemente, se proponía el estudio de los procesos psicológicos como fenómenos bajo una perspectiva empirista y con la metodología que se emplea para estudiar los fenómenos naturales.

La psicología europea ya no era la referencia principal y, dada la colaboración con universidades y centros de investigación estadounidenses, la psicología en México se desarrollaba bajo la influencia dominante de la psicología experimental y el conductismo. Es significativo que el doctor José Cueli (psiquiatra y psicoanalista) fuera el último director del Colegio de Psicología de la UNAM con esa profesión, en el periodo de 1969 a 1973. El predominio de los psiquiatras-psicoanalistas cambió a partir de ese momento.

El denominado Plan de estudios 71 (ya vigente cuando se inauguró la Facultad de Psicología) estuvo estructurado, en gran medida, a imagen y semejanza de la psicología experimental, en la que las principales perspectivas fueron el conductismo,

la psicología cognoscitiva, la psicología social de orientación estadounidense, y la aproximación psiquiátrico-psicométrica (Galindo, 2004). Metodológicamente, estas concepciones predominantes favorecieron una formación cuantitativa.

Para comprender mejor la ruta seguida para llegar a este plan de estudios en el marco de la psicología, consideremos lo que señala Víctor Guedán. Este autor resume muy bien lo que sucede en la psicología a principios del siglo XX. Para la física, en este período en el cual aparecieron la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica, no era un problema reconocer, como parte de sus objetos de estudio, entidades inobservables; para la psicología, esto sí era un gran problema dada la concepción empirista dominante y su malentendida objetividad.

Como se mencionó antes, uno de los principales objetivos del positivismo de Comte era la superación de nociones metafísicas a favor de un saber positivo. No obstante, para los físicos ni el inobservable átomo, ni otras partículas eran entendidas como entidades metafísicas, sino teóricas. De esta forma,

mientras que, por ejemplo, la psicología iba, poco a poco, arrumbando nociones tales como “mente”, “conciencia” o “intencionalidad”, los físicos introducían las de “átomo”, “electrón” o “fotón”, sin disponer de verdaderos fundamentos empíricos para sostener su existencia real, y sólo porque tales conceptos permitían resolver cuestiones importantes para su ciencia. (Guedán, 2001, p. 17)

Al inicio del capítulo, mencionamos que para el empirismo el origen del conocimiento está en la experiencia. Esta aproximación suele entenderse como la que nos permite conocer objetivamente. No es de extrañar, entonces, que se haya adoptado

esta epistemología como la que garantizaría el conocimiento científico. Sin embargo, hay un equívoco importante en cuanto a lo que se pretende como *objetividad* a partir de una visión empirista.

Lo que los empiristas sostienen es que, si bien la experiencia del sujeto es la que lo aproxima al conocimiento, digamos, del mundo externo, en realidad, lo que este tiene es conocimiento de los datos que ha recibido por medio de la experiencia sensible. Esto significa que el objeto (extramental) no se conoce como tal. Con esa información se construyen, primero, las ideas simples y, luego, las complejas. Debido a eso, filósofos empiristas radicales como Hume son también escépticos. Así, el conocimiento que nos brinda la experiencia no es seguro ni verdadero (en cuanto a una realidad extramental) y, cuando mucho, alcanza una certeza práctica adquirida por medio del hábito, por ejemplo.

Pese a la subjetividad del empirismo y a pesar de haber estado tan cerca de la filosofía que conceptualmente tiene otras opciones, a los psicólogos les ha parecido que éste, heredado de la psicología experimental anglosajona, asegura la *objetividad* del conocimiento. Junto con el empirismo, la psicología se enveredó por un camino inductivista más bien estrecho. Esta visión privilegia lo cuantitativo, lo probabilístico, y rechaza la importancia del papel de las hipótesis y las teorías para el conocimiento científico. Podemos observar que esto es muy diferente a lo que ha sucedido con disciplinas como la física (que juega en la primera división de la ciencia) y que ha apostado por un importante desarrollo con entidades y principios teóricos que no dejan de ponerse a prueba empíricamente, construyendo, así, las explicaciones científicas de sus fenómenos.

La perspectiva empirista e inductivista se ha acompañado de una visión metodológicamente cuantitativa. Una muestra de ello es que, en el Plan de estudios 71, se impartían cuatro asignaturas de matemáticas en los primeros cuatro semestres de la licenciatura. Se consideraba que serían básicas y útiles para otras asignaturas como la Psicometría (para el Área Clínica) o para la formación de los estudiantes de Psicología Social, así como para la formación de los psicólogos experimentales.

El plan de estudios de la Facultad de Psicología, desde los años setenta y hasta que se aprobó el nuevo plan en 2008, tuvo un predominio de la formación experimental de la psicología y cierta hegemonía de la concepción conductista. Sin embargo, también en los setenta, hubo un acontecimiento inesperado que modificó la vida académica en la facultad, al menos en el Área Clínica. Me refiero a la incorporación de psicoanalistas argentinos que llegaron huyendo del golpe militar en su país.

Aunque el plan de estudios no cambió, la presencia de docentes con la formación psicoanalítica transformó el ambiente académico. Hubo profesores y alumnos insatisfechos con las concepciones conductista y funcionalista que se acercaron al psicoanálisis bajo las aproximaciones de los recién llegados.

La Dra. Bertha Blum, de origen argentino, ya radicaba en México y era docente de la Maestría en Psicología Clínica. Ella invitó a incorporarse a destacados psicoanalistas como Marie Langer, Ignacio Maldonado y Armando Bauleo. Por su parte, también se incorporaron Néstor Braunstein y Jaime Winkler, así como Frida Saal (en la licenciatura). Cabe señalar que no solo llegaron psicoanalistas argentinos, sino también psicólogos chilenos, como Myrna Jara y Arcalaus Coronel Araneda, que aportaron una perspectiva dialéctica a la psicología social que se enseñaba con una aproximación funcionalista. También,

la psicología social recibió la contribución del psicoanálisis con la introducción de la enseñanza acerca de grupos operativos.

Desde 1956, el Grupo Mexicano de Estudios Psicoanalíticos se había constituido en la Sociedad Mexicana de Psicoanálisis y, en 1963, se creó el Instituto Mexicano de Psicoanálisis en marzo de 1963. La llegada de los psicoanalistas argentinos coincide con un cambio en la Asociación Psicoanalítica Internacional (y, en consecuencia, con la Asociación Psicoanalítica Mexicana), que aceptaba para formación psicoanalítica no solo a médicos, sino a doctores en psicología.

A partir de 1973, el psicoanálisis se concentró en el Área Clínica de la licenciatura, donde impartían clases psicoanalistas frommianos, y en la del posgrado, en la que los psicoanalistas freudianos participaron como docentes. El plan de estudios no cambió oficialmente hasta junio de 2007 (luego de siete años de esfuerzos colectivos para lograrlo). La gran transformación de este consistió en reconocer la heterogeneidad en las concepciones teóricas y metodológicas de la psicología.

Al extenderse cada semestre el Plan de estudios 2008, se enseñaron de forma equitativa las que se denominaron *tradiciones de pensamiento psicológico*, y con ellas se reconocieron diferentes objetos de estudio, así como métodos diversos para investigarlos. Cabe señalar que en dicho plan se adoptó y adaptó lo que Larry Laudan (importante filósofo contemporáneo de la ciencia) llamó “tradición de investigación”. Laudan definió *tradición* como “un conjunto de supuestos acerca de entidades y procesos en un dominio de estudio, así como un conjunto apropiado de métodos que se utilizan para investigar los problemas y construir las teorías de ese dominio” (1977, p. 81). De esta forma, los primeros cuatro semestres (Área de Formación General) se conformaron por cinco tradiciones: cognosciti-

va, comportamiento y adaptación, psicosocial, psicodinámica y psicobiológica.

Podemos considerar que esto significó una apertura a la metodología cualitativa, especialmente, para la investigación en los campos de la clínica y de lo psicosocial. Esta metodología ya se utilizaba en otras disciplinas (como la antropología) y amplió su alcance en las investigaciones del posgrado, sobre todo, en tesis doctorales.

Antes de concluir, quiero ejemplificar esta apertura con dos textos utilizados para la enseñanza de métodos de investigación. En el libro de Sellitz y colaboradores (1976), encontramos que, luego de un par de capítulos acerca del proceso de investigación y la formulación de un problema, se tratan estudios exploratorios y descriptivos, la revisión de la experiencia y la recolección de datos. Se continúa con esquemas experimentales y cuestiones acerca de la medición. No es sino hasta el último capítulo, el 14, en el que se relaciona la observación con la teoría. Tampoco se considera la dimensión cualitativa, sino más bien estadística.

En cambio, en 2014, Hernández Sampieri y colaboradores, desde la primera parte de su utilizado libro, ya refieren los enfoques cuantitativo y cualitativo, y dedican sendos capítulos a ambos o a cada uno de ellos. Sin duda, se muestra una perspectiva y aceptación de la metodología cualitativa que, en las últimas décadas del siglo pasado, no se encontraba.

Finalmente, hago una breve reflexión epistemológica en cuanto a esta metodología que suele asociarse no sólo con el empirismo, sino con la fenomenología, que es una concepción radical acerca de la experiencia del sujeto. Así, aunque ambas aproximaciones metodológicas, la cuantitativa y la cualitativa, guardan una importante relación con el empiris-

mo, la cualitativa admite la dimensión subjetiva como fundamental y necesaria.

A manera de conclusión

La heterogeneidad de la disciplina psicológica es evidente, pero no siempre se ha reconocido y aceptado. En la Facultad de Psicología, en nombre de un malentendido sentido de *objetividad*, se han admitido o intentado excluir objetos de estudio y tradiciones psicológicas. Digo *intentado* porque los profesores y estudiantes siempre han encontrado formas de romper esas exclusiones. Me he referido a la historia de la psicología y su surgimiento en México, así como en la Facultad de Psicología de la UNAM, con perspectivas empíricas que le vienen de origen.

En los últimos años, desde un plan de estudios *nuevo* o *modificado*, observamos que no se ha cuestionado a fondo el papel del empirismo en la construcción del conocimiento científico. Para ello, el marco de la historia y filosofía de la ciencia sería de gran beneficio. No obstante, al menos se ha dado una apertura y transformación que ha implicado aceptar otra aproximación metodológica con sus objetivos, propósitos y posibilidades de enriquecer el conocimiento producto de la ciencia psicológica.

Agradecimiento

Al proyecto CF-2023-G-96 en el cual participe como investigador colaborador, con sede en el Instituto de Ciencias Aplicadas y Tecnología, UNAM.

Referencias

- Álvarez, G. (2011). *Hitos y mitos de la psicología mexicana en el porfiriato*. Facultad de Psicología, Dirección General de Asuntos del Personal Académico, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Chávez, E. (1968). *¿De dónde venimos y a dónde vamos?* Asociación Civil Ezequiel A. Chávez.
- Curiel, J. L. (1962). *El Psicólogo. Vocación y formación universitaria*. Porrúa.
- Galindo, E. (2004). Análisis del desarrollo de la psicología en México hasta 1990: con una bibliografía *in extenso*. *Psicología para América Latina*, (2). https://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-350X2004000200004
- Gleason, T. (2016). Erich Fromm en México. *Revista BiCentenario. El ayer y hoy de México*, (27).
- Gréco, P. (1972). Epistemología de la psicología. En J. Piaget (Ed.). *Epistemología de las ciencias humanas* (pp. 11-65). Proteo.
- Guedán, V. L. (2001). La noción de paradigma y su aplicación a la psicología. En Pedro Chacón Fuertes (Ed.). *Filosofía de la psicología* (pp. 11-46). Biblioteca Nueva.
- Hernández Sampieri, R., Fernández Collado, C. y Baptista Lucio, P. (2014). *Metodología de la investigación*. McGraw Hill, Interamericana Editores.
- Laudan, L. (1977). *Progress and its problems: Towards a theory of scientific growth*. Routledge.
- Sellitz, C., Jahoda, M., Deutsch, M. y Cook, S. W. (1976). *Métodos de investigación en las relaciones sociales* (pp. 17- 663). Ediciones Rialp.
- Soto, E., Russo, S., Patiño, G., Ramírez A. M., Alvarez, G. y Aréchiga, S. (1981). Licenciado Ezequiel Adeodato Chávez

- Lavista. En G. Alvarez y Molina, J. (Eds.). *Psicología e historia* (pp. 67-77). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Stern, A., (2000) Mestizofilia, biotipología y eugenésia en el México posrevolucionario: hacia una historia de la ciencia y el Estado, 1920-1960. *Relaciones*, 21(81), 59-91.

LA METODOLOGÍA CUALITATIVA COMO CATALIZADOR EN EL ESTUDIO DE LA SALUD MENTAL

Rosa María Ramírez de Garay
Lilian G. Delgado-Espejel

Introducción

El primer estudio de investigación cualitativa del que se tiene registro es el de Durkheim sobre el suicidio, realizado en 1897. El sociólogo francés buscaba respuestas sobre cómo la sociedad influía en la vida de las personas. Si bien sus conclusiones sobre la sociedad normal y anormal hoy serían problemáticas, resalta que fue el primero en abordar un tema de salud mental mediante un estudio cualitativo. Durkheim se preocupó por entender y operacionalizar cómo los eventos externos afectan a un individuo al grado de internalizarlos y quitarse la vida (Durkheim, 1897/2018). A la par de que estas preguntas surgían en la investigación académica en la época de Durkheim, el mundo vivía una transformación tecnológica y mecánica con el desarrollo acelerado de la industria, por lo que los datos duros, los números eran aceptados y codiciados para producir resultados. Sin embargo, otras disciplinas como la antropología incorporaron los métodos cualitativos para obtener información valiosa que permitiera la comprensión de lo que se vivía en el mundo en esa época (Thyer, 2009).

En este texto, nos interesa hacer una propuesta sobre la importancia y función de la investigación cualitativa en el estudio de la salud mental, siendo esta una de las principales afecciones y causas de morbilidad y mortalidad en el mundo y en nuestro país. Queremos resaltar la importancia de lo cualitativo dentro de este campo y su capacidad explicativa y comprensiva en términos complejos. Para ello, proponemos un panorama del estado actual de la salud mental en México. Las estimaciones más conservadoras, antes de la pandemia por covid-19, señalaban que al menos 5% de cualquier población se ve afectada por los trastornos mentales más graves como las psicosis, la discapacidad intelectual, las demencias, la dependencia de drogas y alcohol, y la depresión grave (Patel, 2014). Traducido a números absolutos, esto significó al menos entre trescientos y cuatrocientos millones de personas afectadas a nivel mundial, de las cuales, la gran mayoría, vive en países en desarrollo.

Otros estudios, a nivel mundial y después de la pandemia, muestran un crecimiento a la impactante cifra de un billón de personas con algún trastorno mental (The Lancet Global Health, 2020). Según el Banco Mundial, en 2019 en México, la tasa de mortalidad por suicidio era de 5.3 por cada cien mil habitantes. Entre 2023 y 2024, hubo un incremento, pues se elevó de 6.2 a 6.8 (Comisión Nacional de Salud Mental y Adicciones, 2024). El análisis más detallado del comportamiento suicida, especialmente entre las juventudes, indica que entre 2017 y 2021, las mujeres de 20 a 29 años mostraron un incremento de 44% en la tasa de suicidios, mientras que, en el mismo grupo de edad, los hombres tuvieron un aumento de 27% (Valdez-Santiago *et al.*, 2023).

Los datos de la Encuesta Nacional de Salud y Nutrición (Ensanut) (Romero-Martínez *et al.*, 2022) indican que una cantidad considerable de adolescentes y adultos en México han ex-

perimentado algún tipo de ideación suicida. En adolescentes, 7.6% ha pensado en suicidio, y 6.5% ha intentado suicidarse en algún momento de su vida, (Ramírez-Toscano *et al.*, 2023). El reporte de sintomatología depresiva es notable en adultos mayores, entre los que alcanza 38.3% (Vázquez-Salas *et al.*, 2023). Estas cifras son aún más preocupantes en el caso de las mujeres de entre 20 y 59 años, en las que casi un cuarto de la población (21.5%) reporta síntomas depresivos, a diferencia de 11.4% de hombres de la misma edad (Vázquez-Salas *et al.*, 2023). Sin embargo, la tasa de incidencia de suicidio es mayor en hombres jóvenes, lo que hace emerger múltiples preguntas a las que habrá que aproximarse con respuestas narradas que exploren el pensar y el sentir de estas poblaciones, es decir, a través de la investigación cualitativa.

Finalmente, destacamos el papel del consumo de sustancias como factor de riesgo de trastornos del ánimo y la salud mental. Datos de la Encuesta Nacional de Consumo de Drogas, Alcohol y Tabaco 2016 indican un aumento en el consumo de alcohol y drogas, especialmente entre hombres (Instituto Nacional de Psiquiatría, 2017). La Ensanut (Romero-Martínez *et al.*, 2022) revela que casi la mitad de la población mayor de 10 años (40.4%) reportó consumo excesivo de alcohol en el último año. Es significativo notar que también el consumo excesivo en adolescentes de 10 a 19 años fue 13.9% en 2023 (Ramírez-Toscano *et al.*, 2023). La situación del consumo de sustancias psicoactivas en México se agrava aún más dado que solo una de cada cinco personas con problemas de consumo recibe tratamiento (Naciones Unidas México, 2023).

Genealogía de los métodos cualitativos en el estudio de la salud mental

El uso de métodos cualitativos en la investigación en salud mental a nivel mundial ha evolucionado significativamente a lo largo del siglo XX y principios del XXI. Esta evolución refleja un cambio gradual en la comprensión de la salud mental, pasando de un modelo puramente biomédico a uno más holístico que reconoce la influencia de los factores sociales, culturales y experienciales.

Justamente en la transición de siglo, los trabajos pioneros de Sigmund Freud (1900/2011; 1901/1991) y Carl Jung (1912/1922)—aunque no estrictamente cualitativos en el sentido contemporáneo— sentaron las bases para un enfoque más interpretativo de la salud mental. Sus estudios de caso detallados y el análisis de narrativas personales marcaron el inicio de una tradición que valoraba la experiencia subjetiva que más adelante se desarrollará en este contexto. Posteriormente, el trabajo de Gregory Bateson (1972) y el del grupo de Palo Alto en California fue fundamental porque, además de estudiar por medio de observación al paciente y sus familias, hicieron un análisis detallado de interacciones, en el que introdujeron métodos cualitativos en el análisis de los trastornos mentales e innovaron al tener como objeto de estudio aquello que se va produciendo en las interacciones sociales.

En este sentido, Ronald Laing (1964/2015), en el Reino Unido, y Thomas Szasz (1961/1994), en Estados Unidos, cuestionaron los paradigmas dominantes en psiquiatría, como la medicalización y la exclusión del individuo enfermo. Sus trabajos impulsaron el uso de métodos cualitativos para explorar las experiencias subjetivas de las personas diagnosticadas con enfermedades mentales. De ahí que la antropología médica

emergiera como un campo importante y se ampliara. Arthur Kleinman (1977), en Harvard, realizó estudios transculturales sobre la depresión con métodos etnográficos, y demostró cómo las manifestaciones de los trastornos mentales varían según el contexto cultural.

Paralelamente, encontramos el trabajo de Kathy Charmaz (1991) sobre la experiencia de la enfermedad crónica en el que utilizó métodos cualitativos para el estudio de la salud mental. Además, el psiquiatra John Strauss (1989) argumentó a favor de la integración de métodos cualitativos en la investigación psiquiátrica para observar la complejidad de la experiencia vivida en la enfermedad mental. Como se ha narrado, el origen de la investigación cualitativa en salud —del que se tiene registro— y su evolución sucedieron en las culturas occidentales. No obstante, es imperativo mencionar los estudios de Vikram Patel (2014), en India, quien ha utilizado métodos cualitativos para desarrollar intervenciones culturalmente apropiadas y escalables en entornos del sur global.

En Latinoamérica, el origen puede estar en las tradiciones de la medicina tradicional milenaria y comunitaria, que surgieron como respuesta a las realidades socioeconómicas y políticas únicas de la región. En Brasil, durante los años ochenta, el movimiento de reforma psiquiátrica conocido como Luta Antimanicomial (Lucha Antimanicomial) incorporó métodos cualitativos para documentar las experiencias de los pacientes en instituciones psiquiátricas. Esto fue crucial para impulsar políticas de desinstitucionalización y atención comunitaria (Lüchmann y Rodrigues, 2007).

Desde la perspectiva de la salud pública, el bienestar y la salud son producto de redes interdependientes cuyos elementos interactúan de maneras dinámicas y emergentes, producen

resultados que no son meramente la suma de las interacciones y que priorizan el contexto cultural. En este sentido, las interacciones sociales desempeñan un papel crucial en la configuración de la salud y el bienestar de las personas y las comunidades. Es decir, la producción de salud se da dentro de la dinámica de los sistemas complejos que, de acuerdo con Capra y Luisi (2014), están en constante evolución y cada interacción puede provocar cambios significativos en el sistema en su conjunto.

Las interacciones entre individuos, así como las que ocurren dentro de instituciones y comunidades, crean un entramado social en el que emergen patrones de comportamiento que influyen y construyen la salud mental y física (Patel, 2014). Estas interacciones pueden facilitar la transmisión de normas sociales y comportamientos saludables o, por el contrario, propiciar la propagación de comportamientos de riesgo y enfermedades (Rocha *et al.*, 2010). La falta de interacción social y el aislamiento, por ejemplo, han demostrado estar relacionados con un aumento en los problemas de salud mental, mientras que las redes de apoyo pueden actuar como un factor protector, fomentando la resiliencia y el bienestar (Medina-Mora *et al.*, 2023).

Qué entendemos por métodos cualitativos

Dentro de las diversas perspectivas y métodos que podemos encontrar como parte de la investigación cualitativa, hay coincidencia en un punto fundamental: su interés principal no se ubica en establecer relaciones causales o cuantificar un fenómeno, sino en entender los procesos que subyacen a los fenómenos sociales y la experiencia de sus protagonistas. Sumado a ello, se caracterizan por otros aspectos relacionados, como

tener un enfoque exploratorio e inductivo o proponer una mirada flexible en cuanto a los métodos que permita adaptarse a las particularidades de cada contexto. Estos se centran en la subjetividad y la voz en primera persona, la captación de significados, interpretaciones, percepciones, individuales y colectivas; buscan profundizar en la comprensión del contexto y el entorno en el que se manifiestan los fenómenos y promueven una participación de la persona investigadora.

La investigación cualitativa tiene, además, una tradición política y de acción social, lo cual hace que no se limite a la producción de conocimiento, sino que tenga como última meta la transformación social. Así lo menciona Flick (2015): “la intención es, con frecuencia, cambiar el problema estudiado o producir conocimiento que sea relevante en la práctica, lo que significa un conocimiento que sea notable para producir o promover soluciones a problemas prácticos” (p. 27).

También de acuerdo con Flick (2015), la investigación cualitativa busca acercarse a los fenómenos de investigación en su propio entorno y para ello recurre a tres modalidades principales: el análisis de las experiencias de los individuos y los grupos; de las interacciones, comunicaciones y documentos o huellas de las experiencias; y de las interacciones entre los sujetos del estudio. Para ello, se recurre a diversas técnicas e incluso se crean nuevas. Quizás las más comunes en la actualidad sean: la observación, la entrevista, los grupos focales, el estudio de caso, la etnografía (ahora también en su modalidad digital) y las narrativas.

Uno de los grandes debates que se ha gestado en distintos momentos en las ciencias sociales ha ocurrido alrededor de la validez y objetividad de los estudios cualitativos. Si bien la investigación cualitativa no recurre a los mismos criterios de validez y calidad que la investigación cuantitativa, eso no significa que

no se preocupe por ello y que no tenga sus propias estrategias. Por ejemplo, Spencer y Ritchie (2012) proponen algunos principios para valorar la calidad de la investigación cualitativa: contribución y credibilidad. La contribución se refiere al valor y la relevancia de la evidencia resultante de la investigación, ya sea para la teoría, la política pública, la práctica, la metodología o las circunstancias sociales. Credibilidad alude a si los resultados de la investigación y sus propuestas o evidencias son defendibles y plausibles, particularmente, en referencia a cómo se obtuvieron las conclusiones del estudio. Está relacionada con el rigor de la investigación, que se asegura mediante la cuidadosa documentación del proceso a partir de sus premisas y evidencias.

Harper y Thompson (2012) problematizan alrededor del llamado rigor que exige la investigación desde los enfoques cuantitativos. Los autores aluden a la reflexividad como la alternativa. Esta es una de las herramientas que nos permiten entender no solo el proceso de investigación, sino desde dónde partió la mirada del investigador o investigadora, el impacto de su rol y su presencia. La reflexividad se entiende como:

La capacidad de comprometerse en la comprensión de la contribución o influencia que tienen las experiencias del investigador y sus circunstancias dando forma a un determinado estudio (y sus hallazgos). Esto puede ser separado en dos hilos: reflexividad epistemológica y reflexividad personal. La reflexividad personal se refiere a la influencia de la historia propia del investigador, mientras que la reflexividad epistemológica se refiere a explorar cómo los supuestos del abordaje tomado por el investigador moldean el estudio. (Harper y Thompson, 2012, p. 6)

Con frecuencia, se recurre también a la triangulación, estrategia en la cual se utilizan ambos enfoques, tanto cualitativo como cuantitativo, y a partir de esta se evalúan mutuamente los resultados y se potencializa el conocimiento obtenido (Flick, 2015); o bien, se emplea más de una estrategia dentro del mismo enfoque cualitativo. Finalmente, vale la pena retomar la propuesta de Cortés (2008), quien refiere que el hecho de que los métodos cualitativos se guíen por otros criterios no significa que no busquen la objetividad, entendida esta, en términos popperianos, como la regulación racional mutua por medio del debate crítico, esto es, compartir los hallazgos, discutirlos, confrontar resultados con los de otras investigaciones, construir consensos y visibilizar disensos.

La investigación cualitativa como herramienta explicativa en el campo de la salud mental

A partir de lo revisado anteriormente hemos establecido la siguiente tesis: la investigación cualitativa es la única capaz de proveer explicaciones científicas sobre los hechos, particularmente cuando hablamos de fenómenos, en esencia, psicosociales, como la salud mental, y cuando buscamos comprender los orígenes de dichas afectaciones dentro de las interacciones sociales.

Como se ha observado a partir del panorama de la salud mental en México, estamos frente a una problemática que se ha abordado ampliamente desde una perspectiva médica-psiquiátrica y descriptiva, mas no comprensiva. De tal forma que contamos con múltiples estadísticas que nos permiten conocer la magnitud del problema, las principales afecciones, su prevalencia y algunos de los factores asociados a ella. Asimismo, contamos con esquemas de tratamientos fundamentalmente

psiquiátricos cuyo objetivo es medicar a las personas que viven con algún padecimiento de salud mental para aminorar los síntomas y permitirle una mejor adaptación a su entorno, sin que ello realmente implique una profundización en el entendimiento del malestar del sujeto y una transformación de los factores contextuales que derivan en la formación de síntomas.

Nos detendremos por un momento en estos factores contextuales para indicar que, con frecuencia, el síntoma expresado como psicopatología es precisamente ello: una expresión sintomática de un contexto que no propicia las condiciones adecuadas para el desarrollo de la subjetividad de un niño o adolescente que, posteriormente, devendrá en un adulto con una sobrecarga de malestar. Se estima que entre 40 y 80% de la salud y el bienestar de las personas puede ser atribuido a factores sociales; en la variación entre estos se encuentra la brújula para mejorar. Es decir, en ella radica dónde y qué componentes se pueden y deben intervenir (Holt-Lunstad, 2022).

Así, nos resulta imprescindible mencionar la necesidad de comprender la salud mental como un fenómeno psicosocial. En referencia a ello, es pertinente el planteamiento de Pavón y Orozco (2017) sobre los estudios psicosociales. Dichos autores refieren que este es un campo que combina, fusiona y hace énfasis en la relación entre lo psíquico y lo social, y mantiene un carácter trans e interdisciplinario. La noción de lo psicosocial implica una conexión íntima y una entidad sin costura entre lo psíquico y lo social, entidades que son imposibles de reducir exclusivamente a la una o la otra. Hablamos, en este sentido, de un monismo psicosocial, a diferencia del tradicional dualismo psico-social. Dentro de esta lógica, otro concepto clave es el de sujeto, entendido como una realidad que se opone a la mirada psicologicista, objetivista y positivista, resiste a cualquier objetivación y se en-

tiende siempre como social, biográfico y construido en lo social. Dicha concepción proviene de una amplia herencia freudiana, perspectivas poscoloniales y decoloniales.

El estudio de la salud mental requiere del fortalecimiento de abordajes más comprensivos que consideren el impacto de dimensiones sociales que históricamente han estado invisibilizadas como el orden de género, el colonialismo, el clasismo, el racismo y la heteronormatividad. En todas estas dimensiones, una variable fundamental es el poder, y la investigación cualitativa nos permite tener una mirada crítica sobre las relaciones de poder dentro de la construcción del conocimiento, pero también dentro de la construcción de la subjetividad, y que apunte a la emancipación y la construcción de relaciones y condiciones más equitativas y justas. Hablamos de una mirada de la investigación en salud mental que no es ajena a la acción política, que busca la transformación de las relaciones sociales y que parte de la premisa de que el mismo ejercicio de investigación, en cualquiera de sus áreas, tiene una dimensión de poder que requiere ser sometida a análisis. Vale la pena tomarnos un momento para explicar un poco mejor a qué nos referimos con el tema del poder y la política dentro de la investigación y, particularmente, dentro de la investigación cualitativa. La política en este sentido puede entenderse como la:

Micropolítica de las relaciones personales hasta las culturas y los recursos de las unidades de investigación y de las universidades, los poderes y las políticas [entendiendo por tales los programas de acción institucionales] de los departamentos de investigación gubernamentales y, en última instancia, la mano [pesada o no] del Estado central. (Punch, 2014, p. 159)

La mirada psicosocial no solo nos permite una comprensión más compleja y holística de la subjetividad, sino también comprender cómo el discurso y el lenguaje construyen prácticas. Las prácticas culturales y sociales co-construyen la forma en la que las personas entienden la salud, ya sea como usuarios de los servicios, proveedores de estos o quienes toman las decisiones. Por ello, se considera que la investigación en este ámbito es también una práctica social y cultural, atravesada por relaciones de poder, que debe partir de una visión y actitud emancipatoria, que construya los discursos sobre la salud desde dentro, desde las personas hacia la teoría y no al revés.

Un siguiente punto que nos interesa desarrollar es que la investigación cualitativa aplicada a la salud mental puede partir de una concepción ontológica más afín a la complejidad que reviste la subjetividad. Las miradas ontológicas del sujeto en ciencias sociales suelen, en su mayoría, concebirlo como un ser unificado y consciente, que responde a su entorno de acuerdo con los estímulos que le son presentados e, incluso, desde algunas teorías y miradas dentro de la psicología, se le ha llegado a comparar con un computador. Lo que nosotras proponemos es que las metodologías cualitativas pueden dar lugar al sujeto del inconsciente, no solamente al sujeto racional y, en este sentido, señalamos la compatibilidad de estas metodologías con la noción psicoanalítica del sujeto; tomando en cuenta, además, que la teoría psicoanalítica es una de las más completas (y complejas) que nos dirigen hacia la comprensión de la subjetividad, desde cómo se constituye en sus orígenes hasta la etiología y psicodinámica de los diversos padecimientos en términos de salud mental.

Para el psicoanálisis, el sujeto está, en su conformación misma, dividido; no es total ni constante, sino que es fluctuante y tiene fallos provenientes de la parte y el funcionamiento

inconsciente. Mucho de lo que hace, siente, piensa es de orden inconsciente y ese sentido es desconocido para el propio sujeto, aunque, en otro sentido, solo él tiene el saber sobre sí mismo, saber que desconoce, pero al cual es posible acceder. Se caracteriza por sus conflictos internos, deseos reprimidos y tensiones que influyen en su comportamiento y experiencia, impulsos, recuerdos reprimidos y deseos no reconocidos. Este sujeto del psicoanálisis se construye a partir del Otro, lo cual implica las estructuras que nos regulan socialmente, el lenguaje y aquellos primeros cuidadores que transmiten todo ello por medio de sus cuidados y palabras. En este sentido, para el psicoanálisis, tanto lacaniano como freudiano, la cultura y el lenguaje tienen un papel incommensurable e indispensable en la constitución del sujeto, no hay sujeto sin otro, no hay sujeto sin cultura. Esta mirada puede aliarse en varios puntos con paradigmas críticos del positivismo, como el de la teoría crítica, el construcción social y el participativo (Lincoln *et al.*, 2011).

Sobre la mirada epistemológica, desde la investigación cualitativa es posible comprender el conocimiento de forma más horizontal en el que los mismos sujetos son co-productores del saber sobre sí mismos, ya sea que se trate de un saber consciente o inconsciente. Así mismo, la investigación cualitativa permite la generación de conocimiento novedoso, emergente, la construcción de teorías y modelos explicativos; se adapta mejor a la naturaleza dinámica y multifacética de los fenómenos psicosociales y esto, en buena medida, gracias a su flexibilidad metodológica, la cual posibilita una mayor profundización en nuevos hallazgos. La dinámica entre investigador y participante favorece la co-construcción de significados.

El positivismo ha sostenido una visión del proceso de conocimiento basada en una percepción dualista (realidad/sujeto) y

objetiva, desde la que se llevan a cabo una serie de procesos para asegurar que el conocimiento esté privado de toda subjetividad que pudiese trastocarlo, o bien, se recurre a la probabilidad como método para asegurar la validez del conocimiento. En los otros tres paradigmas mencionados anteriormente (teoría crítica, construcciónismo, participativo), la epistemología tiende a comprenderse desde una mirada transaccional y subjetiva; no se pretende aseverar que el conocimiento es objetivo, sino más bien partir de que todo conocimiento, en tanto es creado por seres humanos, está impregnado, en cierta medida, de subjetividad y valores, y que es co-creado (Lincoln *et al.*, 2011). Lorke y colaboradores (2021), por ejemplo, proponen una mirada crítica sobre cómo la psiquiatría se ha apoderado de las definiciones según las cuales una conducta, pensamiento o estado es sano o desviado y patológico. Las discusiones sobre la naturaleza de los desórdenes mentales y su etología se dan entre clínicos y científicos, y poco se considera a las personas que experimentan dichos padecimientos como productores de conocimiento, sino solo como receptores de este. Dentro de este enfoque centrado en los pacientes y su malestar, Kinney (2021) ha señalado la necesidad no solo de usar métodos cualitativos, sino de crear métodos cualitativos novedosos que permitan recuperar las voces y experiencias de las personas que no se pueden adaptar a los métodos cualitativos tradicionales, como personas con trastornos mentales graves.

Finalmente, en términos metodológicos, los tres paradigmas críticos del positivismo optan por una visión de la metodología dialéctica, dialógica, hermenéutica y política, esto es, las metodologías deben llevar con ellas un cuestionamiento sobre las implicaciones políticas y las relaciones de poder del objeto de estudio y del estudio en sí mismo. Hay un énfasis en que la in-

vestigación genere la transformación de las condiciones sociales para los grupos más desfavorecidos y que la voz fundamental sea la de quienes viven directamente en dichos contextos y circunstancias, así como la deconstrucción (Lincoln *et al.*, 2011).

Conclusiones

La metodología cualitativa actúa como un catalizador en la investigación de la salud mental al proporcionar un marco que permite explorar y comprender las experiencias vividas, las percepciones individuales y las dinámicas sociales que influyen e incluso co-producen la salud mental y la calidad de vida. Este enfoque revela matices y significados que, a menudo, quedan ocultos en los análisis cuantitativos. La investigación cualitativa fomenta la participación de las comunidades, de manera que sus voces y conocimientos sean integrados en el proceso de investigación y, sobre todo, que represente un impacto en sus vidas. En última instancia, al activar la agencia de las personas y facilitar un diálogo enriquecedor sobre sus realidades, la metodología cualitativa contribuye a la creación de soluciones más efectivas y culturalmente adecuadas en el campo de la salud mental.

No se debe confundir la estadística significativa —que es muy útil— con el significado que producen los resultados de una metodología cualitativa para las personas que son parte de la investigación. Sobre todo en temas de salud mental, es indispensable movernos de un enfoque descriptivo y causal a uno de co-producción de la salud, un enfoque salutogénico: “enfocarse en los recursos y la capacidad de las personas para crear salud coherentes con sus contextos” (Lindström y Eriksson, 2005). A nivel mundial, se estima que solo 7% de los presupuestos de salud se destinan a abordar los problemas de salud mental

(Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, 2017); sí, esto es insuficiente e inadecuado, pero la salud se produce de acuerdo con los determinantes sociales de la persona y toma forma con factores biológicos, por lo que no hay dinero que alcance para reparar. Más bien, es necesario activar la agencia de las personas para co-producir y cuidar de su salud.

Han pasado más de cien años desde que Durkheim se preguntaba por qué las personas deciden terminar su vida, en la actualidad, cada día, veintidós personas se quitan la vida en México y seguimos sin entender del todo cómo podemos prevenir este desenlace trágico, particularmente, con las adolescencias y juventudes. Quizá esto deba llevar a preguntarnos cómo podemos escuchar diferente, qué les importa, con qué conectan, escuchar a más, incluyendo a los profesionales de la salud, para poder construir respuestas que nos permitan parar la epidemia de salud mental que estamos presenciando. La teoría sin la práctica es ineficiente, incluso injusta y colonialista; pero la práctica sin metodología es azar incapaz de mostrar impacto social. Aquí radica la mística de los métodos cualitativos, que apuntalan la promoción y co-creación de la salud integral.

Referencias

- Bateson, G. (1972). *Pasos hacia una ecología de la mente*. Argonauta.
- Capra, F. y Luisi, P. L. (2014). *The systems view of life: A unifying vision*. Cambridge University Press.
- Charmaz, K. (1991). *Good days, bad days: The self in chronic illness and time*. Rutgers University Press.
- Comisión Nacional de Salud Mental y Adicciones y Observatorio Mexicano de Salud Mental. (2024, 14 de octubre). *Hoja de datos: sobre el comportamiento suicida en México 2024*.

- Gobierno de México. <https://www.gob.mx/conasama/documentos/hoja-de-datos-suicidio?state=published>
- Cortés, F. (2008). Algunos aspectos de la controversia entre la investigación cualitativa y la investigación cuantitativa. En F. Cortés, A. Escobar y M. González de la Rocha (Comps.), *Método científico y política social: a propósito de las evaluaciones cualitativas de programas sociales* (pp. 27-57). El Colegio de México.
- Durkheim, É. (2018). *El suicidio: un estudio de sociología* (S. Chapparro, Trad.). Titivillus. (Obra original publicada en 1897).
- Flick, U. (2015). *El diseño de investigación cualitativa*. Morata.
- Freud, S. (2011). *La interpretación de los sueños*. (Vol. 1) (L. López-Ballesteros de Torres, Trad.; 3a ed.). Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1900).
- Freud, S. (1991). *Obras completas: Psicopatología de la vida cotidiana*. (Vol. 6) (L. López-Ballesteros de Torres, Trad.). Amorrortu Editores. (Obra original publicada en 1901).
- Harper, D. y Thompson, A. R. (2012). *Qualitative research methods in mental health and psychotherapy: A guide for students and practitioners*. Wiley-Blackwell.
- Holt-Lunstad, J. (2022). Social connection as a public health issue: The evidence and a systemic framework for prioritizing the “social” in social determinants of health. *Annual Review of Public Health*, 43, 193-213.
- Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente Muñiz, Instituto Nacional de Salud Pública, Comisión Nacional contra las Adicciones y Secretaría de Salud. (2017). *Encuesta Nacional de Consumo de Drogas, Alcohol y Tabaco 2016-2017: Reporte de Alcohol*. Secretaría de Salud. <https://encuestas.insp.mx/repositorio/encuestas/ENCODAT2016/informes.php>

- Jung, C. G. (1922). *Collected papers on analytical psychology* (C. E. Long, Ed.; 2nd ed.). Baillière, Tindall and Cox. (Obra original publicada en 1912).
- Kinney, P. (2021). Walking interviews: A novel way of ensuring the voices of vulnerable populations are included in research. En M. Borcsa y C. Willig (Eds.), *Qualitative research methods in mental health* (pp. 65–82). Springer.
- Kleinman, A. (1977). Depression, somatization, and the “new cross-cultural psychiatry”. *Social Science & Medicine*, 11(1), 3-10.
- Laing, R. D. (2015). *El yo dividido: Un estudio sobre la salud y la enfermedad*. Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1964).
- Lindström, B. y Eriksson, M. (2005). Salutogenesis. *Journal of Epidemiology & Community Health*, 59(6), 440-442.
- Lincoln, Y. S., Lynham, S. A. y Guba, E. G. (2011). Paradigmatic controversies, contradictions, and emerging confluences, revisited. En N. K. Denzin y Y. S. Lincoln (Eds.), *The SAGE handbook of qualitative research* (5a. ed., pp. 213-263). SAGE Publications.
- Lorke, M., Schwegler, C. y Jünger, S. (2021). Re-claiming the power of definition—the value of reflexivity in research on mental health at risk. En M. Borcsa y C. Willig (Eds.), *Qualitative research methods in mental health* (pp. 135–166). Springer.
- Lüchmann, L. H. H. y Rodrigues, J. (2007). O movimento antimanicomial no Brasil. *Ciência & Saúde Coletiva*, 12, 399-407.
- Medina-Mora, M. E. y Hansberg, O. (2023). *La década covid en México: salud mental, afectividad y resiliencia*. Facultad de Psicología, Instituto de Investigaciones Filosóficas.
- Naciones Unidas México. (2023, 19 de octubre). *UNODC y CONASAMA impulsan políticas más humanas sobre el consumo de sustancias*. <https://mexico.un.org/es/249987-unodc-y-co>

- nasama-impulsan-pol%C3%ADticas-m%C3%A1s-humanas-sobre-el-consumo-de-sustancias
- Patel, V. (2014). Why mental health matters to global health. *Transcultural Psychiatry*, 51(6), 777-789.
- Pavón, D. y Orozco, M. (2017). Estudios psicosociales: entre el psicoanálisis, la psicología crítica y todo lo demás. *Polis*, 13(2), 139-163.
- Punch, K. F. (2014). *Introduction to social research: Quantitative and qualitative approaches* (3a. ed.). SAGE Publications.
- Ramírez-Toscano, Y., Canto-Osorio, F., Carnalla, M., Colchero, M A., Reynales-Shigematsu, L. M., Barrientos-Gutiérrez, T. y López-Olmedo, N. (2023). Patrones de consumo de alcohol en adolescentes y adultos mexicanos: Ensanut Contínua 2022. *Salud Pública de México*, 65(supl 1), 75-83. <https://doi.org/10.21149/14817>
- Rocha, K. B., Pérez, K., Rodríguez-Sanz, M., Borrell, C. y Obiols, J. E. (2010). Prevalencia de problemas de salud mental y su asociación con variables socioeconómicas, de trabajo y salud: resultados de la Encuesta Nacional de Salud de España. *Psicothema*, 22(3), 389-395.
- Romero-Martínez M., Barrientos-Gutiérrez T., Cuevas Nasu L., Bautista-Arredondo, S., Colchero, M. A., Gaona-Pineda, Martínez-Barnetche, J., Alpuche-Arana, C. E. B., Gómez-Acosta, L., Mendoza-Alvarado, L., Rivera-Dommarco J., Lazcano-Ponce E. y Shamah-Levy T. (2022). *Encuesta Nacional de Salud y Nutrición 2021 sobre covid-19: Resultados nacionales*. Instituto Nacional de Salud Pública.
- Spencer, L. y Ritchie, J. (2012). In pursuit of quality. En D. Harper y A. R. Thompson (Eds.), *Qualitative research methods in mental health and psychotherapy: A guide for students and practitioners* (pp. 227-242). Wiley-Blackwell.

- Strauss, J. S. (1989). Subjective experiences of schizophrenia: Toward a new dynamic psychiatry—II. *Schizophrenia Bulletin*, 15(2), 179-187.
- Szasz, T. S. (1994). *El mito de la enfermedad mental* (A. Pérez, Trad.; 2a. ed.). Amorrortu Editores España SL. (Obra original publicada en 1961).
- The Lancet Global Health. (2020). Mental health matters. *The Lancet Global Health*, 8(11). [https://doi.org/10.1016/S2214-109X\(20\)30432-0](https://doi.org/10.1016/S2214-109X(20)30432-0)
- Thyer, B. A. (2009). *The handbook of social work research methods*. SAGE Publications.
- Valdez-Santiago, R., Villalobos-Hernández, A., Arenas-Monreal, L., Benjet, C. y Vázquez-García, A. (2023). Conducta suicida en México: análisis comparativo entre población adolescente y adulta. *Salud Pública de México*, 65(supl 1), 110-116.
- Vázquez-Salas, R., Hubert, C., Portillo-Romero, A., Valdez-Santiago, R., Barrientos-Gutiérrez, T., Villalobos, A. (2023). Sintomatología depresiva en adolescentes y adultos mexicanos: Ensanut 2022. *Salud Pública de México*, 65(1), 117-125.

METODOLOGÍAS CUALITATIVAS EN PSICOLOGÍA: ENFOQUES PARA COMPRENDER EMOCIONES Y AFECTOS

Eloy Maya Pérez
Saúl Sánchez López

*“Las emociones no son Paul Ekman,
ni Intensamente.”*
Anónimo, 2022

Este texto no pretende describir lo que ocurre a las personas en términos afectivos y emocionales, sino que se centra en la descripción de las metodologías diseñadas para el estudio de esta diada, entendida dentro de esa ansiedad semántica que suele acompañar a la ciencia y que se define de acuerdo con modelos, contextos y tiempos, como bien señala Essary (2017). En específico, el propósito es ubicar el lugar que ocupa la psicología dentro de este campo y describir las metodologías para el estudio de los afectos y las emociones a las que se puede recurrir para investigaciones en psicología.

Los estudios sobre el afecto y las emociones no son nuevos, pues durante los últimos años la comunidad científica internacional ha desarrollado orientaciones teóricas y metodológicas para comprenderlos, y han sido aún más años si pensamos en el afecto de forma más amplia, como puede ser desde la filosofía o las aproximaciones psicoanalíticas, como reflexiona

Lara (2020). Incluso en la actualidad, las orientaciones para estudiarlas han tomado vertientes teóricas que reúnen y proponen nuevas formas de entender e intervenir los afectos y las emociones en los que aparecen nuevos personajes como el cuerpo, la materialidad, la relacionalidad, la circularidad y las políticas de la emoción. Al respecto, Solana (2020) nos habla de una proliferación de trabajos que acuden a las emociones, los afectos y los sentimientos para repensar no solo el cuerpo, sino la subjetividad y las relaciones sociales. Algunas de estas orientaciones están sostenidos en los estudios socioculturales, la teoría crítica, la fenomenología de las emociones, la teoría de los afectos, el psicoanálisis contemporáneo, la sociología de las emociones y etnografía sensorial, los estudios feministas y *queer* de los afectos, los estudios poshumanistas del afecto y la neurociencia afectiva.

Es importante dejar en claro que la propuesta de este texto se separa, de manera intencional, de la mirada de las neurociencias hacia las emociones y los afectos, básicamente porque, en la propuesta de este, se considera que la conciencia afectiva es irreducible a lo puramente biológico, por lo que se renuncia a la reducción de que la persona puede explicarse únicamente a partir de la actividad cerebral y que el significado y la experiencia no pueden ser comprendidos solo a través de las ciencias naturales, como afirma Gabriel (2016, p. 167). Se centra, más bien, en la descripción de metodologías cualitativas con el fin de comprender emociones y afectos desde el enfoque de las ciencias sociales y humanas para, finalmente, concluir con los aportes de la psicología y las ciencias psi.¹

1 Las ciencias psi son un conjunto de disciplinas científicas que estudian los procesos psicológicos, el comportamiento humano y las interacciones sociales desde diversas perspectivas. Entre las principales disciplinas que las componen

El giro afectivo: ciencias sociales, humanas y ciencias psi

Respecto al estudio de los afectos y las emociones, las ciencias sociales, humanas y psi confluyen en el giro afectivo, aunque cada una aborda estos fenómenos desde perspectivas y objetivos distintos. Desde este enfoque, se ha logrado repensar la relación entre emociones, afectos y las estructuras sociales, culturales y psicológicas.

El giro afectivo representa una ruptura con la tradición reduccionista del estudio de la emoción y el afecto, en la que se había concentrado la producción de conocimiento dentro las ciencias sociales y, sobre todo, la hegemonía de los modelos psi que los abordaban como lógicas binarias y respuestas psicofisiológicas que parecían amenazantes y contrarias frente al paradigma de la razón (Garzón y López, 2023). Por ello, en palabras de Enciso y Lara (2014), el giro afectivo se presenta más como un giro ontológico que se desarrolló con el propósito de comprender las emociones en contraposición con los afectos. Este, además, incluye como dimensión de estudio el cuerpo como cosa sintiente vinculada al mundo que le rodea (Wetherell, 2012) y, para fines prácticos, como expresa Llaurado (2019), como morada de las emociones. Para Brown y Stenner (2001), este giro presentó una reformulación de las emociones a partir de consideraciones tales como su naturaleza socialmente construida, discursivamente organizada y simbólicamente mediada por las experiencias.

se incluyen: a la psicología, la psiquiatría, el psicoanálisis, la psicopedagogía, la psicología social y algunos esporádicos acercamientos a las neurociencias. En el apartado “Las ciencias psi, los afectos y las emociones” se hace una descripción más detallada de las mismas, y se incluye una revisión de sus aportes al estudio del afecto y la emoción.

Biess y Gross (2014, pp. 8-9) agregan que el giro emocional propiamente dicho podría datarse en 1994, y señalan que sus orígenes se remontan a dos trabajos pioneros en los cuales las reflexiones en torno a la emoción se entrelazan con las disciplinas humanísticas y las ciencias físico-biológicas. Para empezar, hacen referencia al trabajo que popularizó Antonio Damasio (2010) a través del texto “El error de Descartes” y, en segundo lugar, al *best seller* *La inteligencia emocional* del psicólogo norteamericano Daniel Goleman.

En concreto, el giro afectivo, considerado como mecanismo teórico y metodología para el análisis de la vida afectiva, es un aporte reciente sobre el estudio del afecto y las emociones en las ciencias sociales y humanas, aunque su origen se remonta a los inicios de este siglo, y se consideran impulsores trabajos pioneros como el texto “La política cultural de las emociones (2004)” de Sara Ahmed (citado por Maíz, 2020). Este aporte, además, está fundamentado en las lecturas de Gilles Deleuze y Félix Guattari sobre el afecto —quienes sostienen que los sentimientos y emociones no solo son experiencias individuales e internas, sino fuerzas impersonales que atraviesan cuerpos, relaciones y espacio—, así como en otras propuestas epistemológicas producto de insatisfacciones y disidencias epistémicas (Maíz, 2020), y una serie de debates y críticas (Enciso y Lara, 2014) orientados al interior de teorías sobre la subjetividad, del cuerpo, la teoría feminista, el psicoanálisis, la teoría del Actor Red, los estudios de la teoría política, la geografía cultural y teorías posestructuralistas, entre otras (Lara y Enciso, 2013).

Bedoya-Dorado y Molina-Valencia (2021) describen el origen del giro afectivo mediante la síntesis de siete condiciones de posibilidad —como ellos las denominan— identificadas por Enciso y Lara (2014): construcción social de las emociones,

psicología social discursiva, estudios culturales de las emociones, emocionologías, sociología interpretativa, sociolingüística de las emociones y estudios feministas de las emociones. Lara y Enciso (2013) reconocen que el origen del giro afectivo tiene que ver —entre otros aspectos— con el interés en la emocionalización de la vida pública y el esfuerzo por reconfigurar la producción de conocimiento académico encaminado a profundizar en dicha emocionalización.

En concreto, el giro afectivo representa un movimiento académico renovado centrado en el afecto y la emoción como un objeto válido de estudio, se fundamenta sobre las ciencias sociales y humanas —que se concentran en lo socialmente construido y permiten reconocer las diferencias en términos de afectos y emociones que lo cultural aporta— en conjunto con las disciplinas biológicas —referentes a aquello que es biológicamente dado con lo que se configura la expresividad afectiva humana—. El propósito es comprender la experiencia de aquello que se siente, cómo se vive y lo que representa para las personas y los colectivos.

Las ciencias psi, los afectos y las emociones

Las ciencias psi, en estricto sentido, son las disciplinas que tradicionalmente han forjado el quehacer de la psicología dentro de campos específicos: nos referimos a la psiquiatría, el psicoanálisis y la psicología en general. Rivero (2006) afirma que estas nos presentan modelos para pensar lo humano desde unas categorías puestas en relación con la episteme científica. Al respecto, Del Mónaco (2024) señala que en estas se fundamenta la tradición de la psicología por categorizar para intervenir con la psique humana. Por su parte, Hernández y Vivares (2020) con-

cluyen que las ciencias psi continúan asentándose sobre postulados modernos y sus concepciones e intervenciones aún son cosificadoras de lo humano.

Es importante distinguir las ciencias psi de los saberes psi. Estos últimos hacen referencia a un conjunto de desarrollos atravesados por su dimensión teórica y tecnológica articulados con otras áreas del saber como la biología, la medicina, la educación (Matías *et al.*, 2023). Sin embargo, dentro de la dimensión científica de la psicología, la psicoterapia es el campo donde se ponen en juego los saberes psi y es precisamente en este que las contradicciones se hacen más fuertes. Incluso hay un riesgo aparente con estos saberes, pues, como lo com parte Pérez (2021), se encuentran lejos de estar delimitados, lo que los hace difusos y los pone al alcance de cualquiera persona para su práctica personal o como guía para alguien más. Además, los conocimientos agregan valor a la subjetividad desde la que se elaboran elementos para la comprensión humana, con los cuales podemos ser reconocidos y reconocernos (Rivero, 2006).

Pese al crecimiento de la evidencia científica y las múltiples oportunidades que nos brinda, la influencia de las ciencias psi es creciente (Sichler, 2018), pero al mismo tiempo deja entrever una crisis en esta ciencia ya que está anegada por miles de hechos e investigaciones fragmentarias que no se integran en teorías explicativas (Marina, 2021). Es importante mencionar que las ciencias psi se sitúan en un campo más amplio que el delimitado por las ciencias del comportamiento (Ferrari *et al.*, 2016) y sus objetos de estudio tienen la bondad de que son expuestos en otros terrenos como el sociocultural e, incluso, en el campo de la salud.

Dentro del campo psi, los estudios de los afectos y las emociones representan un amplio espacio de análisis para com-

prender su trascendencia en la vida cotidiana que supera el discurso de ser mecanismos de adaptación o simples respuestas vinculadas a la estructura neurológica, o bien, solo estar subsumidas en la subjetividad y el espacio psicológico-individual (López, 2019). Al mismo tiempo, abre paso al conocimiento de la dimensión sociocultural en la cual se identifican factores determinantes de los procesos afectivos. Wilkinson y Kleinman (2016, citados en Grippaldi, 2023, p. 283) concluyen que los problemas sociales pasan a considerarse sufrimientos individuales, lo que permite abordarlos desde las disciplinas psi. En apariencia, estos son expresiones de malestar que contribuyen a una justificación del sufrimiento que convierte las injusticias sociales en disfuncionalidades internas (Grippaldi, 2023). Este hecho les confiere una dimensión sociocultural en la que afectos y emociones se representan como formas de lo cotidiano e, incluso, se manifiestan en contextos históricos particulares.

Como parte del giro afectivo, las ciencias psi han recibido notables aportes para reconocer la dimensión emocional desde lo sociocultural, hecho que reconoce su naturaleza socialmente construida, incluso, tuvieron que dar paso a cuestionamientos que rompieron las tradiciones en el estudio de las afectividades, como la dicotomía razón/emoción y mente/cuerpo (Rojas, 2023). De esta forma, se construyeron epistemes inter, multi e intradisciplinares que influyeron en el abordaje del tema, y hasta se aceptó la presencia de nuevos actores en la ecuación para comprender la vida afectiva, por ejemplo, el cuerpo como primera materialidad (Boragnio y Dettano, 2022) que expresa las múltiples formas de existencia y nos coloca en un lugar y tiempo en los que esta se constituye, pero también se condiciona porque nunca está lejana del territorio en el ocurre.

La aparente necesidad de distinguir afecto de emoción

Respecto de las diferencias entre afecto y emoción, señalamos que, aunque son objetos epistémicos distintos que guardan diferencias conceptuales y en su abordaje, en este estudio se hace una descripción de las metodologías para su comprensión, por lo que se abordan diversas estrategias para acercarse a estos como objetos de estudio. A continuación, compartimos una serie de diferencias conceptuales entre afecto y emoción con fines didácticos. Lara y Enciso (2013) afirman que la distinción entre afecto y emoción ha sido explicada por varias voces; por ejemplo, Blackman y Cromby (2007) describen que:

el afecto aparece para referir una fuerza o intensidad que puede desmentir el movimiento del sujeto que está siempre en un proceso de devenir. [...] Las emociones, en contraste, se entiende como patrones de respuestas corpóreo-cerebrales que son culturalmente reconocibles y proporcionan cierta unidad, estabilidad y coherencia a las dimensiones sentidas de nuestros encuentros relaciones. (p. 6)

Para García y Sabido (2014), en general, las emociones (mediadas culturalmente) y los afectos (energía prediscursiva) pueden modificar o mover al otro y convertirse en fenómenos con consecuencias políticas, caracterizadas por ese excedente de sentido que aparece en toda interacción, modificando y movilizándolo. Es claro que las emociones y los afectos tienen sentido en relación con los demás, por lo que no siempre es necesario contemplarlos fenomenológicamente, sino que su estudio da paso a una hermenéutica que las politiza. Llaurado (2019) nos

recomienda colocarlas en calidad de fenómeno inserto en un sistema que construye redes de significación que la modifican según la estructura. Esta hermenéutica es precisamente la que provee el giro afectivo. Brown y Stenner (2001) explican que este movimiento intelectual dibujó una clara distinción entre afectos y emociones, a través del cual hay un acercamiento profundo a las metodologías del estudio del afecto y la emoción. Dichas metodologías facilitan la comprensión del mundo y la construcción de conocimiento sobre la condición humana y social.

La distinción entre afectos y emociones es más que un asunto semántico, incluso no se representa por diferencias conceptuales que resolvemos desde las disciplinas sociales, humanas o incluso desde la propia psicología. Al afecto se le dota de características relationales explicadas como elementos de colectividad, con tintes políticos, que se estudian como experiencias individuales con bases de significación y fenomenológicas. Echebarría y Páez (1989) los califican como un área general de la vida que consiste en la tonalidad o el color emotivo que impregna la existencia. Mientras que las emociones representan condiciones más estructuradas y con cierto grado de conciencia tanto de la situación como de la condición en la que se experimenta. Al respecto, Maíz (2020) las aprecia como sustancias abstractas y corpóreas que expresan las condiciones sociales del sujeto.

En este caso, la distinción tiene que ver con la comprensión de su vínculo, pues, como afirma de manera provocadora Fernández-Christlieb (1994): el afecto es emotivo. Conceptualmente, los afectos y las emociones se describen por sus diferentes niveles de procesamiento. Desde la fenomenología y la filosofía de la mente, los afectos se comprenden como estados indefinidos, previos a la reflexión y corporizados. En este mar-

co, resulta pertinente aludir al concepto de teoría de la mente (ToM), entendido como uno de los dominios de la cognición social que permite inferir los estados mentales —como intenciones, creencias, deseos o emociones— de otras personas, con el propósito de comprender, predecir y explicar su comportamiento para actuar en consecuencia (Zapata *et al.*, 2021). Aunque este concepto no constituye el foco central del presente trabajo, su mención contribuye a delimitar la distinción entre los procesos afectivos básicos y las formas más complejas de elaboración emocional vinculadas a la cognición social. Los afectos se entienden como estados indefinidos, anteriores a la reflexión y corporizados, en tanto las emociones se conceptualizan como experiencias con un contenido cognitivo, estructuradas socioculturalmente. Merleau-Ponty (1996) considera que experimentamos el mundo desde el cuerpo y en este ocurren las experiencias emocionales específicas.

Desde la psicología con orientación cognitiva, los afectos son un continuo en el que las emociones son manifestaciones específicas que se intensifican por la situación en que ocurren. Al respecto, Damasio (2010) y Panksepp (1994) coinciden en que, desde la neurociencia afectiva, los afectos constituyen respuestas básicas del organismo, mientras que las emociones implican interpretaciones más elaboradas y culturalmente moldeadas. Como explica García (2020), Damasio ilustra de manera magistral que las emociones son programas de acción razonablemente complejos que se detonan ante un objeto o evento identificable; es decir, ocurren en presencia de un estímulo emocionalmente competente. Asimismo, a principios de la década de 1990, Jaak Panksepp acuñó el término *affective neuroscience* para referirse a los estudios que indagan sobre las emociones desde la neurociencia (García, 2019).

Sarah Ahmed (2004) reflexiona sobre las epistemologías feministas y su vínculo con los afectos, y revela que las emociones no son meros epifenómenos subjetivos, sino formas legítimas de conocer el mundo. En conclusión, desde la mirada sociocultural, los afectos y las emociones se representan como medios de acceso a la realidad social y pueden ser vehículos de conocimiento, especialmente en investigaciones cualitativas.

Finalmente, se ha discutido bastante sobre cómo los afectos y las emociones contribuyen a la generación de conocimiento. Una aproximación certera nos da cuenta de que el vínculo epistemológico entre afectos y emociones está involucrado con el marco teórico y metodológico desde el cual se analizan. Por ejemplo, en la investigación en psicología y ciencias sociales, el análisis de las emociones y los afectos se ha desarrollado a través de metodologías que buscan captar no solo el contenido cognitivo de las emociones y afectos, sino también sus manifestaciones corporales y su impacto en las interacciones sociales.

Metodologías cualitativas para acercamos a la comprensión de los afectos y las emociones

La investigación cualitativa es un proceso dinámico y creativo. Algunas metodologías cualitativas, en particular aquellas con un enfoque crítico —como la teoría fundamentada, la investigación-acción o la etnografía crítica— que se orientan hacia procesos iterativos y no lineales, buscan desafiar las estructuras hegemónicas de producción de conocimiento científico. Los afectos y emociones no son entidades estáticas, sino experiencias en constante transformación influenciadas por el contexto, las relaciones interpersonales y las condiciones socioculturales.

En la investigación cualitativa, la alternancia entre la recolección y el análisis de datos no solo es una estrategia metodológica flexible, sino que también responde a la naturaleza dinámica y contextual de los afectos y emociones. A diferencia de los enfoques tradicionales, desde los cuales los datos se recolectan primero y luego se analizan de manera secuencial, este proceso iterativo permite que el investigador ajuste sus categorías analíticas a medida que emergen nuevas dimensiones afectivas en el campo. Esta alternancia es particularmente valiosa en el estudio de afectos y emociones porque permite capturar su naturaleza cambiante, evitar reduccionismos teóricos al adaptar las herramientas metodológicas para una comprensión más profunda y situada. La alternancia permite registrar estos cambios a lo largo del tiempo, en lugar de reducirlos a una fotografía estática tomada en un solo momento del estudio. En concreto, la investigación cualitativa no solo describe los afectos y las emociones, sino que las experimenta en el transcurso del estudio, de manera que produce conocimientos más ricos y fieles a la realidad de los sujetos investigados.

En muchos estudios sobre emociones, las categorías analíticas provienen de teorías previas que pueden no ajustarse a las experiencias reales de los participantes. Al permitir que el análisis se desarrolle simultáneamente con la recolección de datos, se posibilita la revisión y reformulación de las categorías, lo que asegura que sean más representativas de la vivencia emocional en su contexto. Si el investigador descubre patrones emocionales inesperados en los relatos o interacciones observadas, puede ajustar las preguntas, los criterios de observación o incluso incorporar nuevas técnicas de recolección de datos (como diarios emocionales, métodos visuales o expresiones

performativas) para profundizar en esos hallazgos emergentes que dan sentido y nuevas vetas en la investigación.

La alternancia entre recolección y análisis permite integrar un proceso de reflexividad continua, en el que el investigador puede revisar cómo su propia experiencia emocional —en el estudio de afectos y emociones, la subjetividad del investigador es inevitable y, en muchos casos, una herramienta valiosa para la interpretación— influye en la interpretación de los datos, con lo que evitan sesgos o malentendidos. Al realizar análisis parciales a lo largo del proceso, es posible captar las emociones no solo en lo que los participantes dicen, sino también en cómo las expresan corporalmente, en sus silencios, gestos o entonaciones. Esto es especialmente relevante en metodologías como la etnografía afectiva o la fenomenología, en la que la emoción no se reduce a su expresión verbal, sino que se entiende en su totalidad experiencial.

La diversidad metodológica en el estudio del afecto y la emoción ha sido estudiada desde múltiples disciplinas y enfoques, lo que ha generado una fragmentación metodológica, justificada por el hecho de que los afectos y las emociones pueden abordarse desde la experiencia subjetiva, su construcción discursiva, su manifestación en la vida social o su expresión performativa y artística. Sin embargo, los autores consideramos importante elaborar una clasificación que atienda distintos niveles de análisis y contar con un marco que organice las metodologías cualitativas en función de sus principios epistemológicos y estrategias de investigación. En la literatura científica no logramos encontrar una propuesta que sistematice los enfoques sobre el estudio del afecto y la emoción ni la integración de metodologías emergentes como la etnografía sensorial, la cartografía afectiva y los métodos visuales y performativos. Aunque existen

revisiones metodológicas sobre el estudio de las emociones elaboradas desde la fenomenología o el análisis del discurso, por mencionar algunas, no encontramos una categorización amplia que articule múltiples enfoques en un solo esquema.

Por tanto, a manera de propuesta de este texto, a continuación, compartimos un organizador gráfico en el que se integran distintas tradiciones metodológicas en torno al estudio del afecto y la emoción (cuadro 1). Entre otras razones, ofrecemos una herramienta que podría ser útil para investigadores que trabajan con afectos y emociones desde distintas tradiciones cualitativas; al mismo tiempo, esta clasificación permitirá al lector comprender de manera simple e, incluso, elegir enfoques adecuados según el objeto de estudio.

La organización propuesta ofrece un marco sistemático para clasificar y aplicar metodologías cualitativas en el estudio de las emociones, lo que facilita la elección de los enfoques más adecuados para cada investigación. Esta estructura no solo responde a las necesidades actuales del campo, sino que también promueve la integración de metodologías emergentes y el enriquecimiento del estudio de las emociones a través de una mirada plural y flexible.

Discusión

Los afectos y las emociones han sido objeto de estudio desde diversas disciplinas, como la psicología, la sociología, la antropología y los estudios culturales. Esta multiplicidad de enfoques ha dado lugar a una amplia gama de metodologías, desde individual de la experiencia subjetiva, sino también una comprensión de cómo las emociones se construyen socialmente a través del lenguaje y la interacción.

Cuadro I
Enfoques cualitativos, características y metodologías

Enfoque	Características que define el enfoque	Metodologías	
Enfoques fenomenológicos y experienciales	Orientados en la experiencia vivida del afecto	Fenomenología	Estudia la experiencia subjetiva de las emociones a través de entrevistas y análisis temático
		Análisis narrativo	Examina cómo las personas cuentan sus experiencias emocionales y les dan sentido
		Autoetnografía	Explora la propia experiencia del investigador en relación con su contexto afectivo
Enfoques discursivos y semióticos	Centrados en el lenguaje y la construcción social del afecto	Análisis del discurso	Explora cómo se expresan y regulan las emociones en el lenguaje
		Análisis conversacional y sociolingüístico	Examina la emocionalidad en las interacciones cotidianas
		Hermenéutica y psicoanálisis	Analiza los significados latentes y las dimensiones simbólicas de los discursos emocionales

Enfoques etnográficos y situados	Centrados en el contexto social y cultural del afecto	Etnografía sensorial y afectiva	Estudia las emociones en la vida cotidiana considerando experiencias corporales y sensoriales
		Cartografía de afectos	Mapea cómo los afectos circulan en espacios físicos y sociales
		Investigación-acción participativa (IAP)	Trabaja con comunidades para comprender emociones colectivas y generar cambios sociales
Enfoques visuales y performativos	Orientados en la expresión no verbal del afecto	Métodos visuales	Uso de fotografías, dibujos y mapas emocionales para representar afectos
		Investigación basada en artes (IBA)	Emplea teatro, danza, poesía o performance para explorar emociones
		Métodos performativos	Involucra dramatización y escenificación de experiencias emocionales

Fuente: elaboración propia.

Nuestra propuesta para organizar las metodologías cualitativas en función de distintos niveles de análisis: fenomenológicos y experienciales; discursivos y semióticos; etnográficos y situados, y visuales y performativos, se basó en la idea de

que las emociones no son fenómenos aislados, sino complejos y multifacéticos. La fenomenología y el análisis narrativo proporcionan herramientas para estudiar las emociones desde una perspectiva subjetiva y vivencial (Van-Manen, 1990; Polkinghorne, 1995), mientras que el análisis del discurso y la sociolingüística permiten comprender cómo las emociones se negocian en la interacción y son construidas en el lenguaje (Wetherell, 2012; Burr, 2015). En un nivel más amplio, metodologías como la etnografía sensorial y afectiva (Stewart, 2007) y la cartografía afectiva (Massumi, 2002) abordan las emociones como fenómenos distribuidos y situados en contextos culturales y geográficos específicos.

Es por ello que una clasificación como la que realizamos, en la que se organizan estas metodologías en función de distintos niveles de análisis —subjetivo, discursivo, social y expresivo— resulta especialmente útil para los investigadores de la psicología que deseen abordar las emociones desde una perspectiva holística y multidimensional. El estudio de las emociones y los afectos es un campo de investigación multidisciplinario que involucra diversas aproximaciones teóricas y metodológicas, de las cuales la psicología se sirve para la producción de conocimiento, comprender los procesos que las originan, así como para explorar su impacto en el comportamiento y las relaciones. Diferentes ramas de la psicología, como la psicología clínica, la social y la cognitiva, han adoptado diversas aproximaciones metodológicas para estudiar los afectos y las emociones, y han contribuido al desarrollo de modelos teóricos y técnicas de intervención. A pesar de reconocer esta vinculación con la psicología, las metodologías cualitativas aplicadas al estudio de los afectos y las emociones se presentan de manera dispersa en

la literatura, lo que ha dificultado la integración de enfoques y la creación de un marco estructurado para su uso.

Finamente, nuestra propuesta de organizar las metodologías cualitativas para el estudio del afecto y la emoción en cuatro categorías fundamentales (fenomenológicas y experienciales, discursivas y semióticas, etnográficas y situadas, visuales y performativas) responde a la misma necesidad planteada en el inicio de este proyecto: ofrecer una guía clara para los investigadores interesados en este campo.

Referencias

- Ahmed, S. (2004). *La política cultural de las emociones*. Universidad Nacional Autónoma de México. <https://archive.org/details/la-politica-cultural-de-las-emociones/page/n1/mode/2up>
- Bedoya-Dorado, C. y Molina-Valencia, N. (2021). El estudio de las emociones desde el giro afectivo a las prácticas y atmósferas afectivas. *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 12(2), 928-948. <https://doi.org/10.21501/22161201.3516>
- Biess, F. y Gross, D. (2014). Introduction. Emotional returns. En Biess y Gross. *Science and emotions after 1945. A Transatlantic perspective*. The University of Chicago Press.
- Blackman, L. y Cromby, J. (2007). Affect and Feeling. *International Journal of Critical Psychology*, 21, 5-22. https://www.academia.edu/1397206/Affect_and_Feeling_Special_Issue
- Boragnio, A. y Dettano, A. (2022). Poner el cuerpo y la emoción. *Cuerpos, emociones y sociedad*, 39 (14), 4-7. <https://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/544/462>
- Brown, S. D. y Stenner, P. (2001). Being Affected: Spinoza and the Psychology of Emotion. *International Journal of Group Tensions*, 30(1), 81-105. <https://doi.org/10.1023/A:1026658201222>

- Burr, V. (2015). *Social Constructionism*. Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315715421>
- Damasio, A. (2010). *Self comes to mind*. Vintage Books. <https://archive.org/details/selfcomestomindcooooodama>
- Del Mónaco, R. (2024). “Antes no se hablaba y ahora se escucha cada vez más”: saberes psi, género y reconocimiento en Buenos Aires, Argentina. *Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género de El Colegio de México*, 10(1), 1-27. <http://dx.doi.org/10.24201/reg.v10i1.1170>
- Echevarría, A. y Páez, D. (1989). *Emociones: perspectivas psicosociales*. Fundamentos.
- Enciso, G. y Lara, A. (2014). Emociones y ciencias sociales en el s. XX: la precuela del giro afectivo. *Athenea Digital*, 14(1), 263-288. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=53730481012>
- Essary, K. (2017). ¿Pasiones, afectos o emociones? Sobre la ambigüedad de la terminología del siglo XVI. *Emotion Review*, 9(4), 367-374. <https://doi.org/10.1177/1754073916679007>
- Fernández-Christlieb, P. (1994). Teorías de las emociones y teoría de la afectividad colectiva. *Iztapalapa Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 15(35), 89-112. <https://revistaiztapa-lapa.itz.uam.mx/index.php/izt/article/view/1237>
- Ferrari, F., Polanco, F., Gallegos, M. y Lopes, R. (2016). De las ciencias del comportamiento a los saberes psi: ¿un cambio de concepción histórica? *Revista Argentina de Ciencias del Comportamiento*, 8(2) 1-4. <https://doi.org/10.32348/1852.4206.v8.n2.15137>
- Gabriel, M. (2016). *Yo no soy mi cerebro: filosofía de la mente para el siglo XXI*, Pasado & presente.
- García, A. (2019). Percepción emocional: sociología y neurociencia afectiva. *Revista Mexicana de Sociología*, 82(4), 835-

863. <https://www.scielo.org.mx/pdf/rms/v82n4/2594-0651-rms-82-04-835.pdf>
- García, A. (2020). Neurociencia de las emociones: la sociedad vista desde el individuo. Una aproximación a la vinculación sociología-neurociencia. *Sociológica*, 34(96), 39-71. <https://www.scielo.org.mx/pdf/soc/v34n96/2007-8358-soc-34-96-39.pdf>
- García, A. y Sabido, O. (2014). *Cuerpo y afectividad en la sociedad contemporánea Algunas rutas del amor y la experiencia sensible en las ciencias sociales*. Universidad Autónoma Metropolitana.
- Garzón, L. y López, O. (2023). El giro teórico de las emociones como fuente del análisis y comprensión del sujeto social. *Trabajo social*, 25(1), 17-24. <https://doi.org/10.15446/ts.v25n1.106759>
- Grippaldi, E. (2023). Terapéuticas psi, narrativas biográficas y depresiones. Críticas de usuarios/as de servicios de salud mental al campo psi. *Astrolabio. Nueva Época*, 31, 280-309. <https://dx.doi.org/10.55441/1668.7515.n31.37321>
- Hernández, E. y Vivares, D. (2020). Epistemología para el mal. Saberes psi, autoridad y experticia en la locura. *Revista internacional de filosofía y teoría social*, 25(89), 164-178. <http://doi.org/10.5281/zenodo.3740105>
- Lara, A. (2020). Mapeando los estudios del afecto. *Athenea Digital*, 20(2), <https://doi.org/10.5565/rev/athenea.2812>
- Lara, A. y Enciso, G. (2013). El Giro Afectivo. *Athenea Digital*, 13(3), 101-119. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/athenead/v13n3.1060>
- Llaurado, A. (2019). *Giro afectivo: La hermenéutica de las emociones en el mundo contemporáneo*. XI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVI

Jornadas de Investigación. XV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. I Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. I Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. <https://www.aacademica.org/ooo-III/26>

López, O. (2019). La dimensión emocional como una categoría analítica en los procesos salud-enfermedad-atención-prevención. *ARIES, Anuario de Antropología Iberoamericana*. <https://aries.aibr.org/articulo/2019/20/1288/la-dimension-emocional-como-una-categoría-analitica-en-los-procesos-salud-enfermedad-atencion-prevencion>

López, O. (2022). La dimensión emocional como categoría analítica en la historiografía cultural de las emociones. En R. Enríquez y O. López (Coords.), *Los procesos corpoemocionales en los estudios de género y sexualidades* (pp. 19-36). Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, Facultad de Estudios Superiores, Universidad Nacional Autónoma de México.

Maíz, C. (2020). El “giro afectivo” en las humanidades y ciencias sociales. Una discusión desde una perspectiva latinoamericana. *Cuadernos del CILHA*, (33), 11-14. <https://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/cilha/article/view/4282>

Marina, J. (2021). ¿Son ciencias las ciencias ‘psi’? *JA Marina*. <https://www.joseantoniomarina.net/articulos-en-prensa/son-ciencias-las-ciencias-psi/>

Massumi, B. (2002). *Parables for the Virtual: Movement, Affect, Sensation*. Duke University Press. <https://doi.org/10.1215/9780822383574>

Matías, S., Molinari, V., Nahmod, M., García, L., Briolotti, A., Ni, M., Carreño, S. y Macchioli, F. (2023). Complejizar la perspectiva historiográfica: herramientas epistémicas y

- metodológicas para una historia de los saberes psi. *Revista Interamericana de Psicología*, 57(1). <https://doi.org/10.30849/ripip.v57i1.1781>
- Merleau-Ponty, M. (1996). *Fenomenología de la percepción*. Península.
- Panksepp, J. (1994). Evolution constructed the potential for subjective experience within the neurodynamics of the mammalian brain. En Ekman y Davidson (Eds.), *The Nature of Emotion. Fundamental Questions* (pp. 396-399). Oxford University Press.
- Pérez, M. (2021). Ciencia y pseudociencia en psicología y psiquiatría. Madrid: Alianza Editorial.
- Polkinghorne, D. E. (1995). Narrative Configuration in Qualitative Analysis. *International Journal of Qualitative Studies in Education*, 8(1), 5-23. <https://doi.org/10.1080/0951839950080103>
- Rivero, I. (2006). Ciencias psi, subjetividad y gobierno. Una aproximación genealógica a la producción de subjetividades “psi” en la modernidad. *Athenea Digital*, (9), 1-3. <https://atheneadigital.net/article/download/n9-rivero/287-hmtl-es?inline=1>
- Rojas, V. (2023). Entre emociones, cuidado y redes: conversación con Oliva López Sánchez y Rocío Enríquez Rosas. *Iberoforum, Revista de Ciencias Sociales, Nueva Época*, 3(2), 1-19. <https://doi.org/10.48102/if.2023.v3.n2.308>
- Sichler, L. (2018). *Le parti psy prend le pouvoir*. Grasset.
- Solana, M. (2020). Afectos y emociones. ¿una distinción útil? *Revista Diferencia(s)*, (10), 29-40. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/156877>
- Stewart, K. (2007). *Ordinary Affects*. Duke University Press. <https://doi.org/10.1515/9780822390404>

- Van-Manen, M. (1990). *Researching Lived Experience: Human Science for an Action Sensitive Pedagogy*. SUNY Press. <https://archive.org/details/researchinglived000vanm>
- Wetherell, M. (2012). Affect and Discourse - What's the Problem? From Affect as Excess to Affective/discursive Practice. *Subjectivity*, 6(4), 349-368. <https://doi.org/10.1057/sub.2013.13>
- Zapata, J. Ortega, H., Becerra, C. y Flores, M. (2021). Teoría de la mente: una aproximación teórica. *Cuadernos de Neuro-psicología*, 15(1), 171-185. <https://www.cnps.cl/index.php/cnps/article/view/455>

PEDAGOGÍA DEL ANÁLISIS CUALITATIVO Y SU RELEVANCIA PARA SIGNIFICAR, CATEGORIZAR E INTERPRETAR

Dení Stincer Gómez
Elizabeth Aveleyra Ojeda
Isabel Izquierdo

Introducción

La enseñanza y el aprendizaje de las técnicas cualitativas representa un punto de inflexión en la formación de habilidades académicas intelectuales y afectivas propias de investigadores de la ciencia, en particular, de las ciencias humanas y sociales. En el presente capítulo, desarrollamos la idea de que la pedagogía consciente y sistemática de las técnicas cualitativas empleadas para el análisis de datos fenomenológicos y diversos, por su naturaleza, forman y desarrollan, en los estudiantes, las habilidades y actitudes epistémicas necesarias para producir, generar y evaluar conocimientos. Estas técnicas son el análisis de contenido, de discurso y la hermenéutica. Cada uno de ellos, esencialmente su práctica, promueve en el estudiante la posibilidad de nombrar, significar e interpretar eventos de alta complejidad confiando en la plausibilidad de sus percepciones y representaciones para la construcción de enunciados explicativos. En este capítulo, además de mostrar los aspectos esenciales de su pedagogía, acudimos, a modo de ejemplo,

a la narración de casos de estudiantes que, tras aplicarlas en sus investigaciones, muestran una transición intelectual sustancial en sus representaciones; por ejemplo, ir de lo intuitivo a lo más técnico y teórico, en la asunción auténtica de teorías de preferencia por las que ya no se prefieren y para la explicación de las formas en las que los datos numéricos se manifiestan.

El análisis cualitativo de datos como objeto de enseñanza

Afortunadamente, la metodología de investigación cualitativa resistió los embates y prejuicios positivistas, objetivistas y del inductivismo estrecho del círculo de Viena. Y es, en la actualidad, una materia más de los programas de estudio de las líneas de conocimientos básicos, en especial, en la línea curricular centrada en la formación de investigadores. En los programas de estudio de casi todas las carreras de ciencia y, en particular, de las ciencias sociales y humanidades en México, se cuenta con la materia de diseños y métodos cualitativos de investigación, con lo que se reivindica como método generador de explicaciones, hipótesis e interpretaciones plausibles de fenómenos teóricos y empíricos (Cáceres, 2003; Denzin y Lincoln, 2005; Flick, 2007; Lázaro, 2021). Hoy en día, pocos dudan de su eficacia y sentido epistémico

Al igual que en la enseñanza de la materia curricular de metodología cuantitativa de investigación, en esta se hace énfasis en sus supuestos filosóficos y epistemológicos de partida y en cada uno de los componentes de una investigación empírica, que son: el planteamiento del problema, los antecedentes del estudio, el marco teórico-conceptual, el diseño del método con sus respectivos apartados, entre ellos, tipo de estudio, estrategia para la recolección de los datos, selección de la muestra,

escenarios, contextos, los instrumentos propios de esta modalidad, consideraciones éticas y las técnicas para analizar los datos recolectados. El método cualitativo es parte de investigaciones empíricas tal como lo es el método cuantitativo. Posee, en el acercamiento y estudio de fenómenos de interés, un alto grado de sistematicidad y apego a virtudes epistémicas como la validez y confiabilidad desde una perspectiva naturalizada como la aprobación social y consensuada por varias mentes o los mecanismos de triangulación (Sánchez, 2020; Strauss *et al.*, 2016). A estos criterios aristotélicos de plausibilidad se les ha reconocido un peso importante en la aceptación o no de enunciados, hipótesis y propuestas de conocimientos tanto como los de validez y confiabilidad presentes en la modalidad cuantitativa de investigación, solo que son criterios no matematizados aún.

En este capítulo, nos centraremos en los beneficios de la pedagogía del método cualitativo, con énfasis en el análisis de los datos recolectados a través de las clásicas técnicas de análisis de contenido, del discurso y la hermenéutica.

Desde nuestra perspectiva, en las prácticas de estos análisis, los estudiantes adquieren habilidades académicas e investigativas de alto alcance. Entre ellas, 1) la identificación o construcción de dimensiones de análisis; 2) la construcción de categorías teóricas propias o la asunción de las existentes en la teoría; 3) el nombramiento de lo latente a partir del contenido manifiesto del fenómeno y, por último, una de las más relevantes: 4) la interpretación de lo manifiesto y lo latente. Una vez resignificado lo latente, los estudiantes logran construir explicaciones de lo manifiesto. Todo ello contribuye con una de las funciones más importantes de la ciencia: la explicativa. Por otro lado, nombrar e interpretar fenómenos, fomenta la independencia epistémica del estudiante de la autoridad porque hace

visible al otro, sus percepciones y representaciones propias, lo que estimula un diálogo constructivo, recíproco y crítico con ellos. Es decir, ante un conjunto de datos recolectados que se constituyen como la manifestación fenoménica del objeto de interés, el acto de nombrar lo que le da lugar (es decir, lo latente) depende del observador o de los observadores cuyas percepciones pueden ser diversas, pero no por ello, inválidas. Son representaciones posibles que entran en discusión con las percepciones y representaciones de los interlocutores en un intento de lograr representaciones compartidas. La pertinencia de lo nombrado dependería, en última instancia, de un consenso entre las mentes involucradas en la comprensión del fenómeno, por lo que, lo percibido por el estudiante puede ser sometido a discusión y resignificación grupal de la misma manera que lo percibido por el maestro y demás compañeros. Por ello, consideramos que esta acción provoca un diálogo constructivo y crítico propio de la actividad científica. Una cualidad esencial en la formación de investigadores.

La pedagogía del análisis de contenido, de discurso y hermenéutico

En la investigación cualitativa, una vez recolectados los datos, las técnicas de análisis más utilizadas son 1) el análisis de contenido; 2) el análisis de discurso (con sus diversas variantes), y 3) el análisis hermenéutico. Cada una de ellas, aunque con límites difusos y complejos de separar, poseen algunas diferencias entre sí que aportan particularidades e implican acciones mentales distintas.

El análisis de contenido, por ejemplo, se utiliza esencialmente para develar categorías nucleares, generalmente

implícitas, que parecen dar lugar al contenido manifiesto del fenómeno en sí (Cáceres, 2003; Fernández, 2002; Ruiz, 2021). Su supuesto de partida es que lo manifiesto es provocado por un elemento nuclear, en general, de difícil percepción y es lo que se debe identificar y nombrar. Cáceres (2003) y Ruiz Bueno (2021) le atribuyen a esta técnica la cualidad de develar lo latente. Lo manifiesto o lo fenomenológico tiene lugar por *algo* que debe ser revelable, es una técnica regulada por el principio de causalidad. Para quien la lleva a cabo, considera que los fenómenos no tendrían lugar si no hay una causa que los provoca y, en la mayoría de las ocasiones, esas causas no son perceptibles o son de difícil acceso. La tarea del analista de contenido es, entonces, identificar esas causas y darles un nombre para que puedan ser *representadas*. La ciencia, en cualquiera de sus ramas, está dotada de nombres que constituyen posibles representaciones de las causas de lo fenoménico. Por ejemplo, la *gravedad* es el nombre que se le asignó a la fuerza que causa la caída de los objetos, el *magnetismo* es el nombre que se le asignó a la causa que explica las fuerzas de atracción o repulsión que ejercen ciertos materiales sobre otros. Al fenómeno biológico que explica la relación en la que dos especies se benefician entre sí para garantizar su supervivencia o el éxito reproductivo se le nombró *simbiosis mutualista*, por ejemplo, en las relaciones que se dan entre hongos y plantas, polinizadores y plantas. El mecanismo de la simbiosis mutualista explica el fenómeno perceptible de la supervivencia y reproducción de algunas especies diferentes entre sí, pero que colaboran entre ellas.

Los ejemplos en la ciencia relacionados con nombrar causas o mecanismos que dan lugar al fenómeno (o también lo describen) son vastos. En el análisis cualitativo, a este acto de nombrar se le denomina *categorizar* (Lázaro, 2021; Ruiz, 2021).

y emerge del contenido perceptible, es por ello que se llaman categorías emergentes (Cáceres, 2003). Es un acto sumamente creativo, subjetivo y consensuado. El nombre de la categoría proviene de los investigadores involucrados y puede responder a sus gustos particulares, a raíces etimológicas de las lenguas originarias (del latín o el griego) o al mismo nombre de quien la crea, por ejemplo, enfermedad de Alzheimer, síndrome de Asperger, o bien, complejo de Edipo para designar el complejo fenómeno de los vínculos amorosos de los hijos e hijas con sus figuras primarias en los primeros años de vida. La identificación y el nombramiento de estos elementos nucleares han dado lugar al entendimiento del fenómeno, la robustez de teorías y al uso compartido de las mismas entre los miembros de comunidades científicas, de manera que se promueve un lenguaje común entre ellos.

En esta técnica se reconoce, además, que el objeto de análisis puede ser cualquier cosa, un discurso hablado, escrito, una obra de arte (pintura, escultura, letra de canciones, una nota musical), una producción audiovisual, una manifestación de la naturaleza, un objeto en sí (Silverman, 2006). Es una acción que, al igual que la hermenéutica, forma parte de nuestra naturaleza racional y mental que se retoma acertadamente en el análisis sistemático de datos para construir conocimientos. Siendo así, su enseñanza implica involucrar a los estudiantes en la posibilidad de develar estas cualidades causales de los fenómenos y darles un nombre, categorizar, preferiblemente con designaciones etimológicamente relacionadas con la disciplina en la que se está inmerso; por ejemplo, si se está en la psicología, las categorías emergentes deben ser nominaciones psicológicas. La pedagogía del análisis de contenido debe inducir a este tipo de nombramiento.

Por otro lado, está el análisis del discurso como propuesta cualitativa para trabajar con los datos *brutos* o *manifestos* insertos en el lenguaje oral y escrito utilizados esencialmente en contextos sociales, políticos, culturales e institucionales. El objetivo de este análisis es comprender cómo estas producciones e interacciones humanas construyen significados, reproducen ideologías y reflejan relaciones de poder (Bolívar, 2019; Santander, 2011; Van Dijk, 2005a, 2005b). Involucrarse en este tipo de análisis implica conocer y entender las ideologías imperantes y cómo estas atraviesan la producción de los contenidos producidos por seres individuales. Las unidades discursivas están atravesadas por ideologías instituidas cultural, social y políticamente que pretenden perpetuarlas, reestructurarlas o desafiarlas; es por ello que es considerado una producción vinculada al poder (Arnoux, 2021; Martínez, 2015; Van Dijk, 2011).

Al igual que en el análisis de contenido, esta técnica tiene la pretensión de develar la ideología o el conjunto de significados compartidos que sostienen las producciones discursivas de los agentes individuales y sociales. Van Dijk (2005b) la definió como el estudio de las estructuras del lenguaje en uso y su relación con el contexto social en el que se produce. Fairclough (1992) plantea que el discurso es una práctica social que construye y es construida por estructuras sociales; por su parte, Foucault (1969/2013) sostiene que cualquier discurso está ligado al poder y al conocimiento, pues determina y regula lo que puede ser dicho en una sociedad. Desde esta perspectiva, para los analistas del discurso, este debe ser considerado una práctica social que refleja ciertas formas de percibir la realidad, es dinámico y tiene la pretensión de generar representaciones compartidas.

Es una técnica cualitativa de datos interdisciplinar por naturaleza, que se nutre de varias disciplinas como la antro-

pología, la sociología, la lingüística, la psicología y las ciencias políticas (Karam, 2005; Santander, 2011). Ha sido utilizada, esencialmente, en el análisis de discursos que provienen del poder, pero afortunadamente se ha extendido a cualquier manifestación discursiva de creencias que tienen la pretensión de ser compartidas por grupos creando algún tipo de conciencia con apoyo social. Un ejemplo de ello en la actualidad son los discursos inclusivos de las distintas orientaciones sexuales y de género, la visibilización de grupos vulnerados históricamente, el discurso cada vez más sistematizado de los derechos humanos e, incluso, los nuevos discursos extremistas y racistas provenientes del poder.

Las bondades epistémicas en la enseñanza y práctica de este tipo de análisis cualitativo desarrollan un pensamiento crítico, analítico y universal de un alto valor en el estudiante. Fomentan en ellos la posibilidad de desentrañar y entender las ideologías que parecen dar lugar al contenido del discurso, identificar las intenciones del agente que los produce, develar las estructuras que le dan sentido lógico y plausible con sus respectivas pretensiones persuasivas o deseos de convencer. Desentraña intenciones de generar culturas y representaciones compartidas (aunque sean falsas) del mundo, la sociedad y la vida en sí.

Como podemos observar, esta técnica, al igual que el análisis de contenido, devela lo latente, pero aporta la relevante influencia de lo social y del poder imperante en las producciones discursivas individuales y grupales.

Tenemos, además, el análisis hermenéutico, el cual más que una técnica se considera una propiedad de la intelección humana; es parte de nuestra naturaleza. Se le llamó hermenéutica al arte de interpretar (Cárcamo, 2005; Bell, 2011; Gardner,

2011; Grondin, 2018; McCaffrey *et al.*, 2012), a la predisposición que tenemos los seres humanos de dar sentido y significado, en general, a lo inteligible o a aquellos fenómenos que, por sus manifestaciones complejas de descifrar, requieren ser comprendidas mediante la atribución de representaciones lingüísticas o gráficas legibles.

A la hermenéutica, se le ha atribuido una función traductora de elementos subyacentes, inconscientes e inaccesibles que adoptan formas solo con la atribución, por parte de un agente, de signos comprensibles para sí mismos y para las demás mentes (Bolívar, 2019; Quintana y Hermida, 2019). Siendo así, es una actividad mental que descubre y atribuye significados a eventos manifiestos. Es un movimiento del pensamiento que va del todo a las partes y viceversa, y en cada movimiento aumenta el nivel de comprensión de las partes porque reciben significado del todo. Es el conocido círculo hermenéutico que refleja el dinamismo del pensamiento que intenta comprender lo que se presenta como incomprendible *a primera vista*. Es por ello que no parece ser una técnica, sino un proceder natural del intelecto (Ricoeur, 2000). Heidegger (1974) planteó que los seres humanos somos seres interpretativos y Gama (2021) apela al principio de Gadamer que plantea que el ser del humano es comprender.

Es importante resaltar que es una habilidad que ha tenido presencia fundamentalmente en el pensamiento científico, pero con especial énfasis en las ciencias sociales y humanas. Los comportamientos humanos, en su complejidad, necesitan ser descifrados, comprendidos a través de una traducción inteligible de los fenómenos inconscientes o intencionalidades implícitas. Desde esta perspectiva, en la hermenéutica siempre hay un productor de contenidos (a quien le llaman autor) y un agente que lo intenta comprender (al que llaman intérprete).

Este último es el que traduce en términos plausibles el contenido producido. La hermenéutica inició con la traducción psico-cultural de textos bíblicos. Se requería llevar la *palabra de Dios* a diferentes regiones, interpretando las formas en que estas nuevas culturas podrían entender el mensaje moral y ético de dichos textos (Cárcamo, 2005).

Posterior a ello, pasó a ser una técnica cualitativa para entender y dar sentidos a los datos que se obtienen en una investigación. Se utiliza la hermenéutica (arte de interpretar) en un capítulo final, que se titula “Interpretación de los resultados” o “Discusión de los resultados”, en el que se pregunta el investigador qué significan en realidad los resultados obtenidos.

Puede observarse, entonces, que es una cualidad epistémica imprescindible en la modalidad cualitativa de investigación. Una vez obtenidos los datos es necesario interpretarlos, echar a andar nuestro potencial hermenéutico. La pedagogía de la hermenéutica consiste en incentivar en los estudiantes esta capacidad natural interpretativa, su potencial para atribuir significados inteligibles a los datos obtenidos en sus investigaciones. Independientemente de que una interpretación intuitiva pueda ser válida, hacerla desde las teorías disciplinares resulta mucho más explicativo, es por ello que, una vez puesta en marcha la habilidad hermenéutica, el dominio teórico del estudiante se pone en juego. Esta le exige retomar, o bien, si la teoría no es suficiente para significar lo inentendible, le corresponde generar nuevas explicaciones que, posteriormente, puedan alcanzar el estatus de una teoría.

Promover la hermenéutica es, entonces, desarrollar una de las funciones más complejas de la actividad científica: generar explicaciones y teorías, lo cual depende, a su vez, de la imaginación y la creatividad.

Desde la didáctica de los análisis cualitativos, dar al estudiante la oportunidad de descifrar lo latente, darle nombre y, posteriormente, interpretarlo fortalecen su yo epistémico, lo independiza de la autoridad porque lo transforma en un interlocutor productivo que puede comenzar a notar la peculiaridad y autenticidad de sus representaciones, las cuales podrían ser válidas o plausibles para la comprensión del fenómeno.

Transiciones intelectuales de estudiantes en la práctica de las técnicas cualitativas

Con el objetivo de mostrar las habilidades académicas logradas en los estudiantes en la enseñanza y práctica de los análisis cualitativos antes descritos, acudiremos a la narración de tres casos de estudiantes de la Maestría en Psicología que participaron en un curso de técnicas cualitativas como parte del programa de estudio de un posgrado en psicología.

El primero es Arturo, estudiante de posgrado de psicología de una universidad pública mexicana con especialización en psicoterapia con orientación psicoanalítica para adolescentes. Como tesis de grado, presentó el análisis clínico de un adolescente de 15 años con inhibición profunda, desinterés por realizar actividades, atención dispersa, desconcentración, apatía y falta de motivación por actividades de socialización comunes en su etapa de vida. Debido a que uno de los objetivos fundamentales de la maestría es la formación de psicoterapeutas, como parte de su tesis de grado se les solicita nombrar las técnicas de psicoterapia que consideraron efectivas en *la cura* o el alcance de bienestar del caso. Estas técnicas provienen de la teoría; por ejemplo, desde el psicoanálisis, puede acudirse a las técnicas de confrontación, señalamiento, asociación libre,

atención flotante, etcétera, pero ante casos particulares algunos actos del terapeuta relacionados con una técnica en particular pueden no estar nombrados aún. A Arturo le correspondió nombrarlos. Para ello, acudió a la descripción de lo que concretamente hacía con este caso, a continuación, se describe un diálogo entre Arturo y la docente:

Arturo: [...] debido a su profunda inhibición, yo en mis terapias decidí ser persistente, por ejemplo, le repetía mis preguntas las veces que fuera necesario hasta recibir una respuesta, lo impulsaba a hacer *algo*, por ejemplo “ayúdame a levantar eso del suelo”, “ayúdame a acomodar la cortina”, “haz esta actividad aquí”... pero esos actos no tienen un nombre en nuestra teoría.

Docente: Muy bien, ¿cómo le llamarías tú?

Arturo: [se ríe] creo que le llamaría: aplicación de un espíritu tenaz, perseverante y molesto... por no decir otra cosa.

Aquí, Arturo da nombre al fenómeno, crea la categoría emergente, resume en ella todos los comportamientos terapéuticos llevados a cabo por ella.

Docente: Muy bien, Arturo, pero es un nombre muy intuitivo, poco técnico, no psicoanalítico, ¿podrías, desde la teoría, explicarme qué estás haciendo en el nivel psíquico y ver si de ahí sale el nombre?

Arturo: Ok. Creo que en Damián [pseudónimo del caso], la pulsión de muerte ha tomado lugar llevándolo a un

estado de nirvana y de negación de la búsqueda de placer que le impide moverse psíquicamente hacia la satisfacción de sus deseos, ni siquiera busca satisfacer el deseo del Otro, y considero que la persistencia mía trata de movilizar la pulsión de vida en contra de la pulsión de muerte a través del movimiento del cuerpo junto con otras técnicas, esto puede dar lugar a una sustitución de una por la otra, es decir, estoy tratando de provocar la actuación de ambas pulsiones hasta lograr el predominio de la pulsión de vida.

Aquí, vemos en Arturo la hermenéutica en acción; interpreta lo que parece suceder a nivel psíquico e imperceptible en Damián a partir de su intervención psicoterapéutica. Podemos apreciar que es una explicación plausible que proviene de la teoría.

Docente: Muy bien, Arturo, suena muy plausible, entonces, si eso es lo que supones que sucede, ¿cómo nombrarías a la técnica?

Gema: Creo que le llamaría “Actuaciones movilizadoras de la pulsión de vida”.

Observemos no solo la capacidad de nombrar lo manifiesto y el eficaz uso que hace de la teoría para interpretar lo que puede estar sucediendo de manera imperceptible (en el nivel psíquico), sino también la pertinencia técnica del nombre mismo de la categoría creada; pasó de “aplicación de un espíritu tenaz, perseverante y molesto” a “actuaciones movilizadoras de

la pulsión de vida". La primera no deja de escucharse bien, pero es menos técnica que la segunda.

Veamos el caso de Susana. Ella es, igualmente, estudiante de la Maestría en Psicología. Su investigación pretende explorar y explicar el uso adictivo del internet en jóvenes. La estudiante sostiene que la mayoría de estos estudios se han abordado desde enfoques conductuales, neurobiológicos o cuantitativos, centrados en la medición de síntomas observables, criterios diagnósticos y correlatos cerebrales. Desde su perspectiva, dejan de lado las dimensiones simbólicas, afectivas y vinculares que forman y sostienen la compulsión y que dan cuenta del lugar que ocupa el uso del internet en la economía psíquica del sujeto. Siendo así, se propuso comprender, desde un modelo psicoanalítico, cómo se experimenta, simboliza y elabora el uso adictivo del internet en jóvenes. Para ello, planteó la realización de una entrevista a diez jóvenes con un promedio de edad de 23 años en la que exploró las siguientes dimensiones: 1) motivos manifiestos de uso del internet; 2) afectos y pulsiones; 3) relaciones vinculares, y 4) regulación yoica y modulación pulsional.

Lo más interesante del trabajo de Susana era la coexistencia preferencial de dos teorías psicológicas altamente efectivas desde un punto de vista psicoterapéutico: la cognitivo-conductual y la psicoanalítica. Sin embargo, incommensurables al fin, debía elegir, para su análisis, una de ellas porque tenía que mezclar términos y explicaciones de una y otra. Ella tenía una afición previa por la primera, de manera que resultó un desafío no solo nombrar las dimensiones antes descritas, sino también las categorías emergentes. Veamos el cambio, con la práctica del análisis cualitativo, de los datos solo en una de las dimensiones y con tres de los diez participantes.

Podemos observar una transición en Susana de un lenguaje asociado a la teoría psicológica conductual bastante intuitiva y básica hacia el lenguaje de la teoría psicoanalítica. En un primer ejercicio Susana creó los primeros términos, pero ante el señalamiento de que esos nombres no se corresponden con la teoría psicoanalítica resignificó el dato desde ella. El cambio fue sustancial. Lo mismo sucedió en el contenido de la interpretación del dato, obsérvese la diferencia:

Primera interpretación: El uso de internet para entretenimiento, evasión del malestar emocional y conexión social es ampliamente documentado en investigaciones. Por ejemplo, Kuss y Griffiths destacan que las redes sociales ofrecen refuerzos positivos inmediatos (*likes*, mensajes) que refuerzan el ciclo de uso como forma de regular las emociones.

Segunda interpretación: Podríamos decir que el uso constante del internet para distraerse refleja un predominio del principio del placer sobre el principio de realidad. El internet parece estar cumpliendo una función de modulación afectiva inmediata: dando prioridad al goce y aliviando el disiplacer sin necesidad de trabajo psíquico profundo. Es un mecanismo que fortalece la gratificación primaria, típica del ello, reduciendo la tolerancia al disiplacer (característica necesaria para la formación de un yo maduro).¹

¹ Los párrafos citados corresponden a un trabajo realizado por la alumna en una clase del curso impartido.

Cuadro I
Ejemplo de la transición de categorización en dos momentos de análisis

Dimensión 1: Motivos manifiestos de uso del internet Pregunta realizada: ¿Qué te lleva a conectarte a internet con mayor frecuencia?			
S	Extracto	Primer nombre de la categoría emergente	Segundo nombre de la categoría emergente
I	Principalmente, me conecto por diversión y entretenimiento, y una vez que interactúo con mis contactos en WhatsApp y empezamos a hablar, me mantengo ahí. Y sí, usualmente es eso, el estar hablando con otra persona y mantenernos en comunicación.	-Diversión -Entretenimiento -Noticias	Por necesidad vincular digital
2	Yo suelo conectarme por el entretenimiento. En Instagram, veo lo que comparten otras personas; en TikTok para lo mismo, para entretenerte. En general, entro a distraerme de lo que voy haciendo en el día. Por ejemplo, los lunes y los martes, entro a las 7:00, salgo a la 1:00 y luego tengo que ir a prácticas, entonces, salgo como a las 4:00 o 4:30 y llego a mi casa como a las 5:00, entonces, es estar en un día con muchas cosas que hacer o muchas tareas y conectarme a internet es como tal cual distraerme o desviar mi atención de todas esas.	-Entretenimiento -Distracción	Por evitación del displacer

	A mí, lo que me lleva a revisar si se actualizó el <i>feed</i> es el aburrimiento y las noticias, ver si hay algo nuevo o anuncian algo nuevo, como una película o un suceso, eso me hace conectarme. Y, no sé, me conecto y me mantengo en esto del <i>doomscrolling</i> y simplemente estoy así, así y así [mueve su mano derecha como si estuviera deslizando la pantalla del celular] y, pues, si en algún punto me aburro de estar viendo todo el <i>feed</i> , me pongo a hacer cosas normales, bueno, fuera de la red.	-Entretenimiento -Búsqueda de información académica	Compulsión a la repetición
3			

Fuente: elaboración propia.

En este ejemplo no solo se logra apreciar la actitud hermenéutica en ambas interpretaciones, sino la asunción de la estudiante de una de ellas, aquella que eligió para entender el fenómeno, sin mezclar términos y afirmaciones de una y otra teoría. El ejercicio le permitió tomar partido ante la teoría que, en estos momentos, constituye su referente explicativo de los fenómenos psíquicos. Dejó de hacer mezclas de términos y construir explicaciones desde supuestos diferentes.

Otra de las habilidades más interesantes inducidas por los análisis cualitativos es la interpretación de los datos numéricos. La modalidad cuantitativa de investigación obtiene, a través de análisis estadísticos, correlaciones, diferencias o impactos significativos en sus estudios, y las razones que explican dicha significatividad pasan desapercibidas; el número habla por sí solo, sobre todo, si es consistente con los resultados de otras investigaciones similares. Desde esta perspectiva, parece imperar un espíritu de conformismo acrítico con el valor

numérico obtenido. La posibilidad de incorporar un método mixto con la inclusión de análisis cualitativos ha permitido acceder a la comprensión de la variación numérica estadísticamente significativa.

Por ejemplo, en el caso de Alejandra, igualmente, estudiante de posgrado en psicología. Ella realizó una investigación en la que se propuso mostrar la efectividad de una intervención de doce sesiones, basada en técnicas de regulación emocional, para disminuir la ansiedad ante las pruebas de habilidad de *speaking* y aumentar, con ello, el rendimiento académico en el dominio del inglés. Aplicó la intervención con estudiantes que en el *pretest* tenían índices de ansiedad elevados ante el *speaking*. Una vez concluida la intervención, aplicó el *postets* y un examen de certificación del idioma; se obtuvieron diferencias significativas positivas (a favor de la efectividad de la intervención) entre el *pretest* y el *postest*. Con la intervención disminuyó la ansiedad y los participantes subieron de nivel en el dominio del idioma. Con estos valores estadísticos sería suficiente para mostrar la eficacia de la intervención, con lo que estamos relativamente de acuerdo.

Sin embargo, comprender por qué la intervención disminuyó la ansiedad fue enriquecedor para entender el dato. Alejandra incluyó el análisis de las sesiones en las que exploró (desde las primeras) las razones por las cuales sentían ansiedad; en las últimas sesiones, retomó esta actividad y encontró diferencias en las experiencias subjetivas expresadas en sus discursos. Las razones previas a la intervención psicológica aludían a miedo a la burla, sobrexigencia en la pronunciación, un yo severo y punitivo, desconfianza en las habilidades propias, miedo al fracaso; posterior a la intervención, los participantes refirieron que las técnicas utilizadas les permitieron ganar confianza en

sí mismos al reconocer que *cometer errores* es parte crucial del aprendizaje y, lo más importante, que es un evento que suele suceder en los otros, no solo en ellos. De manera que la experiencia de sensaciones negativas compartidas disminuyó el dolor psíquico provocado por un yo severo ante la demostración de la habilidad académica exigida, un reconocido fenómeno de las intervenciones en la psicología grupal. Esta es una de las diversas razones que le permitieron a Alejandra entender la significatividad del valor numérico y enriquecer la discusión de los resultados obtenidos.

Conclusiones

En el presente capítulo, nuestro principal propósito ha sido defender el relevante aporte de la enseñanza de las técnicas cualitativas de análisis de datos en la formación de habilidades altamente necesarias para investigadores: la significación de contenido latente y la capacidad de interpretar. Convertir en lenguaje entendible lo que se muestra fenoménicamente en los datos brutos, además de dar existencia a lo no manifiesto, permite *ir más allá* del dato estadístico. Por otro lado, la posibilidad de interpretar es un acto de explicación, una de las funciones primordiales de la actividad científica. Ambas habilidades contribuyen al diálogo constructivo y crítico presente en la generación de conocimientos y de ahí su valor epistémico. Ejercitar estos análisis en los estudiantes promueve la escucha, el esfuerzo por entender al otro y darse a entender a sí mismos, el respeto a la multiplicidad de representaciones y propuestas para lograr un consenso explicativo de aquello que se desea comprender, todos ellos, aspectos asociados a la añorada metacognición.

Referencias

- Arnoux, E. N. (2021). El análisis del discurso en Latinoamérica: objetos, perspectivas y debates. *Revista Signos. Estudios de Lingüística*, 54(107), 711-735.
- Bell, A. (2011). Re-constructing Babel: Discourse analysis, hermeneutics and the Interpretive Arc. *Discourse Studies*, 13(5), 519-568. <https://doi.org/10.1177/1461445611412699>
- Bolívar, A. (2019). Análisis del discurso y hermenéutica como métodos en la interpretación. *Interpretatio*, 5(1), 17-34. <https://doi.org/10.19130/iifl.it.2020.5.1.0003>
- Cáceres, P. (2003). Análisis cualitativo de contenido: una alternativa metodológica alcanzable. *Psicoperspectivas*, 2(1), 53-81. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=171018074008>
- Cárcamo V, H. (2005). Hermenéutica y análisis cualitativo. *Cinta de Moebio*, (23). <https://www.redalyc.org/pdf/101/10102306.pdf>
- Denzin, N. K. y Lincoln, Y. S. (2005). *Handbook of Qualitative Research*. Sage Publications.
- Fairclough, N. (1992). *Discourse and Social Change*. Polity Press.
- Fernández, F. (2002). El análisis de contenido como ayuda metodológica para la investigación. *Ciencias Sociales*, 2(96), 35-53. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15309604>
- Flick, U. (2007). *Introducción a la investigación cualitativa* (2da. ed). Morata, Fundación Paideia Galiza.
- Foucault, M. (2013). *La arqueología del saber*. Siglo XXI.
- Gama, L. E. (2021). El método hermenéutico de Hans Georg Gadamer. *Escritos*, 29(62), 17-32. <https://doi.org/10.18566/escr.v29n62.ao2>
- Gardner, P. (2011). Hermeneutics and History, *Discourse Studies*, 13(5), 575-581.

- Grondin, J. (2018). ¿En qué consiste el sentido hermenéutico? En Mauricio Beuchot y Juan Nadal (Ed.), *Entornos de la hermenéutica. Por los caminos de Jean Grondin* (pp. 17-33). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Heidegger, M. (1974). *El ser y el tiempo*. Fondo de Cultura Económica.
- Karam, T. (2005). Una introducción al estudio del discurso y al análisis del discurso. *Global Media Journal Mexico*, 2(3).
- Lázaro, R. (2021). Entrevistas estructuradas, semiestructuradas y libres. Análisis de contenido. <https://hdl.handle.net/10578/28529>
- Martínez, M. (2015). Hermenéutica y análisis del discurso como método de investigación social. *Paradigma*, 23(1), 9-30. <https://www.revistaparadigma.com.br/index.php/paradigma/article/view/27>
- McCaffrey, G., Raffin-Bouchal, S. y Moules, N. J. (2012). Hermeneutics as Research Approach: A Reappraisal. *International Journal of Qualitative Methods*, 11(3), 214-229. <https://doi.org/10.1177/160940691201100303>
- Quintana, L. y Hermida, J. (2019). La hermenéutica como método de interpretación de textos en la investigación psicoanalítica. *Perspectivas en Psicología*, 16(2), 73-80. <https://www.redalyc.org/journal/4835/483568603007/html/>
- Ricoeur, P. (2000). Narratividad, fenomenología y hermenéutica. *Analisi: quaderns de comunicació i cultura*, 25, 189-07. <https://raco.cat/index.php/Analisi/article/view/15057>
- Ruiz Bueno, A. (2021). *El contenido y su análisis: enfoque y proceso*. Universitat de Barcelona. <http://hdl.handle.net/2445/179232>
- Sánchez Fontalvo, I. M. (2020). *Metodologías cualitativas en la investigación educativa*. Universidad del Magdalena.

- Santander, P. (2011). Por qué y cómo hacer análisis de discurso. *Cinta de Moebio*, (41), 207-224. <https://dx.doi.org/10.4067/S0717-554X2011000200006>
- Silverman, D. (2006). *Interpreting qualitative data: Methods for analyzing talk, text and interaction* (3a. ed). Sage Publications Ltd.
- Strauss, A. y Corbin, J. (2016). *Bases de la investigación cualitativa: Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Universidad de Antioquia.
- Van Dijk, T. A. (2005a). Contextual knowledge management in discourse production: A CDA perspective. En Ruth Wodak y Paul Chilton (Ed.), *A New Agenda in (Critical) Discourse Analysis* (pp. 71-100). John Benjamins.
- Van Dijk, T. A., (2005b). Ideología y análisis del discurso. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 10(29), 9-36.
- Van Dijk, Teun A. (2011). Discourse studies and hermeneutics. *Discourse Studies*, 13(5), 609-621.

Investigación cualitativa: reflexiones teóricas e interdisciplinares desde la experiencia misma, de Dení Stincer Gómez, Elizabeth Aveleyra Ojeda e Isabel Izquierdo (coords.), se terminó en febrero de 2026.

La presente obra compila reflexiones teóricas, epistemológicas y filosóficas sobre la modalidad cualitativa de investigación. Dichas reflexiones provienen de investigadoras e investigadores que la han experimentado. Dos supuestos son ampliamente compartidos: 1) la subjetividad posee un gran valor epistémico y 2) este método enriquece la teorización porque nombra esencias, da sentido y significado a eventos manifiestos en principio inentendibles y devela elementos nucleares que posibilitan el entendendimiento.

Sus virtudes epistémicas se defienden desde diferentes constructos. Por ejemplo, desde los beneficios del método inferencial abductivo que le subyace, desde la psicohistoria, como método para obtener una cartografía integral de la dinámica psíquica. Se argumenta sobre su naturaleza interdisciplinaria, la relevancia de perspectivas feministas en el conocimiento de procesos psicosociales y cómo, por profundos análisis cualitativos de casos con daños cerebrales, se comprenden fenómenos neuropsicológicos.

La fenomenología se asume como la posición filosófica *sine qua non* de esta modalidad para explicar salud física, mental y emociones. Visibiliza dimensiones sociales subestimadas como posibles causas de malestares psicológicos prevalentes estadísticamente. Las vicisitudes de su validación como método científico y su potencial para la formación de habilidades científicas en la educación superior se constituyen en otro de los valiosos aportes de este libro.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL
ESTADO DE MORELOS